

Alexis Riaud



La acción del
Espíritu Santo en
las almas

Primera Parte

QUE ES EL ESPIRITU SANTO

Capítulo I

<u>EL ESPIRITU SANTO EN LA TRINIDAD</u>	13
<u>El Espíritu Santo es el Amor mutuo del Padre y del Hijo</u>	14
<u>El Espíritu Santo es Persona divina</u>	15

Capítulo II

<u>EL ESPIRITU SANTO EN LA IGLESIA</u>	21
<u>El alma del Cuerpo místico</u>	21
<u>Papel del Espíritu Santo en la Iglesia</u>	27

Capítulo III

<u>EL ESPIRITU SANTO EN EL ALMA FIEL</u>	37
--	----

Segunda parte

LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO

Capítulo IV

<u>LO QUE SON LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO</u>	45
--	----

Capítulo V

<u>EL DON DE CIENCIA</u>	51
--------------------------------	----

Capítulo VI

<u>EL DON DE CONSEJO</u>	63
--------------------------------	----

Capítulo VII

<u>EL DON DE INTELIGENCIA</u>	71
-------------------------------------	----

Capítulo VIII

<u>EL DON DE SABIDURIA</u>	79
----------------------------------	----

Capítulo IX

<u>EL DON DE PIEDAD</u>	85
-------------------------------	----

Capítulo X

<u>EL DON DE FORTALEZA</u>	95
----------------------------------	----

Capitulo XI

<u>EL DON DE TEMOR</u>	105
------------------------------	-----

Tercera parte

LOS FRUTOS DEL ESPIRITU SANTO

Capitulo XII

<u>EL AMOR Y LA ALEGRIA</u>	113
<i>EL Amor</i>	

115	<i>La Alegría</i>
117	Capítulo XIII
	LA PAZ
123	Capítulo XIV
	LA PACIENCIA Y LA LONGANIMIDAD
133	<i>La Paciencia</i>
134	<i>La Longanimidad</i>
139	Capítulo XV
	LA BONDAD Y LA BENIGNIDAD
143	<i>La Bondad</i>
143	<i>La Benignidad</i>
148	Capítulo XVI
	LA MANSEDUMBRE Y LA FIDELIDAD
153	<i>La Mansedumbre</i>
154	<i>La Fidelidad</i>
157	Capítulo XVII
	LA MODESTIA
161	Capítulo XVIII
	LA CONTINENCIA Y LA CASTIDAD
169	

Cuarta Parte

PROBLEMAS DE TEOLOGIA

RELACIONADOS CON EL ESPIRITU SANTO

Capítulo XIX

LA MISION DEL ESPIRITU SANTO

177

Capítulo XX

CARACTER RELATIVO DE LAS PERSONAS DIVINAS

193

Capítulo XXI

EL MISTERIO DE CRISTO Y NUESTRA ELEVACION AL
ORDEN SOBRENATURAL

199

Capítulo XXII

VIRTUDES Y DONES DEL ESPIRITU SANTO

207

INTRODUCCION

Todos los que han leído «La historia de un alma» recuerdan esas páginas tan bellas en las que santa Teresa del Niño Jesús cuenta cómo llegó a descubrir el pequeño camino que, en tan breve tiempo, iba a conducirla hasta la más alta santidad.

Nos refiere que su deseo había sido siempre llegar a ser santa, una gran santa. Pero, cuando se comparaba con los santos de otros tiempos, le parecía que, entre ella y esos gigantes de la santidad, había la misma distancia que en la naturaleza hay entre las más altas montañas y el granito de arena que pisan los pies de los que transitan por el camino. «Soy demasiado pequeña —decía— para subir la empinada escalera de la perfección».

No obstante, lejos de desanimarse ante la vista de su impotencia, se dijo a sí misma que Dios no podría inspirar deseos irrealizables y que, por lo tanto, ella podía, a pesar de su pequeñez, aspirar a la santidad, y que debía existir un camino recto y corto, una especie de ascensor divino, que le permitiría realizar esos grandes deseos suyos.

Algunos textos luminosos de la Sagrada Escritura le hicieron descubrir ese caminito, y Teresa comprendió que el ascensor divino, que la haría elevarse hasta las más altas cimas de la santidad, son los brazos de Jesús.

Los brazos de Jesús, que son también los brazos del Padre, de ese Padre infinitamente misericordioso que tiene el corazón más tierno que la más tierna de las madres... Y esto que ella pensaba era el Espíritu Santo, que es el Espíritu del Padre y el Espíritu del Hijo al mismo tiempo, por medio de quien el Padre y el Hijo obran en nosotros toda santidad; es ese Amor misericordioso de Dios, en el que Teresa se abandonó sin reserva con el fin de que llevase a cabo libremente en ella las maravillas que sabemos.

El solo fue quien hizo de Teresita la gran santa, la gran taumaturga y la gran conquistadora de nuestro tiempo. No cabe

duda de que El también llevaría a cabo iguales maravillas en cada uno de nosotros, si supiéramos, igual que Teresa, abandonarnos sin reservas a su acción divina.

Esta es una de las grandes enseñanzas que se desprenden de la vida y de los escritos de la Santa de Lisieux. Posiblemente olvidamos, o no consideramos, en la práctica el papel primordial y absolutamente necesario que le corresponde al Espíritu Santo en la obra de la santificación de toda alma.

«Os conviene que yo me vaya —dijo Jesús a sus discípulos—; pues si no me voy, el Paráclito no vendrá; por el contrario, si me voy os lo enviaré... y El os enseñará toda verdad»¹. El es el Espíritu que vivifica, y no hay quien pueda ser verdaderamente hijo de Dios sino en la medida en que se deje dirigir por El.

Muchos piensan que los dones del Espíritu Santo son algo superfluo en nuestro organismo sobrenatural, que sólo son de utilidad para algunas almas llamadas a una santidad extraordinaria o destinadas a vivir en medio de circunstancias particularmente difíciles, pero que no son indispensables para la gran mayoría de la gente.

No es éste el pensamiento del Príncipe de los Teólogos, santo Tomás de Aquino, para quien la acción del Espíritu Santo es siempre necesaria, junto con el auxilio de las virtudes teologales y morales, para hacer que el hombre alcance su fin último sobrenatural. Y tampoco es ésta la manera de ver de san Pablo, o sea, del mismo Espíritu Santo, ya que, según la enseñanza del gran Apóstol, nosotros no somos capaces ni siquiera de un solo buen pensamiento sin la ayuda del Espíritu Santo: «Nadie puede decir Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo».

Por haber menospreciado en la práctica este papel indispensable del Espíritu Santo en la obra de la santificación personal, es por lo que tantas almas se han desviado y se siguen

¹ Jn 16

desviando cada día del camino de la santidad. Ante la aparente inutilidad de sus esfuerzos para superar sus defectos, acaban por decirse que esa tarea es superior a sus fuerzas, y que no les queda más que conformarse con la honesta mediocridad del común de los hombres.

Sin embargo, a todos dijo el Señor: «Sed perfectos (con la perfección propia de vuestro estado), como vuestro Padre celestial es perfecto». Y sabemos que nuestro Salvador no tiene mejor deseo que el de ver que todas las almas, a las que ha rescatado con el precio de su Sangre, responden a su llamada para que sean santas.

Nos desanimamos porque contamos con nosotros mismos, con nuestros propios esfuerzos, en vez de apoyarnos únicamente en el Espíritu Santo y esperarlo todo de El solo.

¿Quiere esto decir que no hay que hacer esfuerzos para alcanzar esa perfección? Lejos de nosotros ese pensamiento: «El Reino de Dios sufre violencia —dice Jesús— y los violentos son quienes lo arrebatan»²². Es indispensable perseverar en los intentos de levantar nuestro pequeño pie, como el niño del que habla santa Teresita. Pero debemos guardarnos de esperar ningún resultado directo de nuestros esfuerzos.

Importa tener presente que esos esfuerzos no tienen más razón de ser que la de disponernos para la acción del Espíritu Santo, reduciéndonos poco a poco a ese estado de humildad en el cual la acción del Espíritu divino puede por fin ejercerse libremente sobre un alma. Por eso hay que continuar con perseverancia todo el tiempo que a Dios le parezca bien, sin jamás desanimarse ni preocuparse de su aparente inutilidad. En realidad, al disponer a nuestra alma para la acción del Espíritu Santificador, nuestros esfuerzos contribuyen grandemente, aunque de manera indirecta, a nuestra santificación.

Pero del Espíritu Santo solo debemos esperar la santidad, y esta santidad no nos será negada, si sabemos perseverar en el esfuerzo y

² Mt 11, 12.

esperar la hora señalada por la divina Providencia. El alma que ha puesto en Dios su confianza no puede quedar confundida.

El propósito de las páginas que siguen será sencillamente recordar a los lectores y, en su caso, concretarles, apoyados en las Escrituras y en la enseñanza de la Iglesia, las nociones esenciales que a cualquier cristiano le interesa conocer sobre el Espíritu Santo mismo; sobre el papel que le corresponde en la obra de nuestra santificación; sobre la naturaleza de estas disposiciones maravillosas, puestas en nosotros el día de nuestro bautismo, a las que llamamos los dones del Espíritu Santo y por las cuales el Espíritu divino quiere mover de manera eficaz al alma fiel hacia su fin último sobrenatural; finalmente, sobre los frutos preciosos que estos dones operan infaliblemente en toda alma que se abandona sin reservas a la acción del Espíritu Santo.

Que este divino Espíritu se digne, y también el Corazón dulcísimo de María, al que dedicamos estas páginas, servirse de ellas para reconfortar y sostener a muchas almas a quienes la vista de su impotencia para portarse bien amenaza con el desaliento y con desviarse del camino de la santidad.

Si este propósito es cumplido, nos consideraremos ampliamente recompensados por nuestro trabajo. Este mundo nuestro descentrado tiene mucha necesidad de almas que se abandonen sin reservas y reparen, por medio de la fidelidad y de la delicadeza de su amor, el frío y hasta la apostasía de tantas otras.

Primera parte

QUE ES EL ESPIRITU SANTO

Capítulo I

EL ESPIRITU SANTO EN LA TRINIDAD

Cuando Pablo les preguntó si habían recibido el Espíritu Santo en el momento de su conversión, un grupo de cristianos de Efeso respondieron: «Ni siquiera hemos oído decir que existiera un Espíritu Santo».

Hoy día, si bien los cristianos no ignoran ya, gracias a Dios, la existencia del Espíritu Santo, hay sin embargo que reconocer que la mayoría de ellos tienen de El una idea muy vaga, y están lejos de sospechar el tesoro que poseen dentro de ellos mismos.

Por eso, es conveniente comenzar por precisar, a la luz de la Escritura, y de la Tradición y en la medida en que la endeblez de nuestro espíritu nos lo permita, qué es el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es el Amor mutuo del Padre y del Hijo

Desde toda la eternidad el Padre engendra al Hijo y lo ama con un amor infinito e inmutable; y en El a cada uno de nosotros, a quienes el Padre nos llama a participar en su propia vida divina en el Hijo.

Desde toda la eternidad también el Hijo procede del Padre y lo ama con un amor igualmente infinito e inmutable.

Ese amor mutuo del Padre por el Hijo y del Hijo por el Padre es precisamente el Espíritu Santo.

Esta es la preciosa doctrina que nos propone san Agustín y que santo Tomás hace suya; doctrina que san Gregorio resume en estos términos: *Ipse Spiritus est amor*, el Espíritu Santo mismo es el Amor.

Amor del Padre, pues es por ese Amor como el Padre ama todo lo que ama: a su Hijo, a Sí mismo, a todos nosotros, que somos obra de sus manos.

Amor del Hijo, pues es por ese Amor como el Hijo ama todo lo que ama: a su Padre, a Sí mismo, a todos nosotros a quienes el Padre ha creado por el Hijo.

Y ese Amor no es, como sucede con nuestro amor, una perfección accesoria, algo que se añade a nuestro ser sustancial y puede desaparecer sin que el fondo de nuestro ser sufra ningún cambio. El Amor del Padre y del Hijo, que es el Espíritu Santo, es un *amor sustancial*, como todo lo que es en Dios, *inmutable y eterno*, y es Dios *mismo*, como el Padre y el Hijo, pues todo lo que es en Dios se identifica con la naturaleza divina.

Con ese Amor infinito e inmutable y soberanamente perfecto es con el que Dios mismo nos ama, y ama a cada uno de nosotros en su Hijo, sea cual sea nuestra miseria.

El Espíritu Santo es ese Amor misericordioso de Dios bueno, a quien Teresita se abandonó como víctima de holocausto.

Es lazo inefable, que une al Padre y al Hijo entre sí, y que nos une a Cristo y nos une entre nosotros en Cristo, y que por Cristo nos conduce al Padre, arrastrándonos así hasta el mismo seno de la Santísima Trinidad.

Alma cristiana, comprende, pues, con todo esto tu nobleza y la grandeza de tu destino.

El Espíritu Santo es Persona divina

En nosotros, el amor es un acto o una disposición propia de una persona, pero no es una persona.

Entendemos por persona un ser dotado de inteligencia y de voluntad, capaz de pensar, de querer, de amar y de actuar, y a quien se puede amar como se ama a un padre, a una madre, a un maestro, a un amigo, a un esposo; a quien se puede confiar los propios deseos y los propios temores, las alegrías y las penas, y de quien se puede esperar confortamiento y consuelo; un ser, en fin, como nosotros, consciente, libre y responsable de sus actos, completamente distinto de cualquier otra persona.

El Espíritu Santo es una persona en el sentido que acabamos de decir, y es una persona divina como el Padre y el Hijo.

Mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios³, y nosotros somos el templo de Dios precisamente porque el Espíritu Santo habita en nosotros⁴.

Esta persona divina procede del Padre y del Hijo al mismo tiempo⁵ y se distingue del uno y del otro. Y YO —dice Jesús— rogaré al PADRE y El os

³ *Hech 5, 3-5.*

⁴ *1 Cor 3, 16-17.*

⁵ *Jn 14, 26-27.*

dará OTRO Paráclito (es decir, otro protector y consolador) para que more en vosotros siempre»⁶.

El es el Autor de los Libros inspirados, El conoce todas las cosas, incluidos los secretos divinos más ocultos, pues El mismo es Dios. Escruta el fondo de los corazones y nada escapa a su mirada divina.

Por El la Virgen Santísima se hizo fecunda y concibió a Cristo nuestro Salvador.

El es quien inspirará todas las acciones de Jesús, pues es el Espíritu del Padre, y Jesús no quiere ninguna cosa fuera de lo que quiere el Espíritu del Padre.

El es quien llevará al Salvador al desierto, quien descenderá sobre El de manera visible en forma de paloma.

Por medio de El se ofreció Jesús a su Padre en el altar de la Cruz; por medio de El resucitó de entre los muertos, y por El también se realiza cada día en nuestros altares el milagro de la transubstanciación del pan y del vino.

Es el Consolador prometido por Jesús a sus discípulos. Es El quien hablará en lugar de nosotros cuando seamos acusados injustamente; El, quien lo lleva a cabo todo en la Iglesia, asignando a cada uno el lugar que tiene destinado desde toda la eternidad; El, quien obra por el ministerio de los Apóstoles toda suerte de maravillas en las almas y hace fecundo el apostolado; El, quien ora en nosotros y en favor de nosotros, incluso cuando no estemos pensando en ello; quien pone en nuestros corazones los sentimientos de confianza y de afecto filial hacia el Padre; quien nos santifica haciendo de cada uno de nosotros verdaderos hijos del Padre en Cristo Jesús⁷.

Si el Hijo vino al mundo para restaurar el orden primitivo establecido por el Padre y violado por el pecado, al Espíritu Santo le corresponde el acabamiento de la obra de la Redención por medio de la santificación de las almas. Esta es la razón por la cual Jesús dijo a sus discípulos que era bueno para ellos que El se marchara, con el fin de dejarle el sitio al Espíritu Santo, quien debe ser, por voluntad de Cristo y de su Padre, nuestro Amigo, nuestro Consolador y nuestra Fuerza en las pruebas de la vida presente.

¡Si supiéramos descubrirlo en nosotros por la fe, y aprovecharnos en toda circunstancia de su luz, de sus consejos, de sus santas inspiraciones, que tan ardientemente desea El comunicarnos!

⁶ Jn 14, 16.

⁷ Rom 8

En el cielo, cuando caiga el velo de la fe, no sabremos salir del asombro que nos producirá considerar la ceguera y la inconsciencia con que nos hemos portado respecto al Espíritu Santo durante la vida presente.

Amor desconocido, Dios mío, ¿cómo es posible que yo te posea en mí desde hace tanto tiempo y me haya aprovechado tan poco de tu presencia santa?

Te pido perdón por haberte ofendido tanto, por mi ceguera, hasta el día de hoy. Perdón por haberte contristado con tanta frecuencia resistiéndome a tus inspiraciones santas. Perdón por haberte, quizá arrojado de mi alma por el pecado. Desde ahora quiero estar abierto a tu operación divina.

«Santísimo y adorable Espíritu de mi Jesús, hacedme oír vuestra dulce y adorable voz. Dadme el refrigerio de vuestro soplo lleno de delicias. Espíritu divino, quiero ser ante vos como una pluma ligera, para que vuestro soplo me lleve a donde quiera, y que yo no le ofrezca jamás la más mínima resistencia» (Venerable LIBERMANN).

Capítulo II

EL ESPÍRITU SANTO EN LA IGLESIA

El alma del Cuerpo místico

Después de haber visto lo que es el Espíritu Santo en sí mismo y en el seno de la Trinidad, debemos considerar ahora lo que la fe y la teología nos enseñan acerca de su papel en el Cuerpo místico que es la Iglesia.

Entendemos por Cuerpo místico de Cristo la comunidad o sociedad de seres razonables, sin excluir a los mismos ángeles, que están presentemente unidos al Cristo físico, es decir, a la Persona adorable del Verbo encarnado, por medio de la gracia santificante y de la caridad, o que, al menos, son susceptibles de estarles unidos de esa manera.

Así es como lo entiende el Doctor Angélico: «El Cuerpo místico —escribe— abarca a todos los hombres que han existido o existirán desde el comienzo hasta el fin del mundo»⁸. Los condenados son los únicos que están excluidos para siempre. «El Cuerpo místico —sigue escribiendo— está

⁸ Suma Teológica 3, q. 8, a. 3.

constituido no sólo por los hombres, sino también por los ángeles: Cristo es la Cabeza de esta multitud»⁹. Y se apoya en el testimonio del Apóstol.

San Pablo dice que Cristo es la «Cabeza de todo Principado y de toda Potestad»¹⁰, y que por El ha querido el Padre reconciliar todas las cosas consigo mismo «las que están sobre la tierra y las que están en los cielos»¹¹. Lo ha constituido a su diestra «por encima de los Principados, de las Potestades, de las Virtudes, de las Dominaciones y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero»¹².

La Iglesia de la tierra puede ser llamada Cuerpo de Cristo con un título especial, como lo dice Pío XII, pues es la única visible, lo cual es propio de un cuerpo. Pero la Iglesia del cielo y la de la tierra no constituyen en absoluto, hablando con propiedad, dos Iglesias distintas. Más bien son, como hace notar santo Tomás, dos estados de una sola y misma Iglesia: «Es la misma Iglesia, y Cristo es su Cabeza según cada uno de los estados, ya que, siendo el primero en la gracia, también es el primero en la gloria»¹³.

La Iglesia de la tierra, que es pasajera, está ordenada, toda entera, a constituir y perfeccionar «esa Iglesia gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable»¹⁴, que reinará en el cielo con Cristo su Esposo por toda la eternidad.

De esta Iglesia única, considerada en sus diversos estados —Iglesia de la tierra, del Purgatorio y del Cielo, todo junto— de la que hablamos aquí, y del lazo misterioso que hace que sus miembros sean UNO, a pesar de su multiplicidad y de su diversidad, según dice san Pablo a los romanos: «siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo»¹⁵.

En efecto, no hay unidad sin principio o lazo de unidad. Los mismos miembros del cuerpo humano no son una sola y misma realidad sino porque una forma espiritual, el alma humana, los une y hace que constituyan así un solo y mismo todo físico.

Si pues la Iglesia, considerada en su totalidad y según sus diversos estados, constituye, con Cristo su Cabeza y a pesar de la diversidad de sus miembros, un

⁹ *Ibid. a. 4.*

¹⁰ *Col 2, 10.*

¹¹ *Col 1, 20.*

¹² *Ef 1.20-22.*

¹³ *In Coloss. 1, 18*

¹⁴ *Ef 5, 27.*

¹⁵ *Rom 12, 5.*

solo y mismo todo, el Cuerpo místico de Cristo o el «Cristo total», es preciso con toda necesidad que en ella exista un principio de unidad, un lazo, que dé a todos los que la componen ser UNO. Este lazo de unidad es el Espíritu Santo en persona.

«A este Espíritu de Cristo hay que atribuir, como a un principio invisible, el que todas las partes del Cuerpo estén ligadas, tanto entre sí como con su noble Cabeza, puesto que El reside entero en la Cabeza, entero en el Cuerpo, entero en cada uno de los miembros...»¹⁶.

«Lo que el alma es al cuerpo del hombre —decía san Agustín—, eso es el Espíritu Santo al Cuerpo de Jesucristo, que es la Iglesia. El Espíritu Santo hace en la Iglesia lo que el alma hace en los miembros de un cuerpo»¹⁷.

Y santo Tomás por su parte dice: «Por medio del Espíritu Santo somos uno con Cristo: *Per Spiritum Sanctum efficimur unum cum Christo*»¹⁸.

Todos ellos no son más que el eco del Apóstol san Pablo, que proclama la misma doctrina en una fórmula de admirable concisión «*Unum Corpus et unus Spiritus* —no hay más que un solo Cuerpo y un solo Espíritu»¹⁹.

Así pues, el Espíritu Santo es quien, presente en Cristo y en cada uno de los miembros de su Cuerpo místico, constituye el lazo sustancial que nos une a todos con Cristo y nos une los unos a los otros en Cristo.

Todos somos, pues, verdaderamente y de manera física, uno en Cristo. No, desde luego, a la manera como un cuerpo natural es físicamente uno, ya que el lazo que nos ata unos a otros, aunque místico, deja a cada cual su personalidad propia, pero de una manera particular y propia del Cuerpo místico y muy diferente de la simple unión moral que se une a los miembros de una misma familia o de una misma patria entre sí.

En efecto, en el Cuerpo místico, al lazo puramente jurídico, de orden moral, que lleva consigo todo cuerpo social, se añade, como dice Pío XII, «otro principio interno (de unidad), el cual, existiendo verdaderamente en todo el organismo así como en cada una de las partes, y desarrollando en ella su actividad, es de tal excelencia que por sí mismo supera sin medida a todos los lazos de unidad que dan cohesión a un cuerpo físico o social. Este principio no es de orden natural, sino sobrenatural; más todavía, es en sí mismo algo absolutamente infinito e increado, o

¹⁶ *PIO XII, Ene. Mystici Corporis.*

¹⁷ *SAN AGUSTÍN. Sermón 261.*

¹⁸ *In Efes. 1, 13.*

¹⁹ *Ef 4,4.*

sea, el Espíritu de Dios que, siendo uno y único, según dice santo Tomás, llena toda la Iglesia y es autor de su unidad»²⁰.

Y precisamente porque este Espíritu divino está real y físicamente todo entero en toda la Iglesia y todo entero en cada uno de quienes la componen como miembros vivos, de manera parecida a como el alma humana está toda entera en todo el cuerpo humano y toda entera en cada una de las partes de ese cuerpo, es por lo que san Agustín, y después de él los papas León XIII y Pío XII, lo han llamado el alma del Cuerpo místico.

Esta es la sublime realidad en la que, por desgracia, pensamos tan poco. El Espíritu Santo, que desde toda la eternidad une de manera inefable al Padre y al Hijo en el seno de la Trinidad, es el mismo que se digna residir en cada uno de nosotros: «¿No sabéis que sois el templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?», dice san Pablo²¹.

Por El vivimos la vida misma de Cristo nuestro Señor en unión con la Bienaventurada Virgen María, con todos los ángeles y todas las almas del Cielo, del Purgatorio y de la tierra, que aman al Padre con el mismo amor filial con el que Cristo lo ama, y así poseemos ya en sustancia toda la felicidad del Cielo.

[Papel del Espíritu Santo en la Iglesia](#)

«Si Cristo es la cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es el alma de ella». Estas palabras de León XIII, repetidas por S.S. Pío XII en su encíclica sobre el Cuerpo místico, son el eco de las de san Agustín, que hemos citado hace un momento: «Lo que el alma es al cuerpo del hombre, eso es el Espíritu Santo al Cuerpo de Jesucristo, que es la Iglesia. El Espíritu Santo hace en la Iglesia lo que el alma hace en los miembros de un cuerpo» al que anima.

El Espíritu Santo es, pues, con toda verdad el lazo sustancial y divino que nos une a todos a Cristo y en Cristo; es el que hace que seamos realmente uno en Cristo, con una unión análoga a la misma que une a Cristo con su Padre. Este es el sentido de la oración que Jesús dirigió por nosotros a su Padre en la tarde del Jueves Santo: «Padre, que todos sean uno; como tú estás en mí y yo en ti, que también ellos sean una misma cosa en nosotros..., que sean consumados en la unidad»²².

²⁰ *PIO XII, Enc. Mystici Corporis.*

²¹ 1 Cor 6, 19.

²² Jn 17.

Esta es una verdad sublime, consoladora y fecunda. Bien merece que nos detengamos a meditarla bajo la luz de las enseñanzas que nos ofrece el mismo Espíritu Santo por la pluma del Apóstol san Pablo.

Estando toda entera en todo el cuerpo y toda entera en cada parte —pues siendo simple y espiritual como los espíritus puros y como Dios mismo, también está, como ellos, toda entera allí en donde se encuentra—, nuestra alma es antes que nada el *principio de unidad y de cohesión* que hace que nuestros miembros y nuestros órganos, aunque múltiples y diversos, constituyan un solo y mismo cuerpo, al cual esa alma informa por entero.

Este es el primer papel del alma en nuestro cuerpo, y lo que distingue al hombre vivo de un cadáver, el cual no tiene más unidad que la propia de una agregación o amontonamiento de elementos extraños los unos a los otros.

Es también el alma la que *especifica el cuerpo y hace que sea tal cuerpo y no tal otro*, que sea sensible y no sea una planta, que sea hombre y no animal privado de razón. Todos los cuerpos, vivientes o minerales, están constituidos por un elemento común que los emparenta y de un elemento propio de cada especie que los diversifica; y este último elemento es precisamente lo que llamamos alma en el cuerpo vivo.

Otro cometido del alma en el cuerpo al que anima es *presidir su formación y organizado*, dándole la hechura que exige la naturaleza del hombre y haciéndolo apto para las diversas operaciones necesarias o útiles para su conservación y para su desarrollo ulterior, hasta el estado de hombre completamente formado.

Por último, el alma es también en nuestro cuerpo el *primer principio de todas sus operaciones*. Ella es la que, de manera inmediata o por el intermedio de las partes más nobles, tales como los centros nerviosos, mueve todo el cuerpo y dirige la actividad de los miembros para el bien del cuerpo entero.

Tal es, en grandes líneas, el cometido del alma en el cuerpo humano. Veamos ahora cuál es el del Espíritu Santo en el Cuerpo místico de Cristo.

Del mismo modo que el alma está toda entera en todo el cuerpo y toda entera en cada parte, y constituye el principio de unidad de las diversas partes de este cuerpo al cual anima, así también sucede con el Espíritu Santo con respecto al Cuerpo místico de Cristo. Pío XII escribe: «A este Espíritu de Cristo, como a un principio indivisible, hay que atribuirle que todas las partes del Cuerpo estén ligadas tanto entre sí como con su noble Cabeza, ya que reside todo entero en la Cabeza, todo entero en el Cuerpo, todo entero en cada uno de sus miembros».

En efecto, habita en la Cabeza, que es el Cristo físico. Por eso san Pablo lo llama *Espíritu de Cristo*²³, *Espíritu - de Jesucristo*²⁴, *Espíritu del Hijo*²⁵. El Espíritu Santo es quien condujo a Jesús al desierto²⁶; por El, por el Espíritu Santo, Cristo se ofreció como hostia inmaculada a Dios su Padre²⁷.

El Espíritu Santo habita igualmente en cada miembro del Cuerpo místico. «Nosotros —escribe san Pablo— hemos recibido no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que procede de Dios»²⁸. Y les dice a los fieles: «¿No sabéis que sois el templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?»²⁹. «¿No sabéis que vuestros miembros son el templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros, que habéis recibido de Dios...»³⁰.

Esta presencia del Espíritu Santo en los fieles es de tal importancia, según el Apóstol, que sin ella no se puede pertenecer a Cristo: «Si alguno no posee el Espíritu de Cristo, ése no pertenece a Cristo»³¹.

Y es que, efectivamente, el Espíritu Santo es el *principio de unidad y de cohesión*, que hace que los miembros de Cristo, por muy numerosos que sean, formen un solo Cuerpo. Escribe el Apóstol: «Todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu, con vistas a formar un solo Cuerpo..., y todos hemos bebido de un solo y mismo Espíritu»³². Y precisamente porque formamos un solo Cuerpo es por lo que no hay más que un solo Espíritu que anima ese Cuerpo, «Un solo Cuerpo, un solo Espíritu»³³.

Principio de cohesión en el Cuerpo místico, el Espíritu Santo también es el *principio de especificación*, igual que el alma en el cuerpo, en el sentido de que el Espíritu Santo hace que el Cuerpo místico sea lo que es, es decir, el Cristo total, el Hijo único del Padre, en Jesús, con El y por El.

San Pablo escribe a los romanos: «No habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes bien, habéis recibido el Espíritu de adopción por el que clamamos: *Abba*, ¡Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro

²³ Rom 8, 9.

²⁴ Filip 1, 19.

²⁵ Gál 4, 6.

²⁶ Mt 4, 1.

²⁷ Heb 9, 14.

²⁸ 1 Cor 2, 12.

²⁹ 1 Cor 4, 16.

³⁰ 1 Cor 6, 19.

³¹ Rom 8, 9.

³² 1 Cor 12, 13

³³ Ef 4, 4.

espíritu de que somos hijos de Dios y siendo hijos, somos también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo»³⁴. Y escribe a los gálatas: «Y porque vosotros sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: *Abba*, ¡Padre! Y así, ninguno es ya siervo, sino hijo, y siendo hijo, es también heredero, gracias a Dios»³⁵.

Es también el Espíritu Santo quien, igual que el alma en el cuerpo vivo, *preside la formación, el crecimiento y la organización* del Cuerpo místico. Por El nos hemos convertido en miembros de Cristo cuando fuimos bautizados, según lo que ya hemos citado de san Pablo a los corintios: «Todos hemos sido bautizados en un mismo Espíritu con vistas a formar un solo Cuerpo»³⁶.

El Señor ya se lo había dicho a Nicodemo: «Quien no vuelva a nacer del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el reino de los Cielos»³⁷.

Es el Espíritu quien adjudica a cada cual su función propia en el Cuerpo místico, que es la Iglesia: «A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro, la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, fe en el mismo Espíritu; a otro, el don de curaciones por ese único Espíritu; a otro, el poder de hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discreción de espíritus... Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que las distribuye a cada uno según El quiere»³⁸.

Así pues, «hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu... Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para la utilidad de todos»³⁹, «para la edificación del Cuerpo de Cristo»⁴⁰. Y otro tanto hay que decir de las virtudes y de los dones sobrenaturales, empezando por la caridad, que resume a todas las otras virtudes. «La caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»⁴¹.

Por último, igual que el alma es en nosotros el *primer principio de todas las operaciones* que se llevan a cabo por medio de los diversos órganos de nuestro cuerpo, así también en la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, no cabe pensar en ninguna acción sobrenatural que no sea

³⁴ *Rom 8, 15-17*

³⁵ *Gal 4,6-7.*

³⁶ *1 Cor 12, 13.*

³⁷ *Jn 3, 5.*

³⁸ *1 Cor 12, 8-11.*

³⁹ *1 Cor 12, 4-7.*

⁴⁰ *Ef 4, 12.*

⁴¹ *Rom 5, 5.*

atribuida al Espíritu Santo. Sin El no somos capaces ni de un solo pensamiento sobrenatural bueno. San Pablo lo dice: «Nadie puede decir "Jesús es el Señor", sino en el Espíritu Santo»⁴².

Es el Espíritu Santo quien ora en nosotros y por nosotros, «ya que —escribe san Pablo— nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; pero el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inefables...»⁴³.

Es el Espíritu Santo quien inspira a sus Apóstoles lo que deben enseñar, como se lo prometió Jesús: «El es quien os enseñará todas las cosas»⁴⁴. Vemos que san Pablo le atribuye a El solo el éxito de su apostolado: «Yo, hermanos, llegué a anunciaros el testimonio de Dios no con sublimes palabras de elocuencia o de sabiduría...; mi palabra y mi predicación no tuvo discursos persuasivos de sabiduría humana, sino la manifestación del Espíritu de fortaleza... Enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida..., que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo... Dios nos la ha revelado por su Espíritu»⁴⁵.

Asimismo, en la carta a los romanos se gloria de las conversiones que Cristo ha hecho por medio de él entre los paganos por el poder del Espíritu Santo *in virtute Spiritus Sancti*⁴⁶.

Por eso, la perfección cristiana consiste, según dice san Pablo, en dejarse conducir por el Espíritu Santo: «Los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son los verdaderos hijos de Dios»⁴⁷.

Como vemos, no sin razón el Espíritu Santo es llamado el *alma del Cuerpo de Cristo*, que es la Iglesia. Realmente presente en todas las almas que están en gracia, es el lazo invisible, pero real, que nos une a todos con Cristo y nos une a todos unos con otros en Cristo. Por El solo es como somos capaces de hacer, cualquier cosa que hagamos, por la gloria de Dios, ya se trate de la santificación de los demás, ya se trate de nuestra santificación personal.

Siendo como somos Tabernáculos vivos de ese Dios de amor, seamos conscientes de su divina presencia en nosotros y en los demás, y no nos parezcamos a los sagrarios de nuestras iglesias, que ignoran el tesoro inestimable que hay encerrado en ellos.

⁴² I Cor 12, 3.

⁴³ Rom 8, 26.

⁴⁴ Jn 14, 26.

⁴⁵ 1 Cor 2, 1-10

⁴⁶ Rom 15, 19.

⁴⁷ Rom 8, 14.

Si nos fuera dado llevar continuamente con nosotros la Sagrada Eucaristía, sería difícil para nuestro pensamiento no estar pendiente de la presencia de nuestro Salvador en ese sacramento de amor. Sin embargo, poseemos dentro de nosotros un tesoro no menos precioso en la Persona adorable del Espíritu Santo. Si supiéramos pensar en El con más frecuencia y vivir en su intimidad, nuestra vida se vería transformada. Tendríamos la experiencia de hasta qué punto merece el nombre de Consolador, que Jesús se complacía en darle, cuando hablaba a sus discípulos de la venida del Espíritu Santo.

Espíritu Santo, Huésped bienaventurado de nuestros corazones, divino Consolador, concédeme que yo viva en tu santa presencia y que saboree más y más la suavidad de tu Amor. No permitas más que yo te contriste con mis resistencias a tus inspiraciones santas. Me doy a ti; apodérate de mí por completo, de mi alma, de mi cuerpo y de todas mis facultades, a fin de que yo actúe solamente según tu bondadoso beneplácito. Transfórmame más y más en Jesús, a fin de que en El y por El yo haga por siempre la voluntad del Padre, para mayor gloria de Su nombre.

Capítulo III

EL ESPIRITU SANTO EN EL ALMA FIEL

El Espíritu Santo es el Espíritu del Padre, y el Espíritu del Hijo. Es el Amor del Padre por el Hijo y el Amor del Hijo por el Padre.

Y porque el Padre sólo ama en su Hijo y por su Hijo⁴⁸, es por lo que *por el Espíritu Santo* el Padre nos ama con el mismo Amor sustancial con el que ama a su Hijo: «*Pater non solum Filium sed etiam Se et nos diligit Spiritu Sancto* —por el Espíritu Santo ama el Padre no sólo a su Hijo, sino a Sí mismo y a nosotros»⁴⁹.

Y porque el Hijo no nos ama, como El se ama a Sí mismo, sino por el Padre y con el mismo amor sustancial con que ama a su Padre, es por lo que El también nos ama por el Espíritu Santo: «*Et Pater et Filius dicuntur diligentes Spiritu Sancto... et Se et nos* —por el Espíritu Santo es como el Padre y el Hijo se aman el uno al otro y a nosotros»⁵⁰.

Así pues, el único Espíritu y el único Amor del Padre y del Hijo es el Espíritu Santo que es al mismo tiempo el Espíritu del Padre y el Espíritu del Hijo.

Todo esto es hermosísimo y despierta sin duda nuestra admiración. Pero ¿qué diríamos si añadimos que el que es el Espíritu del Padre y del Hijo es también, con toda verdad, *nuestro* Espíritu y, por consiguiente, también es *nuestro* Amor, ese Amor por el cual nosotros podremos amar al Padre y al Hijo y, en el Hijo, amarnos a nosotros mismos y a todos nuestros hermanos?

Y, sin embargo, esta es la pura verdad.

El Espíritu Santo es, con toda verdad, *nuestro Espíritu*, porque, según el testimonio de la Sagrada Escritura, nos ha sido dado.

Nuestro Señor mismo, dirigiéndose a sus discípulos la tarde del día de su Resurrección, les dijo: «Recibid el Espíritu Santo»⁵¹.

Pero, sobre todo, fue el día de Pentecostés cuando les fue dado el Espíritu Santo de una manera sensible: «Y todos fueron llenos del Espíritu Santo»⁵².

⁴⁸ Jn 3, 35.

⁴⁹ *Suma Teológica*, 1, q. 37, a. 37, ad 3

⁵⁰ Ibídem.

⁵¹ Jn 20, 22.

⁵² *Hech* 2, 4.

Son numerosos los testimonios de la Sagrada Escritura que ponen de manifiesto que se trata de un verdadero don del Espíritu Santo, y no solamente de una habitación de este Espíritu divino en el alma santificada.

A los tres mil israelitas que, después de la predicación de Pedro el día de Pentecostés, se convierten y preguntan lo que deben hacer, el Apóstol les responde: «Arrepentíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo... y recibiréis el don del Espíritu Santo, porque para vosotros es esta promesa y para vuestros hijos y para todos los de lejos, cuantos llamará a sí el Señor, Dios nuestro»⁵³.

Asimismo, cuando los judíos apresaron a los Apóstoles y les reprocharon el haber transgredido la prohibición que les había sido hecha de enseñar en el nombre de Cristo, Pedro y los Apóstoles les responden con aplomo: «Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros habéis dado muerte suspendiéndole de un madero. Pues a ése le ha levantado Dios a su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel penitencia y la remisión de los pecados. Nosotros somos testigos de esto, y lo es también el Espíritu Santo, que Dios otorgó a quienes le obedecen»⁵⁴.

Porque Simón Mago se da cuenta de que el Espíritu Santo es dado a los fieles por la imposición de manos de los Apóstoles, es por lo que se atreve a ofrecerles dinero, a fin de poseer él también ese mismo poder: «*Cum videret... Simón quia per impositionem manus Apostolorum daretur Spiritus Sanctus, obtulit eis pecuniam* —Viendo Simón que por imposición de las manos de los Apóstoles se comunicaba el Espíritu Santo, les ofreció dinero»⁵⁵.

Por último, cuando llega el momento de imponer a los paganos convertidos el yugo de la ley mosaica, san Pedro advertirá a los Apóstoles y a los Presbíteros reunidos en Jerusalén que «Dios, que conoce los corazones, ha testificado en favor de ellos, dándoles el Espíritu Santo» ha manifestado suficientemente con ello que no considera ninguna diferencia entre los judíos y los gentiles, y que ya no ha lugar imponer la ley a los discípulos que llegan de las naciones, «*dans illis Spiritum Sanctum sicut et nobis* —puesto que les da el Espíritu Santo igual que a nosotros»⁵⁶.

Los testimonios del Apóstol san Pablo no son menos explícitos; escribe a los romanos: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones

⁵³ *Hech 2, 38.*

⁵⁴ *Hech 5, 29-32.*

⁵⁵ *Hech 8, 18.*

⁵⁶ *Hech 15, 8.*

por el Espíritu que nos ha sido dado»⁵⁷. Y también: «Si alguno no posee el Espíritu de Cristo, ése no pertenece a Cristo»⁵⁸.

«En cuanto a nosotros —escribe a los corintios—, hemos recibido no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que procede de Dios»⁵⁹.

Y en la segunda carta que escribe a los corintios, les dice: «Es Dios quien a nosotros y a vosotros nos confirma en Cristo, nos ha ungido, nos ha sellado y ha depositado en nosotros las arras del Espíritu en nuestros corazones»⁶⁰.

Las arras, es decir, la prenda, como cuando a alguien se le da por anticipado una parte de su herencia, en señal de que se reserva para él la posesión de todos sus bienes: «Habéis sido sellados —escribe san Pablo a los de Efeso— con el sello del Espíritu Santo prometido, prenda de nuestra herencia, en espera de la plena redención de aquellos que Dios adquirió para Sí, en alabanza de su gloria»⁶¹.

Así pues, el testimonio de la Escritura es manifiesto: el Espíritu Santo es dado a toda alma cristiana el día de su bautismo, según la enseñanza de los Príncipes de los Apóstoles, Pedro y Pablo mismos, y es imposible pertenecer a Cristo sin poseer su Espíritu divino.

Ahora bien, santo Tomás de Aquino señala, con acierto, a propósito del don del Espíritu Santo, «Lo que se le da a alguien, se le da precisamente para que sea para él, y para que disponga de ello según le plazca, pues —continúa el Doctor Angélico— poseer una cosa es poder usarla y disfrutar de ella libremente, como queremos —*Habere autem dicimus id quod libere possumus uti vel frui, ut volumus*»⁶². Y es en este sentido, según el mismo Doctor, como el Espíritu Santo nos es dado, de tal manera que puede ser llamado también con todo derecho el *Espíritu del hombre* y, por consiguiente, *nuestro* Espíritu, igual que en el Antiguo Testamento es llamado el Espíritu de Elías⁶³ y, por Dios mismo, el Espíritu de Moisés⁶⁴.

Queda, pues, bien establecido que Aquel que desde toda la eternidad es el Espíritu común del Padre y del Hijo, y el mismo Dios, se ha convertido con el tiempo por una condescendencia inaudita en *nuestro* Espíritu, el Espíritu del

⁵⁷ Rom 5, 5.

⁵⁸ Rom 8, 9.

⁵⁹ 1 Cor 2, 12.

⁶⁰ 2 Cor 1, 22.

⁶¹ Ef 1, 13-14.

⁶² Suma Teológica, I, q. 38, a. 1.

⁶³ 4 Rey 2, 15.

⁶⁴ Num 11. 17.

hombre, puesto que nos ha sido dado y que *nos pertenece* y que podemos disponer de El, utilizando y disfrutando libremente, como queremos, «*libere... ut volumus*».

¡Misericordia inefable! ¡Condescendencia que supera a todo lo que el corazón humano habría podido sospechar! Jesús tenía razón al decir que nos traía ventaja que El se marchara y que fuésemos privados de Su presencia sensible, a fin de que el Espíritu Santo nos fuera dado⁶⁵. Con Jesús, era Dios quien estaba en medio de nosotros, pues se hizo uno de nosotros, nuestro hermano y nuestro compañero de camino: el Emmanuel. Con el Espíritu Santo, que Jesús y su Padre nos han dado, Dios se ha hecho *propiedad nuestra*, de la que podemos disponer según nos plazca.

Tesoro sublime, único tesoro por cuyo amor deberíamos estar dispuestos a sacrificarlo todo. No importa que todo nos sea quitado, riquezas exteriores, salud, placeres de este mundo, e incluso nuestra fama, la estima de los hombres a la que estamos tan apegados, con tal de que ese tesoro divino quede en nosotros. Es la sola riqueza a la que nuestro corazón debe apegarse con pasión.

El Doctor Angélico tiene razón cuando dice que el primer don que hace quien ama de verdad es el don de sí mismo. Dándonos tu Espíritu divino, Dios mío, os dais vos mismo. ¡Cómo agradecer suficientemente tanta bondad!

Amor subsistente, inmutable y eterno, ¿qué podrías haber hecho todavía para convencernos de tu amor infinitamente misericordioso? ¿Cómo es posible que nos cueste tanto trabajo creer en este amor sin límites de tu Corazón de Padre para cada uno de nosotros?

Espíritu Santo, Espíritu de amor y de luz, haznos comprender el tesoro incomparable que llevamos en nosotros mismos, y saber usar de él como conviene, a fin de responder plenamente a los designios que la misericordia del Padre tiene sobre nosotros. Abre los ojos de nuestra inteligencia, a fin de que, conociendo nuestra riqueza divina, que eres Tú mismo, y dejándonos llevar por Ti, vivamos cada vez más de la vida de Jesús para la gloria única del Padre, y nos preparemos más y más para esa vida maravillosa, que será nuestra eternamente en el seno de la Santísima Trinidad en la gloria del cielo.

⁶⁵ Jn 15, 17.

Segunda parte

LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO

Capítulo IV

LO QUE SON LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO

El Espíritu Santo es nuestro: nos ha sido dado. Nos ha sido dado para que por El nos hagamos santos, y que de esa manera se cumplan perfectamente en cada uno de nosotros los designios de amor que el Padre tiene sobre nosotros desde toda la eternidad.

Si bien no podemos nada sin El, sí que con El lo podemos todo, podemos, y rápidamente, hacernos santos, grandes santos, como se atrevía a esperar en su humildad Santa Teresa del Niño Jesús.

Pero, ¿cómo servirnos de ese tesoro precioso?

El día de nuestro bautismo, en el instante en que nos convertíamos en hijos del Padre en Jesús por la infusión de la gracia en nuestra alma, ésta se encontró adornada y enriquecida con todo un organismo espiritual, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, que desde ese momento le iban a permitir llevar a cabo actos sobrenaturales, y adquirir así con prontitud el grado de santidad al que Dios la tiene predestinada desde toda la eternidad por un efecto de su infinita misericordia.

Existe, sin embargo, una gran diferencia entre las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo.

Las virtudes nos dan el *poder* actuar de una manera sobrenatural, es decir, de poder juzgar las cosas según las luces de la Revelación, y actuar conforme a esta mirada de fe. Dispone, pues, a nuestra inteligencia y a nuestra voluntad para la unión divina, pero no dan de por sí la facilidad de pensar ni de actuar según esas luces de la fe.

Es preciso que esas disposiciones se vean reforzadas por hábitos santos que, como cualquier otro hábito, se adquieren por la intensidad y la repetición de actos, con la ayuda de las gracias actuales, que Dios no niega a las almas que se las piden con corazón sinceramente deseoso de amarle y de servirle.

Para recibir esas gracias actuales, sin las que es imposible llevar a cabo ni el más mínimo acto sobrenatural, los dones del Espíritu Santo son imprescindibles.

Los dones del Espíritu Santo son disposiciones sobrenaturales que hacen que el alma, elevada a la vida sobrenatural, sea susceptible de recibir esas divinas inspiraciones y esos divinos impulsos del Espíritu Santo que son las gracias

actuales. Esa es la razón de que intervengan necesariamente en todo acto sobrenatural⁶⁶.

En el alma que se abandona del todo a la acción del Espíritu Santo, estos dones se manifiestan como instintos sobrenaturales, que llevan al alma a pensar de manera eficaz, a juzgar y a actuar en toda circunstancia como lo haría Nuestro Señor mismo o su Santísima Madre, si estuvieran en su lugar.

De hecho, el alma que se deja llevar por el Espíritu Santo se comporta en toda ocasión como lo harían Jesús o María, es decir, de un modo divino y, por lo tanto, santamente.

No es cuestión de largas reflexiones y de profundos razonamientos, de los que hasta puede ser que el alma no sea capaz; y esa alma se vería con frecuencia en gran aprieto si tuviera que explicar, y más todavía si tuviera que justificar, los motivos que le han guiado en su manera de juzgar o de actuar. Actúa como por instinto y con toda naturalidad, con la única preocupación de agradar a Dios.

Del mismo modo que el animal que no tiene razón, cuando sigue su instinto, actúa siempre espontáneamente siguiendo su naturaleza animal y, en consecuencia, siguiendo el plan de Dios, autor del mundo, así el alma que se deja guiar por el Espíritu Santo actúa siempre espontáneamente, *según la nueva naturaleza de hijo de Dios*. Es verdaderamente el Hijo de Dios quien actúa en ella por medio de su Espíritu divino, y esta alma puede decir con toda verdad lo que decía san Pablo: «No soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí»⁶⁷.

Un alma así, ha llegado a la cima de la perfección, pues está asimilada a la Cabeza del Cristo Místico, que es Nuestro Señor mismo.

Este es el *ascensor divino*, del que nos habla Santa Teresa del Niño Jesús, el cual, en este tiempo nuestro de inventos, sustituye con ventaja a las antiguas escaleras; es el *caminito derecho y corto, el caminito nuevo*, que la Santa de Lisieux nos propone con sus palabras y con su ejemplo.

Más adelante estudiaremos cada uno de estos dones. De momento, lleguemos al convencimiento de la inmensa ventaja que sacaremos recurriendo a este medio tan precioso para llegar a la santidad y para movernos a servirnos de ellos sin demora.

⁶⁶ Ver el capítulo XXII sobre las virtudes y los dones del Espíritu Santo.

⁶⁷ *Gál 2, 20*

Para ello, la condición —nos lo dice la Sagrada Escritura— es hacerse pequeño, o volver a hacerse pequeño, si es el caso: «Si alguno es pequeño —dice la Sabiduría—, que venga a mí». Y Nuestro Señor insiste: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos», es decir: es el camino que conduce infaliblemente desde este mundo a la perfección.

Hacerse pequeño es hacerse humilde, verdadera y voluntariamente humilde, con esa humildad de la cual Teresita nos ha dado un ejemplo tan perfecto. Es amar la verdad, como la amó ella, gozarse al ver la propia miseria y gozarse de que los demás también la conozcan.

Dichosa el alma que se humilla de esta manera. Pero son muy pocos los que consienten en vaciarse de sí mismos. Sin embargo, el Maestro ha dicho: «Cualquiera que se humille como este pequeño, ése será el mayor en el Reino de los Cielos».

Espíritu de amor, creador y santificador de las almas, cuya primera obra es transformarnos hasta asemejarnos a Jesús, ayúdame a conformarme con Jesús, a pensar como Jesús, a hablar como Jesús, a amar como Jesús, a sufrir como Jesús, a actuar en todo como Jesús.

Habita siempre en mí y, por tu gracia y tu cooperación, sé el realizador de los designios de Dios Padre sobre mi alma. Del mismo modo que has gobernado la Santa Humanidad de Nuestro Señor durante su estancia en la tierra, se también aquí abajo el motor de mi vida, el alma de mi alma.

Espíritu Santo, Espíritu de amor, a Ti me consagro, a Ti me doy, me entrego a Ti por María, tu Templo, por María, tu Esposa, por María, que es el canal de tus gracias.

Capítulo V

EL DON DE CIENCIA

Entre los dones del Espíritu Santo, ocupa el primer lugar el don de Ciencia.

Es el primero no por la excelencia de su objeto, que son las cosas y los acontecimientos del mundo creado, sino por su importancia práctica en la vida espiritual. En tanto en cuanto un alma aprecia las cosas de esta vida a la manera del mundo, no puede vivir plenamente la vida de Cristo: «Pues —como dice san Pablo— el saber de la carne es enemigo de Dios»⁶⁸.

Por eso, la primera exigencia que se impone al alma en la búsqueda de la santidad es la de perder la mentalidad del mundo, es decir, del hombre, y sustituirla por la manera de ver de Dios.

Y éste es el papel del don de Ciencia cuando llega a su pleno desarrollo. Por medio de él, el alma cristiana, como por instinto, juzga todas las cosas a la luz de la fe, como Dios mismo y, por lo tanto, también como Nuestro Señor, la Santísima Virgen y los santos.

Esta es la razón por la que las almas que se abandonan totalmente al Espíritu Santo, sin conocerse ni haberse concertado, están perfectamente de acuerdo en la manera de apreciar los acontecimientos de este mundo, cuando se da el caso de que sabios y teólogos tienen puntos de vista divergentes sobre esos mismos acontecimientos.

Dichosa el alma que no tiene juicio propio, puntos de vista propios, sino que en toda circunstancia juzga según el Espíritu divino. Tiene la seguridad de no equivocarse en absoluto.

«Mis pensamientos no son vuestros pensamientos y mis caminos no son vuestros caminos —dice el Señor—. Cuanto los cielos están por encima de la tierra, tanto mis caminos están por encima de vuestros caminos y mis pensamientos por encima de vuestros pensamientos»⁶⁹.

El mundo sólo ve en los seres que pueblan el universo, personas y cosas, medios de satisfacer su sed insaciable de riquezas, de placer y de vanagloria, e ignora el verdadero amor, que consiste en el olvido de sí y la búsqueda del bien de la persona amada; por el contrario, Dios, que no es más que Amor, contempla en esos seres, que son obra de su omnipotencia y de su amor misericordioso, otros tantos reflejos e imágenes más o menos perfectos,

⁶⁸ Rom 8, 7

⁶⁹ Is 55, 8.

pero auténticos, de sus perfecciones infinitas, y los ama a todos, con ese Amor infinito y sustancial con el que ama a su Hijo y se ama a Sí mismo. «El Padre no ama solamente al Hijo por el Espíritu Santo —dice el Doctor Angélico—, sino también a Sí mismo y a todos nosotros». Y antes que él, el autor del *Libro de la Sabiduría*, dirigiéndose a Dios, le decía: «Amas todo cuanto existe y nada aborreces de lo que has hecho; si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías hecho»⁷⁰.

Así que los pensamientos de Dios sólo son pensamientos de paz, de amor y de infinita bondad.

El alma que está llena del Espíritu Santo y animada por el don de Ciencia, no sabe enfocar las cosas de este mundo de otra manera diferente de como las enfoca Dios. En todo ser esa alma ve como un destello de las perfecciones divinas y una invitación a elevar una alabanza ininterrumpida al Autor de todo bien. Disfruta haciendo suyo el cántico de los tres jóvenes en el horno: «Benedicid al Señor, todas las obras del Señor: alabadle y exaltadle por siempre»⁷¹.

Porque estaba lleno de este espíritu de Ciencia es por lo que san Francisco de Asís sentía una veneración tan grande y una ternura tan verdadera hacia todas las obras de Dios.

«La criatura le servía para comprender al Creador —ha escrito de él su biógrafo—. Cuando veía la solidez inquebrantable y la resistencia de las rocas, inmediatamente, al mismo tiempo, veía hasta qué punto Dios es fuerte y el apoyo que nos ofrece.

»El aspecto de una flor en la frescura de la mañana, o los picos abiertos en un nido con confianza ingenua, todo esto le revelaba la pureza y la sencilla belleza de Dios, así como la ternura infinita del divino Corazón, de donde todo eso brotaba.

»Este sentimiento llenaba a Francisco de una especie de alegría continua a la vista y al pensamiento de Dios, y también lo colmaba de un deseo incesante de darle gracias.

»Deseaba que todo el mundo tomase parte en esa acción de gracias, y le parecía que, en efecto, todos tomaban parte en ella con gozo»⁷².

Más cercana a nosotros, Teresa del Niño Jesús, digna émula del *poverello* de Asís, nos parece como un modelo del alma entregada al Espíritu de Ciencia. Todo en la naturaleza le habla de Dios, todo le lleva su pensamiento a la morada eterna.

⁷⁰ Sab 11, 25.

⁷¹ Dan 3, 57

⁷² joergensen

«Recuerdo —dice, hablando de su infancia— que contemplaba las estrellas con un embelesamiento inexpresable...». Había un grupo de estrellas, la constelación de Orion, a la que miraba con especial deleite, pues le parecía que formaban una T: «Mira, papá —decía—, mi nombre está escrito en el cielo». Y no queriendo mirar nada de lo que había a ras de tierra, levantaba la cara hacia el cielo y no se cansaba de contemplar el azul tachonado de estrellas. La tormenta, el trueno y los relámpagos le causaban también admiración. No sólo no le daban miedo, sino que la maravillaban: «Me parece como si Dios estuviera muy cerca de mí».

También le gusta la nieve, las flores, los campos de trigo salpicados de amapolas, de azulinas y de margaritas, los horizontes, los espacios abiertos, los árboles altos: «En una palabra —escribe—, toda la naturaleza me arrebatava y transportaba a mi alma hacia el cielo».

Cuando hizo un viaje a la Ciudad Eterna, admiró las montañas majestuosas de Suiza, las cascadas, los valles llenos de helechos gigantes y de brezos color de rosa: «Cuánto bien hicieron a mi alma esas bellezas de la naturaleza —escribió más tarde—; cuánto la elevaron hacia Aquel que se ha gozado en echar tales obras de arte en una tierra de exilio que no va a durar más que un día».

Recordemos también que fue en el libro de la naturaleza donde encontró la solución del difícil problema de la predestinación. «Comprendí —escribe— que todas las flores son bellas, que el brillo de la rosa y la blancura del lirio no roban el perfume de la violeta, ni quitan nada a la sencillez encantadora de la margarita. Comprendí que si todas las flores quisieran ser rosas, la naturaleza perdería sus adornos de primavera, los campos no estarían esmaltados de tantas flores».

»Eso es lo que ocurre en el mundo de las almas, el jardín del Señor... Cuando más las flores se gozan en hacer Su Voluntad, tanto más perfectas son».

Y también es el don de Ciencia el que nos hace apreciar como conviene los acontecimientos de este mundo y, de manera especial, los que son para nosotros ocasión de sufrimiento y de pena.

A la mirada de Dios, todo lo que sucede contribuye a la realización del plan según el cual, desde la eternidad, El dirige a todos los seres hacia el fin que les es propio y hacia el fin general del universo, que es la gloria de su santo Nombre, por la santificación de las almas predestinadas.

Así, el alma que se da por entero a la acción del Espíritu de Ciencia se guarda bien, ocurra lo que ocurra, de dejarse llevar por la desolación y la desesperanza. Sabe que no será confundida eternamente y que es bueno para ella ser así probada; y

se abandona sin reservas entre las manos de su Padre del cielo. ¿No es preciso que la rama de la viña mística sea podada para que dé frutos en abundancia? ¿No es preciso que la piedra destinada a ser ornamento del templo sea tallada y pulida? Gustosamente, en la prueba y en la humillación repite con el salmista: «*Bonum mihi quia humiliasti me...* —Es bueno para mí ser así humillada por ti»⁷³.

Mientras que el mundo, indiferente ante las ofensas hechas a Dios, tiembla ante la sola posibilidad de perder la estima de los hombres, el alma llena del Espíritu de Ciencia, preocupada únicamente por evitar hasta la más mínima ofensa a Dios, se alegra, por el contrario, de ser humillada, sabiendo que ahí está el camino más corto y más seguro para llegar al desasimiento completo y al amor perfecto.

Refiriéndose a las numerosas denuncias que hicieron de ella ante la Santa Sede por personas mal intencionadas, Santa Teresa de Ávila decía a su director espiritual: «Os doy mi palabra, padre mío, que cada vez que me entero de que alguien ha hablado de mí desfavorablemente, otras tantas veces me pongo a rezar por esa persona a Dios y Le suplico que aleje el corazón, la boca y las manos de ese hombre de toda ofensa contra El. Después ya no lo miro como alguien que desea mi mal, sino como un ministro de Dios nuestro Señor, escogido por el Espíritu Santo como intermediario para hacerme el bien y ayudarme a realizar mi salvación. Creedme, la lanza mejor y más fuerte para conquistar el cielo es la paciencia. Ella es la que hace al hombre poseedor y dueño de su propia alma, como dijo Nuestro Señor a sus Apóstoles»⁷⁴.

Y como se le diera cuenta de una acusación, entre otras, particularmente ignominiosa, hecha contra ella en Roma, respondió sonriendo: «Yo misma me habría portado mil veces peor, si el Señor no me hubiera tenido de su mano. Lo que hay que temer en esto y lo que es más lastimoso es el daño que hace a su alma quien tales cosas dice. En cuanto a la persona acusada falsamente, no se le hace más daño que el de proporcionarle una ocasión de merecer».

Todos los santos han sabido apreciar de este modo el sufrimiento, y particularmente la humillación.

⁷³ *Sal 118, 71*

⁷⁴ Transcribimos los textos de la Santa de Ávila prescindiendo de su sabrosa manera de decir, aunque tengamos que hacernos violencia para ello, en beneficio de que se entienda más fácilmente (N. del T.).

Santa Teresa del Niño Jesús decía: «Os doy gracias, Dios mío, por todas las gracias que me habéis concedido; en particular por haberme hecho pasar por el crisol del sufrimiento». Y recordando los tres años de martirio de su padre, escribe: «Yo no los habría cambiado por los más sublimes éxtasis, y mi corazón, ante este tesoro inestimable, exclama su agradecimiento: bendito seáis, Dios mío, por esos años de gracias que hemos pasado en medio de males. Madre querida —prosigue dirigiéndose a su hermana, que era entonces la Priora—, qué preciosa y qué suave fue nuestra cruz tan amarga, pues de nuestros corazones brotaban sólo suspiros de amor y de agradecimiento. Ya no andábamos, sino que corríamos, volábamos por los senderos de la santidad».

Estas son las maravillas que obra el don de Ciencia en el alma fiel. Este don hace que, para ella, todo en la naturaleza sea ocasión de alabar a Dios y de darle gracias continuamente, mientras que para el alma que es esclava del pecado, por el contrario, todo, incluso las cosas más santas, es ocasión de tentaciones y de caídas. Cuánta razón tenía san Pablo cuando escribía: «Todo es puro para los puros, y por el contrario nada es puro para los corazones manchados e infieles»⁷⁵.

Por eso, el alma que aspira a dejarse conducir en todo por el Espíritu de Ciencia debe, ante todo, buscar una perfecta pureza de alma y una gran delicadeza de conciencia, huyendo como de la peste de toda falta plenamente deliberada, aunque se trate de materia de mínima importancia, y debe esforzarse por ser particularmente fiel, de manera distendida, hasta en los más pequeños detalles. Por medio de esta fidelidad en las cosas pequeñas es como Santa Teresa del Niño Jesús alcanzó en tan poco tiempo una sabiduría tan elevada y una santidad tan perfecta.

En efecto, la más mínima infidelidad, en cuanto sea habitual y plenamente consentida, tiene por efecto inevitable endurecer el corazón y oscurecer la inteligencia, y como consecuencia, falsear en la misma medida el juicio, al mismo tiempo que constituye un obstáculo para la acción del Espíritu Santo en nuestras almas. «*Nolite contristare Spiritum Sanctum*», nos dice san Pablo: «Guardaos de contrariar al Espíritu Santo»⁷⁶. No basta con mantenerlo en nuestras almas evitando el pecado mortal, sino que además hay que poner buen cuidado en no contrariar su acción, aplicándonos a excluir toda imperfección voluntaria. Sólo a este precio actuará plenamente en nosotros, según su deseo ardiente, que es también el deseo más fuerte de Jesús y de su Padre.

⁷⁵ *Tit* 1, 15.

⁷⁶ *Ef* 4, 30.

Espíritu Santo, danos el juzgar de todas las cosas de esta tierra no a la manera de los hombres sino, como Dios mismo, a la luz de la eternidad. Concédenos esa sabiduría divina, que es locura a los ojos de los hombres, y haz que despreciemos la sabiduría de este mundo, que es locura a los ojos divinos. No permitas que nuestros corazones se apeguen a nada pasajero, ni a las riquezas de la tierra, ni a los placeres, ni a nuestra voluntad propia. Que únicamente preocupados por agradar a nuestro Padre del Cielo, actuemos en toda circunstancia siguiendo el ejemplo de Jesús y de María, según tus divinas inspiraciones y para darle la mayor gloria.

Capítulo VI

EL DON DE CONSEJO

Se cuenta del santo Cura de Ars que un sacerdote de la diócesis de Autun, tenía un caso de conciencia particularmente espinoso, y en el que había estado reflexionando con detenimiento y acerca del cual había pedido consejo y hecho consultas, pero no había conseguido llegar a una solución. Llegó a Ars a pedir consejo al santo Cura. «Fue como si una nube se hubiera disipado de repente», dijo el mencionado sacerdote.

El santo Cura de Ars no le dijo más que una palabra, pero esta palabra simple y decisiva no se la había dicho nadie antes; no la había encontrado en ningún libro y, sin embargo, era la respuesta a todo; arrojaba una claridad tan viva sobre el punto oscuro de la cuestión, que el sacerdote del que hablamos no pudo por menos que decirse a sí mismo: «Hay alguien que le aconseja; *este hombre tiene un «soplón...»*. Se dirigió al Cura de Ars y le preguntó: «Señor párroco, ¿dónde estudió usted la teología?». Por toda respuesta, Vianney se limitó a señalar con un gesto su reclinatorio.

«Este hombre tiene un *soplón...»*. No se puede expresar mejor. Sí, el Cura de Ars tenía un soplón, y un soplón infalible, era el Espíritu Santo.

El biógrafo del Santo Cura, tratando de explicar este don de discernimiento tan admirable que tenía el venerable sacerdote, señala acertadamente que esta seguridad en la visión, esta rapidez de golpe de vista y esta rectitud en el juicio no podían proceder de una gran perspicacia natural, ni podrían ser consideradas como producto de su primera educación, ni resultado de sus estudios o de largas reflexiones: «Parecía más bien que en el espíritu del humilde sacerdote había un criterio latente e infalible, como una clave que le servía para abrir las puertas más secretas y reservadas del corazón, había como un hilo que le ayudaba a orientarse en el dédalo de las conciencias, una cuerda que vibraba en sintonía con todo lo que es recto y justo, y que sonaba destemplada ante todo lo que estaba mal y era incorrecto».

Esta última comparación es la que mejor expresa esa especie de intuición por la cual el alma que se abre a la acción del don de Consejo discierne, de *inmediato y como por instinto*, lo que debe hacer o decir en cualquier circunstancia. «Cuando os conduzcan a las sinagogas y a los magistrados y potestades —decía Nuestro Señor a sus discípulos, aludiendo a este don precioso—, no paséis cuidado de lo que o cómo habéis de responder y

defenderos; porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel trance lo que debéis decir»⁷⁷.

El don de Consejo es al don de Ciencia, del que antes hemos hablado, lo que el arte de sanar a los enfermos es a la teoría de la medicina o, si se quiere, lo que el arte de resolver un caso de conciencia concreto es a la moral teórica que enseña los principios generales para ello.

Por el don de Ciencia, el alma que se entrega a la acción del Espíritu divino, adquiere una manera de apreciar las cosas y los acontecimientos de este mundo, que le permite juzgar de todo, espontáneamente y con naturalidad, a la manera de Dios mismo.

No obstante, el don de Ciencia sólo nos da una apreciación general de las cosas de aquí abajo, sin informarnos de lo que conviene hacer o evitar en cada caso particular teniendo en cuenta todas las circunstancias que podrían modificar la bondad o la malicia moral de nuestros actos humanos. Perfecciona en nosotros la virtud de la fe, en cuanto ésta versa sobre las cosas de esta vida.

El don de Consejo está, sin embargo, ordenado a perfeccionar en nosotros la virtud infusa de la prudencia, y hacer que el alma que actúa bajo el influjo de este don discierna inmediatamente y como por instinto lo que hay que hacer o lo que no hay que hacer, ya se trate de la propia conducta o ya se trate de la conducta del prójimo.

Esta visión *neta, precisa*, de lo que conviene en concreto hacer o evitar dadas unas circunstancias, no es el resultado del estudio ni de la reflexión, sino de *una especie de intuición* debida a ese instinto sobrenatural que es el don de Consejo. Por eso, no es raro que quienes están dotados de él se vean en la imposibilidad de dar razón de su manera de ver, aunque tengan la certeza de estar en la verdad.

El don de Consejo es más especialmente necesario a los directores y a todos aquellos que ejercen alguna clase de autoridad, pero no es menos conveniente para toda alma que quiera responder de manera plena a los designios de misericordia que Dios tiene sobre ella y llegar a la santidad ya en este mundo.

Entre los santos de nuestra época en quienes este don ha brillado más a lo vivo, hemos de citar a Santa Teresa del Niño Jesús, que todo lo esperaba del Espíritu Santo, consciente como era de lo poco que podía con su pequeñez. Escribía: «He observado con frecuencia que Jesús no quiere que yo almacene provisiones. Me alimenta en cada instante con un alimento nuevo que voy encontrando dentro de mí sin saber cómo. Creo que sencillamente Jesús, escondido

⁷⁷ Lc 12, 11-12.

en el fondo de mi pobre corazón, actúa en mí de una manera misteriosa y me inspira lo que quiere que yo haga en cada momento».

Por eso, ya desde los comienzos de su vida religiosa, da muestras de una prudencia consumada, que perciben tanto sus Superiores como sus Hermanas. La Madre María de Gonzaga escribía: «Nunca había yo podido creer que una niña de quince años pudiera tener un juicio tan desarrollado; ya desde los primeros tiempos de su noviciado todo era perfecto en ella, nada había que decirle».

Bajo el influjo de este don, le aconsejaba a una de sus novicias que imitara, en sus aspiraciones a la santidad, la constancia de una criatura pequeña que, viéndose incapaz de subir el primer peldaño de la escalera que le separa de su madre, no cesa de levantar el pie en un esfuerzo inútil, hasta que su madre viene a tomarla en brazos y la lleva con ella hasta donde quería llegar.

El Espíritu Santo es quien le enseñó ese caminito nuevo y maravilloso, por el que ella misma iba a arrastrar a tantos miles de almas.

De ahí también esa manera delicada de recordar a sus novicias la virtud de la humildad y el desprendimiento del propio juicio: «Os equivocáis criticando esto y lo otro... Puesto que queremos ser niños pequeños, los niños pequeños no saben lo que es mejor, *todo lo encuentran bien*».

Durante su última enfermedad, no solamente las novicias, sino hasta las Hermanas de más edad, se le acercan para pedirle consejo, y todas encuentran sosiego y confortamiento.

Dichosas las almas que se dejan guiar de esta manera por el divino Director de las almas. Desgraciadamente son muy pocas. Sin embargo, todas han recibido este don divino, y no hay cosa que el Espíritu Santo desee tanto como ver que se desarrolla en ellas. Pero es preciso que sepamos disponernos, con la ayuda de la gracia ordinaria, para recibir estos influjos divinos.

«Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes». La primera forma de disponernos para aprovechar las inspiraciones divinas es desconfiar de nuestro juicio propio y desprendernos de nuestros puntos de vista.

Hay almas que todo lo juzgan, aprueban o condenan con una facilidad y una pretensión inaudita. Nada escapa a su juicio. Los actos del prójimo, de los mismos Superiores, pasan a través de la criba de su crítica implacable. Parece como si creyeran que ellas son infalibles. ¿Cómo pueden de esta manera escuchar al Espíritu de Consejo?

Dice el Señor: «No juzguéis y no seréis juzgados».

Si queremos recibir la enseñanza del Espíritu Santo, divino Doctor de las almas, seamos dóciles, flexibles y pequeños, porque «los pequeños no saben lo que es mejor, sino que todo lo encuentran bien».

Después, esforcémonos por hacer en cada instante la voluntad de nuestro Padre del Cielo, siguiendo el ejemplo del Maestro. Decía el rey David: «Me he hecho más sabio que los ancianos, porque he meditado tus mandamientos »⁷⁸.

El Espíritu Santo no puede por menos de acudir en ayuda de las almas de buena voluntad, que se humillan ante sí mismas y sólo tienen un deseo: cumplir la divina voluntad, *agradar a Jesús* en todo.

Debemos, pues, aplicarnos a estas dos virtudes: la humildad y la obediencia; por amor y hasta los más pequeños detalles. Entonces no cabe duda de que también nosotros oiremos la voz del Consejero de nuestras almas, y El nos llevará rápidamente hasta la cima de la perfección.

«Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo, inspírame siempre lo que debo pensar, lo que debo decir, cómo debo decirlo, lo que debo callar, lo que debo escribir, cómo debo actuar, lo que debo hacer para procurar tu gloria, el bien de las almas y mi propia santificación» (Cardenal VERDIER).

⁷⁸ *Sal* 118, 100.

Capítulo VII

EL DON DE INTELIGENCIA

Por medio de los dones de Ciencia y de Consejo, el alma que se abandona a la acción del Espíritu Santo juzga de toda cosa creada como Jesús mismo juzga, es decir, de manera divina.

Esto significa el desarrollo perfecto del espíritu de fe con respecto a las cosas de este mundo, y supone la muerte en el alma de toda pasión descontrolada, de todo afecto que no esté plenamente de acuerdo con el Corazón de Jesús.

Cuando el alma se halla en esta situación, todo lo que tiende a oscurecer la vista del espíritu ha desaparecido, y el alma está preparada para dejarse llevar de una manera más perfecta todavía por el Espíritu divino.

En este momento es cuando entran en juego los dones más perfectos de Inteligencia y Sabiduría.

No debemos confundir el don de Inteligencia con la facultad natural de conocimiento que lleva ese mismo nombre.

Se puede tener una inteligencia muy brillante y no poseer el don de Inteligencia, o no dejar que actúe en nosotros.

Y por el contrario, no es raro encontrar almas que son de inteligencia muy corriente y poco cultivada, y que están maravillosamente iluminadas por el don de Inteligencia.

El don de Inteligencia es una disposición sobrenatural del espíritu, que le permite captar y penetrar, de manera maravillosa y como por intuición, determinados misterios de nuestra fe o, simplemente, el sentido profundo de una determinada palabra pronunciada por nuestro Salvador o inspirada por el Espíritu Santo.

Conocemos ese misterio desde hace mucho tiempo; esa palabra la hemos oído y hasta la hemos meditado muchas veces; pero he aquí que, en un momento dado, sacuden nuestro espíritu de una manera nueva, que parece como si nunca hasta entonces los hubiésemos comprendido de verdad.

Así, bajo el influjo del don de Inteligencia, un alma verá tan claramente que Dios es Amor, y que no es más que Amor, que a partir de ese momento no habrá nada que le pueda hacer dudar de ese Amor infinito e inmutable. Tiene como la evidencia de ello. Una luz extremadamente viva y deliciosa la penetra y la

invade por entero, y esta luz va acompañada de una felicidad que no se podría ni sospechar en este mundo.

«Dios pone entonces —escribe Santa Teresa de Ávila— en lo más íntimo del alma lo que El quiere darle a entender (...). Como uno que sin haber aprendido ni haber trabajado nada para saber leer ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase que ya sabía toda la ciencia, sin saber cómo ni de dónde le ha venido, pues nunca había trabajado ni para aprender el alfabeto (...). En un momento el alma ve el misterio de la Santísima Trinidad y otras cosas muy elevadas con tal claridad que no hay teólogo con quien no se atreviese a discutir estas verdades tan grandes. Y esa misma alma se llena de asombro⁷⁹.

Evidentemente bajo: el influjo de ese don Santa Teresita escribía en su autobiografía esta profesión de fe en el Amor de Dios hacia ella: «¡Oh Jesús mío...! Me parece que no podéis colmar un alma con más amor con que habéis colmado la mía». Y poco más adelante: «No puedo concebir una mayor intensidad de amor que esa con la que habéis tenido a bien gratificarme sin ningún mérito por mi parte».

Sorprendida ella misma por el atrevimiento de estas líneas en cierto modo escapadas a su pluma, siente necesidad de excusarse: «Madre mía, estoy asombrada por lo que he escrito; no me lo había propuesto». No obstante, se guardará bien de suprimir ni una sola cosa de este texto, pues expresa exactamente su pensamiento.

Sin embargo, no vayamos a creer que este don tiene que estar reservado para las almas llamadas a una alta santidad. Recuerdo que hace algunos años, administré los últimos sacramentos a una pobre anciana octogenaria, la cual me relató su vida. Había conocido los tiempos en los que los niños tenían que trabajar en las fábricas desde los siete u ocho años, y ella misma había sido víctima de aquel estado de cosas. Por eso, prácticamente no había ido a la escuela ni al catecismo. No obstante, tenía luces poco ordinarias acerca de las verdades de nuestra fe y acerca de la oración. Me explicó que un viejo oficial del cual había sido sirvienta, le había enseñado a rezar. El Espíritu Santo solo había hecho lo demás.

Estas luces en el espíritu van acompañadas de una gracia proporcional en la voluntad. El alma favorecida con estas luces se siente abrasada de amor a Dios, y daría gustosa mil vidas por confesar su fe y su amor.

«Basta una sola gracia de esa naturaleza para transformar por completo un alma —escribe Santa Teresa de Ávila—. Desde ese momento se encuentra incapaz de amar otra cosa que no sea Aquel que, sin ningún esfuerzo por parte de ella, la hace capaz de tan grandes bienes, le comunica tan altos

⁷⁹ *Vida*, cap. 27

secretos y le muestra una ternura, un amor, que no pueden ser expresados».

El alma, bajo el influjo de esta luz, queda como fuera de sí, y puede permanecer de esa manera a veces varios días seguidos. Querría gritar su amor a la tierra entera, y no puede comprender cómo el mundo se pone a buscar la felicidad fuera de Dios; ve de manera manifiesta que todo es vanidad, fuera de lo que sea servir a Dios y amarle sin medida.

No está, evidentemente, en nuestra mano procurarnos de manera directa tales favores. Pero el Espíritu Santo nada desea más que darnoslos, y nosotros podemos y debemos disponernos para ello, con la ayuda de la gracia.

Ya se comprende que la primera condición requerida para que el don de Inteligencia se desarrolle en nuestras almas, consiste en el desasimiento por nuestra parte de todas las acciones y placeres culpables: «El hombre animal —(es decir, el que sigue las tendencias desordenadas de la naturaleza) escribe san Pablo— no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas»⁸⁰.

Además, el alma debe estar dispuesta con generosidad a entrar por el camino de la abnegación perfecta y de la renuncia total. Debe estar preparada para aceptar, si es preciso, el «pan cotidiano de una sequedad amarga» y cualquier otra prueba que Dios quiera mandarle con el fin de llevarla a una devoción más espiritual y más perfecta.

Se debe aplicar a conformarse en todo con los deseos divinos hasta en los más pequeños detalles, y debe estar animada por un inmenso deseo de responder perfectamente, *y a no importa qué precio*, a los designios de la misericordia de Dios sobre ella.

Esta fidelidad supone mucha humildad, una gran desconfianza de sí misma, y una confianza sin límites en la bondad divina; en una palabra, ese espíritu de infancia espiritual, que Santa Teresa de Lisieux nos recordaba. «Si no os hacéis como niños —dijo el Salvador— no entraréis en el Reino de los Cielos»⁸¹. «Yo te bendigo, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los prudentes, y las has revelado a los pequeños»⁸².

Espíritu Santo, Espíritu de verdad, quiero hacerme dócil a tu enseñanza y vivir fiel a los más pequeños toques de tus inspiraciones divinas.

Eres Espíritu de vida, fuerza y luz, sé mi vida, mi luz, mi fuerza.

⁸⁰ 1 Cor 2, 14.

⁸¹ Mt 18, 2.

⁸² Lc 10, 21.

Hablas en silencio al alma, dame el espíritu de silencio y de recogimiento.

Desciendes a las almas humildes, dame el espíritu de humildad, enséñame a vivir de tu amor, enséñame a repartir el amor a mi alrededor.

Capítulo VIII

EL DON DE SABIDURIA

De todos los dones del Espíritu Santo, el más noble, el más precioso, el que debemos desear con mayor ardor y pedir con mayor insistencia, es sin duda el don de Sabiduría.

La Sagrada Escritura no ahorra elogios al hablar de la Sabiduría; así, leemos en el *Libro de los Proverbios*: «La Sabiduría vale más que las piedras preciosas, y cuanto hay de codiciable no puede comparársele»⁸³. Por otra parte, el autor del *Libro de la Sabiduría* dice: «La preferí a los cetros y a los tronos, y en comparación con ella tuve en nada la riqueza (...). Todo el oro ante ella es un grano de arena, y como el lodo es la plata ante ella. La amé más que a la salud y la hermosura y antepuse a la luz su posesión, porque el resplandor que de ella brota es inextinguible. Todos los bienes me vinieron juntamente con ella (...), porque la sabiduría es quien los trae, pero yo ignoraba que fuese ella la madre de todos (...). Es para los hombres un tesoro inagotable, y los que de él se aprovechan se hacen participantes de la amistad de Dios»⁸⁴.

Se podría definir el don de Sabiduría: una disposición natural de la inteligencia, que la inclina a no estimar ni saborear más que a Dios y lo que de algún modo interesa a la gloria de su Nombre⁸⁵.

En efecto, el don de Sabiduría tiene su sede en la inteligencia y no en la voluntad.

El Doctor Angélico nos dice que su objeto es Dios y las *cosas divinas*, en primer lugar y de modo principal, pero también lo son las cosas de este mundo, tanto de orden práctico como de orden especulativo, *en lo que tienen relación con Dios*.

El alma que está plenamente bajo la acción de este don precioso no se complace más que en Dios, no encuentra gusto más que en Dios y en lo que interesa a la gloria de Dios.

⁸³ *Prov* 8,11.

⁸⁴ *Sab* 7, 8-14.

⁸⁵ Santo Tomás de Aquino dice que, etimológicamente, la palabra *Sapientia* (sabiduría) viene de *sapida scientia*: ciencia sabrosa.

Todo lo demás, placeres, honores, riquezas, bienes de esta tierra, le parece de muy poco precio, y no necesita hacer ningún esfuerzo ni meditar despacio para convencerse de que todo es vanidad, fuera de lo que sea amar a Dios y servirle a El solo. Posee como la evidencia de todo esto.

Todo aquello por lo que el mundo se afana, las fiestas mundanas, los espectáculos y las demás diversiones frívolas, son para ella una carga.

Por el contrario, todo lo que sabe que Dios quiere, ella lo ama y se aficiona a ello con toda la fuerza de su voluntad, aunque sean cosas que repugnen a su naturaleza sensible.

El don de Sabiduría, como los otros dones y las otras virtudes sobrenaturales, es infundido en el alma del bautizado al mismo tiempo que la gracia santificante, y sólo espera a entrar en ejercicio por interés del alma que lo posee.

No es raro que en los niños manifieste su acción por un gusto precoz y particularmente vivo hacia todo lo que concierne a Dios y a la religión. Nada de extraño hay en esto, ya que «el Señor se complace en dar la sabiduría a los pequeños», y que el niño suele oponer muchos menos obstáculos a la acción del Espíritu Santo que las personas mayores.

Más tarde, el don de Sabiduría se manifestará en determinadas almas de otra manera también sensible. Por ejemplo, el alma sentirá una felicidad inexpresable al contemplar a Jesús en el Sagrario o expuesto en el Sacramento de Su amor.

Permanece allí, sin decir nada o simplemente repitiendo algunas palabras de amor, en contemplación profunda, con los ojos fijos en la Hostia, sin cansarse de mirarle. Le parece que Jesús penetra por sus ojos hasta lo más profundo de ella misma, y experimenta un inmenso deseo de ser enteramente invadida por El.

Le cuesta entonces apartarse de su Maestro, del Bienamado de su corazón. Le vienen a los labios las palabras de san Pedro en el monte Tabor: «Señor, montemos aquí una tienda...».

Sin embargo, estas comunicaciones sensibles, por muy suaves y provechosas que sean, no son más que efectos y manifestaciones imperfectas del don de Sabiduría.

Cuando el alma madure con las pruebas y la sequedad, entonces el don de Sabiduría actuará en ella de manera mucho más espiritual. Y entonces habrá, en la inteligencia, una visión clara del *todo* de Dios y del *nada* de la criatura y, por consiguiente, en la voluntad habrá una determinación firme de no

vivir más que para Dios y de soportarlo todo por Su gloria y por la venida de Su Reino en las almas.

Santa Teresa de Ávila escribe: «Lo que esta alma desea es gastarse por su Dios, aun al precio de grandes sufrimientos. Vive en un olvido tan profundo de su propio interés, que en cierto modo le parece que ella no tiene ya ser. Todo en ella va al honor de Dios, al cumplimiento perfecto de Su voluntad, a la búsqueda de Su gloria».

Dichosas mil veces las almas que han llegado a este punto de desasimiento de sí y de abnegación. Pueden decir con san Pablo: «Vivo, pero no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí», por medio de su Espíritu.

Espíritu de Sabiduría, dignate abrazar mi corazón con vuestro amor, iluminar las tinieblas de mi espíritu con tu luz divina. Que unido cada vez más estrechamente, por medio de Ti, a Jesús mi Salvador, yo sea para El como una «humanidad añadida» y que, siguiendo su ejemplo, yo no tenga más vida ni más pensamiento que para la única gloria del Padre.

Fuego divino, Amor sustancial del Padre y del Hijo, consume en mí todo lo que todavía se opone al reino de tu divina Sabiduría. Que, libre de ilusiones y de todo error, mi espíritu ponga todas sus complacencias en Dios solo, y que así se realicen en mi alma todos los designios de la divina misericordia.

Capítulo IX

EL DON DE PIEDAD

Muy vana es la ciencia que no encamina hacia el amor. Poco importa brillar, si el corazón y la voluntad no se encienden de amor a Dios.

Por eso, a los cuatro dones del Espíritu Santo destinados a iluminar nuestra inteligencia se añaden, en el alma, los tres dones de Piedad, Fortaleza y Temor, ordenados a unir nuestra voluntad a Dios de manera más perfecta.

Por lo demás, como ya lo hemos dejado entender, es imposible que el alma sea iluminada por los dones de orden intelectual, los dones de Inteligencia y Sabiduría sobre todo, sin que al mismo tiempo se encienda de amor y se fortalezca grandemente al servicio de Dios. Los dones de Piedad y de Temor, dice el Doctor Angélico, son resultado del don de Sabiduría y como su manifestación externa.¹⁸⁶

De estos dones que afectan más especialmente a la voluntad vamos a hablar ahora, y en primer lugar del don de Piedad.

El don de Piedad consiste en una disposición sobrenatural del alma, que la inclina, bajo la acción divina del Espíritu, a comportarse en sus relaciones con Dios como un niño cariñoso se comporta con su padre, del cual se sabe inmensamente amado y querido.

El objeto principal del don de Piedad es, pues, Dios mismo, no en cuanto Soberano Señor de todas las cosas, sino en cuanto Padre infinitamente bueno e infinitamente digno de ser amado, «Del mismo modo que la virtud de la piedad tiene como primer objeto al padre según la naturaleza —dice el Doctor Angélico— así también el don de Piedad se refiere a Dios en cuanto Padre»⁸⁷.

El alma que está animada por el Espíritu de Piedad no puede temer a Dios como se teme a un maestro o a un juez. Sin duda, esa alma sigue teniendo un cierto temor filial, del que hablaremos más adelante, pero no tiene absolutamente nada de ese temor servil, que hace que se tenga miedo de alguien a quien se sabe justo, pero severo.

La actitud de esa alma con Dios es verdaderamente la de un niño con un padre o una madre, de quienes se sabe inmensamente amado. Ni rastro de temor, sólo hay amor.

⁸⁶ *Suma Teológica*, 2-2-, q. 45, a. 1, ad 3.

⁸⁷ *Suma Teológica*, 1-2, q. 121, a. 1, ad 1.

El objeto secundario del don de Piedad es todo lo que tiene relación con Dios y, en primer lugar los santos y las cosas santas, por quienes el alma, bajo la acción del don de Piedad, siente un gran respeto y una profunda veneración. Igual que un niño bien nacido se siente de manera natural inclinado a tener veneración y afecto por todo lo que venera y ama su padre, así el alma animada por el Espíritu de Piedad, se apega espontánea y filialmente a todo lo que ella sabe que su Padre del Cielo aprecia.

Ya en el Antiguo Testamento encontramos pruebas irrecusables de este amor «más que maternal»⁸⁸, que Dios tiene a sus hijos de la tierra, y que constituye el fundamento y el motivo de esta piedad filial que, en correspondencia, el alma fiel Le tiene. El Salmista nos dice: «El Señor es misericordioso y compasivo, tardo a la ira y rico en bondad (...). Tan lejos está el oriente del occidente, así aleja de nosotros nuestras iniquidades. Tan benigno como un padre es para sus hijos, así es benigno Dios para quienes le temen, pues El conoce de qué hemos sido hechos, se acuerda de que no somos más que polvo»⁸⁹.

Y en Isaías leemos las siguientes palabras, que maravillaban a Santa Teresita: «Como una madre acaricia a su hijo. Yo os llevaré sobre mi pecho, os meceré sobre mis rodillas»⁹⁰. Y también: «¿Puede una madre olvidarse de su hijo? (...). Aunque ella se olvide, Yo no os olvidaré»⁹¹.

Pero es en la Ley Nueva, en el misterio de Cristo⁹², donde se nos ha revelado este amor excesivo, *nimiam caritatem*⁹³ este amor que sobrepasa todo lo que el hombre puede concebir, *supereminentem scientiae caritatem*⁹⁴, con el que Dios se ha dignado amarnos, sin ningún mérito por nuestra parte. Es El quien primero, nos ha amado, *quoniam ipse prior dilexi* nos⁹⁵, desde toda la eternidad⁹⁶, y de manera absolutamente gratuita, *non ex operibus... Dei enim donum est*⁹⁷.

⁸⁸ *Eclo* 4, 11.

⁸⁹ *Sal* 102, 8. 12-14.

⁹⁰ *Is* 66, 12.

⁹¹ *Is* 49, 14-15.

⁹² *Ef* 3, 4.

⁹³ *Ef* 2, 4

⁹⁴ *Ef* 3, 19.

⁹⁵ *I Jn* 4, 10.

⁹⁶ *Ef* 1, 4.

⁹⁷ *Ef* 2, 9. 8.

Este amor eterno e inmutable del Padre por nosotros le ha llevado a darnos a su propio Hijo, a fin de que, rescatados al precio de su Sangre y hechos uno con El por el agua y el Espíritu Santo, seamos con toda verdad sus hijos según la gracia: «Mirad qué amor nos tiene el Padre —escribe el Apóstol amado—, que ha querido que nos llamemos hijos suyos y lo seamos de verdad»⁹⁸. Y san Pablo escribe: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo (...), que, en su amor, nos ha predestinado a ser sus hijos adoptivos por Jesucristo»⁹⁹. «No habéis recibido el espíritu de siervos, para recaer en "el temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: *Abba*, Padre. El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios»¹⁰⁰.

El alma que se abandona a la acción del don de Piedad, ilustrada por estas enseñanzas, sólo ve en Dios un Padre amoroso, de quien se sabe infinitamente querida en Cristo Jesús. Hecha, en cierto modo, una sola y misma cosa con el Verbo encarnado, según dice hermosamente san Agustín: «*Ipse sumus nos* —somos el Cristo mismo», y llena de su Espíritu divino, también ella se reviste espontáneamente de los sentimientos que animan su Corazón adorable hacia el Padre, hacia la Virgen bendita, su Madre, así como hacia los ángeles y todos los miembros de su Cuerpo Místico.

Sabiéndose amada sin medida del Cielo, del Purgatorio, y de todas las almas santas de la tierra, el alma ama con el mismo amor en Cristo a todos los que están unidos a El por la gracia del Espíritu Santo, o tienen posibilidad de estarlo.

Así, por el don de Piedad, se desarrolla en el alma la caridad perfecta y se va colmando esa necesidad innata que nuestro corazón siente de amar y de ser amado sin medida.

Son maravillosos los efectos de ese don precioso en el alma fiel. Nada puede turbarla, pues está segura del Amor y de la Omnipotencia de su Padre del Cielo. Sabe que, a fin de cuentas, todo lo que le suceda terminará en una mayor gloria de Dios y en un mayor provecho para ella misma.

Por eso, su corazón está siempre desbordante de agradecimiento. No cesa de repetir: «Gracias, Padre querido... No te disgustes con tu hijo. Lo que tú haces es lo que yo amo, y lo que quiero amar siempre... No mi voluntad, Dios mío, sino la tuya... Con Jesús y en El, quiero repetiros siempre desde el fondo de mi corazón, a

⁹⁸ 1 Jn 3, 1.

⁹⁹ Ef 1, 3-5.

¹⁰⁰ Rom 8, 15-16.

pesar de las repugnancias de mi pobre naturaleza: Padre querido, que tu voluntad se haga plenamente en tu hijo, a no importa qué precio».

Este abandono va acompañado de una completa confianza en el futuro. ¿Por qué va a temer esta alma? Sabe cuánto el Padre le ama, y cuánto El es fiel en mandarle, junto con la prueba, las ayudas necesarias para aceptarla. Por eso no se preocupa de nada sino de amar con todo su corazón y con todas sus fuerzas *en el momento presente*.

El demonio procura tentarle contra la virtud de la esperanza, insinuando en su espíritu que quizá pueda no estar en gracia de Dios y que quizá podría acabar contada en el número de los condenados; pero ella, en vez de dejarse llevar por este pensamiento deprimente, levanta con rapidez su corazón hacia su Padre del Cielo y le dice con sencillez de infancia: «Padre querido, quiero, no obstante, amarte con todas mis fuerzas al menos en este mundo y, si voy al infierno, seguiré amándote allí eternamente».

Es que su amor es tan desinteresado y tan puro que, aunque, por un imposible, esta alma supiera con certeza que estaba destinada al infierno, no por eso amaría menos, feliz de poder así ofrecer a su Padre querido un amor que renuncia a toda recompensa.

Esto le hace también decir «mil locuras» y desear en estos transportes de amor, como Teresa de Ávila y la pequeña carmelita de Lisieux, verse sumergida en un lugar de tormentos y de horror que es el infierno, para que desde el fondo de ese abismo de iniquidad se eleve eternamente, en medio de las blasfemias, al menos un acto de amor puro.

Como ama «hasta la locura» a su Padre celestial, ama también todo lo que El ama; y como El ama a todas las almas con el mismo amor con que ama a su Hijo único, también el alma siente hacia ellas el mismo afecto.

¡Qué delicadeza en el trato con el prójimo! Si éste tiene imperfecciones, ve en él un miembro herido de Jesús, y duplica con él la atención y la solicitud, con el fin de no agravar su mal, sino por el contrario, de curarlo si es posible.

Como vemos, el don de Piedad viene a perfeccionar en el alma fiel la virtud de la caridad hacia Dios y hacia el prójimo. Y, puesto que la perfección de un alma depende de su grado de caridad, es fácil darse cuenta de que la excelencia de ese don es inapreciable.

Pocas almas han recibido este don de Piedad en tan gran abundancia como Santa Teresa del Niño Jesús; por eso, ese «caminito» se llama camino de infancia. «¿No es Dios nuestro Padre —decía— y no somos nosotros niños pequeños?». Es

sabido que, hacia el final de su vida, le gustaba considerarse como el «niño pequeñito» de «Papá, el Dios bueno».

Puerilidades, dirán quienes se creen mayores; sin embargo, nada podría expresar mejor nuestra dependencia absoluta de Dios, incluso en el orden natural, y al mismo tiempo el amor excesivo e inconcebible de este Padre infinitamente misericordioso con nosotros, de quienes ha querido hacer sus hijos.

Espíritu Santo, Espíritu del Hijo, queja- más cesaste, mientras peregrinaron en la tierra, de animar los Corazones de Jesús y de su santísima Madre con el más puro amor al Padre, dignate abracarnos también a nosotros con ese mismo amor tierno y filial.

Tú, por quien nos ha sido dado llamar a Dios con el dulce nombre de Padre y de ser con toda verdad- sus hijos, haz que nos apliquemos a ser cada vez menos indignos de un Padre tan bueno y tan misericordioso y que, después de haberle amado con todo nuestro corazón en este mundo, podamos seguir, por ti, glorificándole en su Hijo único durante la eternidad.

Capítulo X

EL DON DE FORTALEZA

Para ser santo, no basta con conocer lo que conviene hacer y lo que hay que evitar. Hay que «hacer la verdad», como dice san Pablo, es decir, vivirla en la práctica, imprimirla en los pequeños detalles de la vida cotidiana. Y esto es difícil para nuestra naturaleza caída. «Veo el bien y lo apruebo, pero me dejo llevar por el mal», gemía ya el poeta pagano. Y san Pablo se hace eco de este lamento, cuando escribe a los romanos: «Sé que el bien habita en mí... El quererlo está a mi alcance, pero no el poderlo realizar; pues no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero (...). Desgraciado de mí, ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?»¹⁰¹.

En efecto, como estamos limitados a las solas fuerzas de nuestra naturaleza herida por el pecado original, nos vemos en la imposibilidad de perseverar mucho tiempo en el bien.

Afortunadamente, en su infinita misericordia, Dios ha tenido compasión de nuestra miseria y nos ha dado parte de su fuerza divina en Jesús, nuestro Salvador. «Recibiréis la virtud del Espíritu Santo», dijo nuestro Señor a sus discípulos en el momento de separarse de ellos para volver al Cielo, «y seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra»¹⁰². Esta promesa del Salvador iba a cumplirse unos días más tarde, el día de Pentecostés. Y la seguridad que le daba esta fuerza divina, arrancaba a san Pablo este grito de victoria: «*Omnia possum in eo, qui me confortat* —todo lo puedo en Aquel que me da fuerzas»¹⁰³.

Esta fuerza divina es comunicada al alma cristiana desde el instante de su regeneración espiritual en el bautismo, por la virtud infusa de la fortaleza, así como por el don de Fortaleza, del cual depende aquella virtud para su ejercicio.

En el alma que se entrega totalmente al Espíritu Santo, el don de Fortaleza consiste en una disposición sobrenatural del alma, que la hace capaz, bajo la acción del Espíritu divino, de emprender las acciones más difíciles y soportar las más duras pruebas por amor a Dios y la gloria de su Nombre.

¹⁰¹ Rom 7, 18-24.

¹⁰² Hech 1, 8.

¹⁰³ Rom 4, 13.

No es que el alma, animada por el Espíritu de Fortaleza ponga la confianza en sus propios esfuerzos. Nadie mejor que ella tiene conciencia de su propia endeblez y de su incapacidad para todo bien.

Toda su confianza está puesta en Dios; y esta confianza no tiene límites. Sabe que el Señor ama escoger «lo que es débil, lo que a los ojos del mundo no tiene nobleza ni poder (...), para que nadie pueda gloriarse ante Dios»¹⁰⁴, y que no pide a sus hijos más que la buena voluntad, para llevar a cabo, en ellos y por ellos, maravillas de gracia y de misericordia.

No hay consideración humana que la detenga desde el momento en que la gloria de Dios está en juego y en que ella está persuadida de cuál es el deseo de Dios sobre ella. Nada le parece imposible, porque todo lo espera de Dios, y no pone su confianza de ningún modo en los medios humanos de los que tendrá que servirse. «Los hombres pelearán —decía santa Juana de Arco a quienes le hacían ver la temeridad de su empresa— y Dios dará la victoria». Su confianza no estaba ni en sus talentos de guerrero, ni en la valentía de sus soldados, sino únicamente en Dios, que, por un solo acto de su voluntad, puede disipar los ejércitos más fuertes y mejor entrenados, y conceder los más brillantes éxitos a quienes Le aman.

Del mismo modo que la virtud de la fortaleza, el don implica prontitud de decisión, generosidad en el esfuerzo y perseverancia a pesar de las dificultades.

Pero, así como en el ejercicio ordinario de la virtud, todo esto es producto de la razón, y calculado, y querido por tales y cuales motivos bien concretos, que la reflexión ha descubierto en la meditación —necesidad de despreciar todo temor vano, porque los bienes eternos son superiores a todos los bienes de este mundo—, bajo la acción del don de Fortaleza el alma se dispone a emprender grandes cosas por la gloria de Dios de una manera totalmente espontánea y natural, y acepta soportar los más penosos sufrimientos por su amor. No tiene ni que defenderse de las fatigas o de las críticas o contra el temor de disgustar a los hombres, porque no tiene ningún temor, como no sea el de contristar a su Padre del Cielo o el de no buscar Su gloria en lo que esté en su mano.

Su confianza en ese Padre infinitamente misericordioso es tan grande, que ya no se preocupa de antemano, como le ocurría antes, de lo que pueda sucederle, y se contenta con recibir, *instante por instante*, con todo el amor de su corazón, las cruces, pequeñas o grandes, que a este buen Padre le parezca bien enviarle. «Lo que El hace es lo que yo amo», repite continuamente con Teresita.

¹⁰⁴ 1 Cor 1, 27-29.

Por eso tiene el corazón lleno de paz.

Y no es que no sienta el sufrimiento tan a lo vivo como lo sentía antes. Incluso con frecuencia es lo contrario. «Aumentaré tu sensibilidad para que puedas sufrir más», le decía Nuestro Señor a Santa Margarita María. El alma de la que hablamos siente también que su sensibilidad aumenta y se afina a medida que adelanta, pero si bien el sufrimiento persiste e incluso aumenta, el amor lo transforma, y hace que el alma lo acepte no sólo de buen grado, sino incluso con todo el amor de que es capaz.

Es que el don de Fortaleza supone en el alma el pleno desarrollo de las virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad, así como la acción de los dones de Inteligencia, Sabiduría y Piedad filial.

En efecto, si el alma emprende sin vacilar tan grandes cosas y soporta con amor, y a veces hasta con una sonrisa, los más grandes sufrimientos físicos o morales, es porque tiene una fe viva e inquebrantable en el amor infinito de su Padre del Cielo; es porque tiene una confianza sin límites en su bondad de Padre; y porque lo ama tanto, que querría hacer y sufrir todavía mil veces más por la gloria de su Nombre.

Porque estaban animados por-este Espíritu de Fortaleza es por lo que los Apóstoles, el día siguiente de Pentecostés, emprendieron, a pesar de la pobreza de los medios humanos de que disponían, la conquista del mundo y la revolución espiritual de las naciones.

Este mismo Espíritu es el que les hacía enfrentarse con las amenazas del Sanedrín, responder con arrojo a sus jueces, que les conminaban a que cesaran en su predicación: «*Non possumus non loqui*— no podemos dejar de hablar y no proclamar bien alto lo que hemos visto y oído»¹⁰⁵. Y El es quien les hacía alegrarse por haber sido considerados dignos de sufrir por el Nombre de Jesús.

El Espíritu de Fortaleza es quien también ha hecho los mártires, los Esteban, los Lorenzo, las Cecilias y las Ineses, y quien ha inspirado y sostenido a los fundadores y reformadores de Órdenes y Congregaciones religiosas, en sus tareas generalmente difíciles.

Este mismo Espíritu de Fortaleza le dio a la humilde carmelita de Lisieux el ser rigurosamente fiel hasta en las más pequeñas cosas, el no resistirse jamás de manera deliberada al más mínimo toque de la gracia, y aceptar el sufrimiento no sólo con resignación, sino con una sonrisa; escribe ella misma, haciendo referencia a la gracia que le fue concedida en Navidad de 1886: «Me hizo fuerte y valiente... y

¹⁰⁵ Hech 4, 20.

desde ese momento yo caminaba de victoria en victoria, comenzando, por así decir, una carrera de gigante».

Mientras que este don no empieza a actuar en el alma, ésta permanece imperfecta, sujeta a toda suerte de temores vanos. Esto quiere decir que el don de Fortaleza, al dar a la virtud su perfección última, es necesario para la santidad perfecta.

Es absolutamente necesario para las almas que se hacen pequeñas, con un convencimiento íntimo de su absoluta incapacidad para hacer por sí mismas algo bueno.

Si las almas naturalmente fuertes y generosas pueden quizá contar un poco con sus propias fuerzas que han recibido de Dios, no ocurre lo mismo con esas almas pequeñas, que tienen conciencia de su extrema debilidad. No pudiendo encontrar en ellas mismas esa fuerza que necesitan, sólo tienen una forma de llegar a la santidad: recurrir al Espíritu divino.

Por eso es de la más alta importancia para cualquier alma disponerse, en lo que de ella depende, a la acción del Espíritu de Fortaleza.

Para eso, la primera condición es saber reconocer con humildad su incapacidad y su endeblez, e incluso complacerse a la vista de su miseria, como hacía Santa Teresita del Niño Jesús, que nos asegura que «cuanto más débil y miserable es uno, más preparado se está para las operaciones de ese Amor que consume y transforma». Pero para ello hay que «consentir en ser pobre y en no tener fuerzas», y son muy pocos los que se resignan a eso.

El alma se esforzará por unir, a esta humilde aceptación de su miseria, una confianza sin límites en la bondad infinita de Dios hacia ella y una «esperanza ciega en su misericordia».

Para que esta confianza no sea temeridad, de la misma manera que ese niño del que nos habla Teresita, el alma se aplicará a aprovechar todas las ocasiones para ejercitarse generosamente en la práctica de las virtudes de fortaleza y de paciencia, y aprender así a dominarse en las cosas pequeñas.

Por último, no debe olvidarse de recurrir, en la medida en que las circunstancias se lo permitan, al Pan de los fuertes, la Santísima Eucaristía, que es la fuente viva de la que los mártires sacaban la fuerza para confesar a Cristo hasta la última gota de su sangre.

Espíritu Santo, Dios de Luz y de Fortaleza, que lo haces todo en las almas y sin quien somos incapaces hasta de un buen pensamiento; Tú, por medio de quien los Apóstoles y los mártires han peleado y se han sacrificado por amor a Cristo y por la mayor gloria del Padre, dignate llevar a cabo también en nosotros y por nosotros toda obra de santidad, a fin de que, después de haber sido también nosotros testigos

de Cristo en este mundo, podamos en El y por ti, glorificar siempre al Padre en la bienaventurada eternidad.

Capítulo XI

EL DON DE TEMOR

A primera vista, podríamos considerar el don de Temor como menos perfecto que los otros. El Apóstol san Juan dice incluso que la perfecta caridad, el amor perfecto, excluye todo temor.

Guardémonos de este engaño. El temor del que habla el Apóstol amado y que excluye al amor perfecto, aun siendo también un don del Espíritu Santo, como santo Tomás señala, no tiene nada en común con el don de Temor del cual queremos hablar ahora¹⁰⁶.

Veamos cuál es la naturaleza de este don y entonces comprenderemos mejor la importancia del papel que debe jugar en nuestra vida espiritual.

El don de Temor, igual que el don de Piedad, nos dice el Doctor Angélico, resulta del don de Sabiduría y es como su manifestación externa¹⁰⁷.

Es una disposición sobrenatural del alma que hace que ésta sienta, como por instinto, bajo la moción del Espíritu Santo, al mismo tiempo que un respeto inmenso por la Majestad divina y una complacencia sin límites en su bondad de Padre, un vivo horror por todo lo que podría, aún mínimamente, ofender a un Padre tan bueno, tan misericordioso y tan digno de ser amado.

Santa Teresa de Ávila, hablando por propia experiencia, nos dice que lo que domina en el alma que está animada por este don «es el temor de ofender a Dios nuestro Señor, y un deseo ardiente de hacer en todo Su voluntad; continuamente le pide esta gracia». Esta alma está dispuesta a sufrir mil muertes antes que desagradar a su Padre del Cielo cometiendo la más pequeña falta venial deliberada o incluso la más pequeña imperfección voluntaria.

Como se ve, este temor totalmente filial, suscitado por el don de Temor en el alma que ama, bien lejos de oponerse al amor perfecto, como el temor servil, es un efecto del más delicado y tierno amor.

Por eso, no debemos asombrarnos al ver el Corazón de Jesús penetrado de este Espíritu de temor, desde el instante de su formación en el purísimo seno de la Virgen, según la profecía de Isaías, que el Salvador se aplicó a sí mismo en Nazaret:

¹⁰⁶ *Suma Teológica*, 2-2, q. 19, a. 9.

¹⁰⁷ *Suma Teológica*, 2-2, q. 45, a. 1, ad 3.

«*Et replebit eum Spiritus timoris Domini* —Y será lleno del Espíritu de temor del Señor»¹⁰⁸.

También bajo el influjo de este mismo Espíritu de temor filial pronunció María su *fiat* el día de la Anunciación, y se sometió con prontitud, como su esposo san José, a las órdenes del Ángel, que les mandó tomar el camino del exilio, o cuando, más tarde, les mandó regresar a Palestina, a pesar de los peligros que podía correr el Niño divino.

Los mismos ángeles del cielo «reverencian temblando» la Majestad divina, como canta la liturgia en el Prefacio de la Misa.

Es que este temor filial, a decir de la Escritura, bien lejos de no quedarse sólo en el comienzo de la Sabiduría, como el miedo al castigo y a los juicios divinos, es verdaderamente su plenitud y coronamiento: *plenitudo sapientiae est timere Deum... corona sapientiae timor Domini replens pacem* — El temor de Dios es la plenitud de la sabiduría... el temor de Dios es el coronamiento de la sabiduría y colma de paz»¹⁰⁹. Lejos de turbar en lo más mínimo el alma, este temor la colma de paz, *replens pacem*. No hay nada que el alma pudiera preferir, precisamente porque este temor implica la caridad perfecta y, por consiguiente, todos los demás dones: «*Nihil melius est quam timor Domini* —Nada hay mejor que el temor del Señor»¹¹⁰.

Es como un «paraíso de bendición», dice también la Escritura: «*Timor Domini sicut paradus benedictionis*»¹¹¹. Podemos repetir: «Dichoso el hombre a quien le es dado tener temor del Señor —*Beatus homo, cui donatum est habere timorem Domini*»¹¹².

Sin embargo, hay una diferencia notable entre los efectos de este don precioso en el alma santísima del Salvador, como asimismo en los ángeles y los elegidos, y en nosotros que todavía caminamos por la tierra.

Al alma santa del Salvador, a los ángeles y a los bienaventurados, no teniendo ya que temer ofender a Dios, el don de Temor sólo puede inspirarles un inmenso respeto hacia la Majestad divina, así como una voluntad firme y un deseo ardiente de conformarse en todo con los menores deseos del Padre; voluntad y deseo siempre eficaces, que hacen que cada uno de los elegidos puede hacer suya la

¹⁰⁸ Is 11, 3.

¹⁰⁹ *Eclo* 1, 20-22.

¹¹⁰ *Eclo* 23, 37.

¹¹¹ *Eclo* 40, 28.

¹¹² *Eclo* 25, 15.

palabra del Salvador en su paso por la tierra: «Yo no hago nada de mí mismo... yo hago siempre lo que es del agrado del Padre»¹¹³.

En lo que a nosotros se refiere, desgraciadamente todavía no estamos a salvo de pecado y nuestra debilidad nos lleva a caer con frecuencia. «*In multis enim offendimus omnes* —nos dice el Apóstol Santiago inspirado por el Espíritu Santo— todos nosotros pecamos en muchas cosas»¹¹⁴. Y por mucho que avancemos por el camino de la perfección, seguimos siendo frágiles y miserables; y si Dios no nos sostuviera, caeríamos rápidamente a lo más hondo del abismo.

Hasta las almas más elevadas deben temerlo todo de su endebles.

Aunque también es verdad que este temor debe ir acompañado de una confianza filial en la misericordia de Dios y de una fe sin límites en su fidelidad para sostenernos. El Dios de toda gracia, que nos ha llamado a compartir su gloria eterna en Cristo Jesús, acabará y perfeccionará en nosotros la obra comenzada por su misericordiosa Bondad, como escribe el Príncipe de los Apóstoles: «*Ipse perficiet, confirmabit solidabitque* —El acabará (su obra en nosotros), la reforzará y le dará solidez»¹¹⁵. Debemos tener la seguridad no sólo de llegar un día al cielo, sino también de llegar a santos *ya en esta vida*. Pero esta seguridad debe apoyarse solamente en la misericordia divina y no en nuestras propias fuerzas.

A pesar de la santidad de la Orden, decía santa Teresa de Ávila a sus Hijas, «no os creáis ya seguras... ni hagáis caso del encerramiento y penitencia en que vivís ni os asegure el tratar siempre de Dios y ejercitaros en la oración continuamente y estar tan retiradas de las cosas del mundo y tenerlas a vuestro parecer aborrecidas. Bueno es todo esto, mas no basta —como he dicho— para que dejemos de temer; por eso, repetid este verso y traedle en la memoria muchas veces: *Beatus vir qui timet Dominum* (Dichoso aquel que teme al Señor)»¹¹⁶.

Y refiriéndose a las almas favorecidas con la oración de recogimiento, les recomienda vivamente que eviten las ocasiones de ofender a Dios. La razón que da es la siguiente: «pone mucho más el demonio por un alma de éstas que por muy muchas a quien el Señor no haga estas mercedes; porque le pueden hacer gran daño

¹¹³ Jn 8, 28-29.

¹¹⁴ *Sant* 3, 2.

¹¹⁵ 1 Pdr 5, 10.

¹¹⁶ Moradas, III.

arrastrando a otras tras ellas...; y por eso son muy combatidas y, si se pierden, se pierden mucho más que las otras»¹¹⁷.

La experiencia demuestra hasta qué punto lleva razón la gran Reformadora del Carmelo.

El papel del don de Temor es precisamente precaver al alma contra el peligro de esas defecciones, inspirándole una humilde desconfianza de ella misma e inclinándola a una delicadeza cada vez más fina en servicio de Dios y a la fidelidad hasta en los más pequeños detalles.

Esto exclamaba santa Teresa del Niño Jesús: «Jesús, llévame contigo antes que dejarme manchar mi alma cometiendo la más pequeña falta voluntaria».

El amor que un alma así siente por Dios es tan delicado, que por nada del mundo querría ser deliberadamente infiel en cosa alguna.

No necesita que le den órdenes; un deseo, una seña le bastan, pues tiene gran hambre y gran sed de cumplir con prontitud y amor toda la voluntad y hasta el menor deseo de su Padre del cielo.

Dichosa el alma que conoce este temor de Dios, esta delicadeza de amor: «*Beatus vir qui timet Duminum*»¹¹⁸.

Espíritu Santo, Espíritu divino de luz y de amor, te consagro mi inteligencia, mi corazón, mi voluntad y todo mi ser durante el tiempo y durante la eternidad.

Que mi inteligencia sea siempre dócil a tus inspiraciones y a la enseñanza de la Iglesia santa católica, cuyo guía infalible eres; que mi corazón esté siempre encendido de amor a Dios y al prójimo; que mi voluntad esté siempre conforme con la voluntad divina, y que toda mi vida sea una imitación fiel de la vida y de las virtudes de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, a quien con el Padre y contigo, Espíritu Santo, sea el honor y la gloria por siempre.

¹¹⁷ Moradas, IV.

¹¹⁸ Sal 3, 1

Tercera parte

LOS FRUTOS DEL ESPIRITU SANTO

Capítulo XII

EL AMOR Y LA ALEGRÍA

Si el Espíritu Santo ha puesto en nosotros esas disposiciones admirables que son las virtudes y los dones, es para que demos muchos frutos, como enseñó Jesús a sus discípulos: «*In hoc clarificatus est Pater meus uf fructum plurimum afferatis* —En esto será glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto»¹¹⁹. Y también les decía: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que Yo os he elegido a vosotros; y os he puesto para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca»¹²⁰.

«Todo árbol que no lleva buen fruto será cortado y echado al fuego»¹²¹.

Y también: «Todo sarmiento que no lleva fruto en Mí (mi Padre, el Viñador divino), lo cortará»¹²².

En esto vemos el error de quienes hacen consistir la perfección de la vida cristiana únicamente en huir del pecado. Puesto que nos hemos convertido en miembros vivos de la viña mística por la gracia del bautismo, debemos llevar en ella frutos de vida eterna.

La condición para esto es, en primer lugar, morir a uno mismo mortificando el amor propio y toda tendencia desordenada. «El que quiera venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo», dice Jesús.

Y además hay que seguir siendo un miembro vivo, rama llena de vida, en la viña mística, que es Cristo. «Quien permanece en Mí, ése da mucho fruto»¹²³.

Estos frutos serán tanto más abundantes y sabrosos cuanto la rama se deje más fácilmente cortar y podar por el Viñador, por medio de la aceptación generosa y llena de amor de las pruebas y las humillaciones. «Todo sarmiento que en Mí no lleve fruto, (mi Padre) lo podará para que dé más fruto»¹²⁴.

¿Cuáles son los frutos que el Viñador tanto desea recoger en la viña?

¹¹⁹ *Jn* 15, 8.

¹²⁰ *Jn* 15, 16.

¹²¹ *Mt* 3, 10; 7, 19.

¹²² *Jn* 15, 2.

¹²³ *Jn* 15, 5.

¹²⁴ *Jn* 15, 2.

San Pablo nos enumera *doce* en su *carta a los Gálatas*. «Los frutos del Espíritu son: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza»¹²⁵. Es decir, todas las buenas obras, que hacen al alma agradable a Dios, comenta el Doctor Angélico.

El Amor

El primer fruto del Espíritu Santo en nuestras almas es un amor inmenso y de delicadeza infinita al Padre, y a Jesús, y al Espíritu divino; amor no necesariamente sentido, sino intensamente querido, tanto más intensamente en un alma piadosa cuanto menos sensible sea.

No hay nada de extraño en esto, puesto que el Espíritu Santo es el Amor sustancial mismo, que une al Padre y al Hijo, amor del Padre al Hijo y amor del Hijo al Padre.

Ahora bien, por el bautismo, hemos sido incorporados al Hijo. Hemos sido hechos UNO con Cristo, Hijo de Dios, en El, con El y por El; por consiguiente, herederos del Padre como El.

No sabemos cuánto el Padre es glorificado por este amor purísimo, desprendido de todo lo sensible y, por consiguiente, de toda compensación. Sabrosísimo y delicioso es este fruto para su Corazón de Padre, *porque es muy santificante para nuestras almas*.

Si fuésemos capaces de comprenderlo, lejos de desear la dulzura y el consuelo sensibles, no nos cansaríamos de bendecir al Señor porque nos hace andar por los senderos de la sequedad y de la aridez espiritual.

Este fruto incomparable lleva consigo otro. Es imposible amar verdaderamente a Dios sin amar al prójimo, nos dice san Juan: «*Si quis dixerit quoniam diligo Deum et fratrem suum oderit, mendax est* —Si alguno dijere: amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente»¹²⁶.

La razón es bien sencilla. Puesto que todos somos UNO en Cristo, y de alguna manera el mismo Cristo, según la hermosa expresión de san Agustín: «*Ipse sumus nos* —nosotros somos El», no amar al prójimo, no amar a nuestros hermanos es no amar a Cristo, es no amar al Padre.

Por eso quiere Jesús que nos amemos los unos a los otros, como El mismo nos ha amado y sigue amándonos; es decir, con el amor con que El ama a su Padre, con ese amor inmenso y de delicadeza infinita, del que hablábamos hace un

¹²⁵ *Gál 5, 22*.

¹²⁶ *1 Jn 4, 20*.

momento. Este es Su mandamiento, el mandamiento nuevo, que ha traído a la tierra: «*Praeceptum meum... mandatum novum* —Mi precepto... un mandamiento nuevo»¹²⁷. «En esto —dice—, conocerán que sois mis discípulos».

Por eso, en nada deberíamos poner tanto empeño como en amarnos los unos a los otros con un amor puro y santo, que nos haga alegrarnos de todo verdadero bien que veamos en el prójimo, y entristecernos de todo el mal, pecado e imperfección, que le impida dar al Padre la gloria y el amor que le pertenecen.

Este es el primer fruto que el Viñador divino espera de su Viña, y que el Espíritu Santo hará madurar en nuestras almas. El segundo, nos dice san Pablo, es:

La Alegría

La alegría es el descanso de la voluntad en la posesión de la persona o de la cosa amada.

Ahora bien, nuestro Padre del Cielo quiere que su Viña mística le dé también este fruto tan particularmente querido por su corazón.

Dios quiere ver que la alegría reina en el corazón de sus hijos. Nos ha creado no para la tristeza, sino para la alegría. «*Gaudete in Domino semper* —nos dice san Pablo—, *iterum dico, gaudete* —Alegraos siempre en el Señor, os lo repito: alegraos»¹²⁸.

Esta alegría perfecta la paladaremos plenamente en el Cielo. «Alegrémonos y regocijémonos, y demos gloria a Dios»¹²⁹, cantan los bienaventurados, como nos dice san Juan en el *Apocalipsis*.

Ahora bien, ya desde esta tierra debemos ser almas de alegría. «Un santo triste, es un triste santo».

Este fruto de la alegría debe tener para el Corazón de Dios un buen sabor especial, aunque sea imperfecto, si ha madurado en este valle de lágrimas que es nuestro mundo terrestre.

Una joven carmelita de Pontoise, muerta en olor de santidad en 1919, Sor María Angélica de Jesús, escribía poco antes de su muerte: «Me parece como si Jesús hubiera hecho de mi alma un alma de alegría... Esto no me priva de ser molida por El, ni de sentir el sufrimiento, incluso muy a lo vivo; pero en medio de este sufrimiento soy feliz. Dios hace que en todo encuentre felicidad.

¹²⁷ *Jn* 13, 34.

¹²⁸ *Fil* 4,4.

¹²⁹ *Apoc* 19, 7.

Pero es cierto que esta alegría viene de El, y sólo de El».

No obstante, esta carmelita no esperaba pasivamente que el Cielo le concediese esta gracia. «Trato de sonreír siempre —dice—, sabiendo bien que todas las sonrisas que mostramos contra nuestra propia inclinación natural, son como una armonía que maravilla al Corazón de Jesús».

Santa Teresa del Niño Jesús ya había escrito: «He encontrado la felicidad y la alegría en la tierra —comprendme bien: la felicidad y la alegría—, pero únicamente las he encontrado en el sufrimiento, pues he sufrido mucho».

No se trata, pues, de una alegría sensible ni de una alegría sentida. Los sentidos no tienen nada que ver con esta alegría totalmente espiritual, la cual, como la caridad, de la cual es consecuencia, tiene su asiento en la voluntad. Es el descanso de la voluntad en la posesión de Dios por la fe y en el amor inmenso, purísimo, delicadísimo, que es tanto más intenso —lo repetimos— cuanto es menos sentido.

Por eso, el alma que verdaderamente ama pone sus complacencias en la sequedad y en la aridez de la sensibilidad, y está muy lejos de entristecerse por ello, a lo cual tendría que sentirse inclinada de manera natural. «El hombre verdaderamente espiritual —escribe san Juan de la Cruz— busca en Dios la amargura y no las delicias; prefiere el sufrimiento a la consolación, la privación de todo bien al disfrute, la sequedad y las aflicciones a las dulces comunicaciones del cielo, persuadido como está de que en esto consiste seguir a Cristo y renunciar a uno mismo»¹³⁰.

Alegrarse en las pruebas; sonreír en el sufrimiento, como Teresa, cantar en el corazón, cantar siempre y con mejor acento cuanto más largas y punzantes sean las espinas; ni siquiera dejar que a nuestro alrededor se sospeche que estamos tristes; y todo esto no por un orgullo vano, sino por amor, para ofrecer a Jesús y a su Padre un pequeño regalo oculto, un perfume fino, éste es, junto con el amor, el fruto que el Viñador divino quiere recoger en los sarmientos de la Viña mística, frutos que solamente el Espíritu Santo puede producir en nosotros.

Demasiado evidente es que un amor así y una alegría así suponen que en el alma se hallan el Espíritu de Sabiduría, y el Espíritu de Entendimiento y de Ciencia, y el Espíritu de Fortaleza, y el Espíritu de Piedad y de Temor de Dios.

Por eso, debemos suplicar al Espíritu Santo que se apodere cada vez más de nuestra alma, de nuestras facultades, de todo nuestro ser, a fin de que ya no vivamos sino según sus divinas inspiraciones, y que llevemos frutos abundantes para la gran gloria del Padre.

¹³⁰ *Subida al Monte Carmelo.*

Espíritu Santo, Dios de amor, que fortaleces y alegras las almas de tus hijos, danos, en nombre de tu misericordia infinita, ser sarmientos desbordantes de savia y cargados de frutos en la Viña mística, para que, después de haber glorificado al Padre y al Hijo en este mundo con una vida santa, podamos, por ti, seguir alabándoles, en unión con María y con toda la corte celestial, durante la eternidad.

Capítulo XIII

LA PAZ

El amor y la alegría, que son los primeros frutos del Espíritu Santo, tienen como efecto llenar el alma de una paz indecible e inalterable, que constituye el tercero de los frutos del Espíritu Santo mencionados por San Pablo en su *Carta a los Gálatas*. Esta es la paz que el Apóstol tan ardientemente desea a los primeros cristianos: «*Pax Christi exsultet in cordibus vestris* — escribe a los colosenses— que la paz de Cristo reine en vuestros corazones»¹³¹.

Veamos cuál es la naturaleza de esta paz y su importancia, así como los medios de que disponemos para encontrarla y mantenerla en nuestras almas.

Quien dice paz dice tranquilidad. Pero hemos de guardarnos bien de llegar a la conclusión de que toda tranquilidad constituye la paz verdadera. En efecto, hay una falsa seguridad, una tranquilidad engañosa, que sólo tiene el exterior de la paz. Se trata de *la falsa paz*, de la cual habla la Escritura, la paz de los pecadores empedernidos y que ya no sienten el pellizco de los remordimientos, «*pacem peccatorum* —la paz de los pecadores»¹³², «*Dicentes: pax, pax, et non erat pax* — quienes repiten: paz, paz, y no encuentran la paz»¹³³.

Con frecuencia, esta paz cubre una multitud de miserias: «*Tot et tam magna mala pacem appellant* —a tantos y tan grandes males llaman paz»¹³⁴.

Esta paz se parece a la impresión de bienestar que a veces experimentan los moribundos, y que les hace concebir la ilusión de que están en vías de curación, cuando en realidad ese bienestar pasajero no es más que el comienzo de la muerte y un efecto de la insensibilidad que poco a poco se va apoderando de todo el organismo.

Dios nos libre de tal paz, a la que se puede acomodar nuestro amor propio, pero que tan peligrosa es para las almas. «No hay mayor miseria — escribe el Venerable Libermann— que ser miserable y ni siquiera sospecharlo».

¹³¹ *Col* 3, 15.

¹³² *Sal* 72, 3.

¹³³ *Ier* 6, 14.

¹³⁴ *Sab* 14. 22.

Esta falsa paz es la del desorden, como la que reina en una familia en la que los padres ceden ante todos los caprichos de su hijo, bajo el pretexto falaz de «tener paz». Es como si en una ciudad, bajo el pretexto de no contrariar a nadie, se dejase que ladrones y asesinos cometiesen libremente sus fechorías. «*Tot et tam magna mala pacem appellant* ». Esto es lo que el mundo llama paz.

A esta falsa paz del mundo se refería Jesús: «No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada —*Non veni pacem mittere, sed gladium*»¹³⁵.

La verdadera paz consiste en «la tranquilidad del orden», como la define acertadamente san Agustín.

Es como el bienestar que resulta de un organismo que tiene una salud perfecta, o como la tranquilidad que reina en una familia en la cual los hijos están plenamente sometidos a los padres, los cuales por su parte se comportan en todo ejemplarmente.

Esta paz verdadera supone un doble elemento: un elemento negativo, la ausencia de agitación, que es precisamente lo opuesto a la paz; y un elemento positivo, el descanso de la voluntad en la posesión estable del bien deseado.

Este es precisamente el estado de alma que está enteramente entregada a la acción del Espíritu Santo.

Si está en esa situación, ¿qué es lo que sería capaz de turbarla? ¿La enfermedad, las flaquezas?... Esa alma sabe que todo ello está permitido por su Padre del cielo y acabará siendo para ella de gran provecho. ¿Podría ser la muerte?... No; porque la espera con amor, y no siente que le falte valor para aceptarla, sino para continuar viviendo.

¿Podrían ser las humillaciones exteriores?... Es verdad que no puede evitar sentir las en lo más vivo. Pero tampoco ignora que estas humillaciones son las gracias más preciosas que el Salvador concede a las almas que le son queridas. Por eso, esa alma, a pesar del dolor que experimenta en su sensibilidad, «sobreabunda de alegría» en su voluntad, como el Apóstol, sobre todo si lo que hace llover sobre ella esas humillaciones es su fidelidad a Jesús. Se acuerda entonces de esas palabras del Salvador: «Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mí. Alegraos y recogijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros»¹³⁶.

¹³⁵ Mt 10, 39.

¹³⁶ Mt 5, 11-12.

También podría turbar a esa alma la sequedad, la aridez, las distracciones y tentaciones más variadas, que le asalten la vida interior... Pero esa alma, por influjo del don de Ciencia, ha comprendido, como san Juan de la Cruz, que para ella el sufrimiento es preferible a los consuelos, la amargura a las delicias, la privación de todo bien al disfrute, la sequedad y la desolación a las dulces comunicaciones del cielo. Sabe que entonces es cuando puede ofrecer a Dios un amor puro de toda complacencia en sí misma y, como Teresita, quiere cantar en su corazón, cantar siempre y con mejor acento cuanto más largas y punzantes sean las espinas. Y también como el Apóstol, quiere cifrar su alegría en el sufrimiento, feliz porque engendra en el dolor muchas almas para su Esposo divino.

Ni siquiera se preocupa por saber si ha merecido esa sequedad y esa desolación por causa de sus infidelidades. Quiere alegrarse del sufrimiento en cualquier hipótesis, a fin de reparar así, si ha lugar, sus negligencias y, en caso contrario, a fin de contribuir con ello, en unión con Jesús, a la mayor gloria del Padre y a la salvación del mundo.

De esta manera, nada hay que pueda turbar al alma entregada a la acción del Espíritu divino. Puede que las pruebas produzcan en ella una cierta agitación, totalmente superficial, pero le ofrecen una ocasión para humillarse y saborear su endebles; en lo más íntimo de ella misma disfruta de una paz profunda, que nada puede alterar, *la paz de Dios*, que supera a cualquier otro sentimiento —«*pax Dei quae exsuperat omnem sensum*»¹³⁷.

Y es que esta alma se sabe en posesión del único bien al que debe estar apegada; se sabe en posesión de su Dios; se sabe amada por El *hasta la locura* a pesar de su miseria, y ella también lo ama sin medida; podría exclamar gustosamente con san Pablo: «¿Quién nos arrebatará el amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... Mas en todas esas cosas vencemos por aquel que nos amó. Porque estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles... ni ninguna otra criatura podrá arrancarnos al amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor»¹³⁸.

¿Cómo podría esta alma no sentirse inundada de paz, sabiéndose entregada a Aquel que es el único centro de toda cosa, y no teniendo más que un solo temor: el de ofender en no importa qué cosa a un Padre tan bueno? Está de lleno inmersa en el orden, por consiguiente disfruta de la tranquilidad que es el resultado necesario del orden, es decir, la verdadera paz.

¹³⁷ *Fil* 4, 7.

¹³⁸ *Rom* 8, 35, ss.

Dichosa mil veces el alma que disfruta de esa paz interior, saboreando así por adelantado la paz del cielo, la paz eterna.

Esta es la paz que nuestro Señor deseaba a sus discípulos después de la Resurrección: «*Pax vobis*». Es la paz de Cristo —*pacem meam do vobis*—, tan diferente de la paz del mundo.

Esta es la paz que la Sagrada Escritura nos invita instantemente a buscar: «*Inquire pacem, et persequere eam* —buscad la paz, y perseguidla»¹³⁹. Es la paz que los ángeles cantaron en Belén, la paz que los Apóstoles Pedro y Pablo insisten en desear a los fieles al comienzo de sus cartas: «*Gratia et pax a Deo Patre nostro*— Gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre»¹⁴⁰.

La paz es la condición necesaria para un perfecto desarrollo de la vida de la gracia en nosotros.

Bien lo sabe el demonio. Por eso procura de todas maneras sembrar la inquietud en las almas, particularmente en las almas consagradas a Dios. Esa es la meta inmediata de sus esfuerzos. Un alma intranquila es un alma abocada a dejarse ganar por la tristeza y a replegarse sobre sí misma, lo cual le impide abrirse como una flor al sol del Amor divino y, por consiguiente, glorificar a Dios como debería hacerlo.

La manera de salir de esta situación, cuando no se han sabido evitar las trampas del demonio, es abrir humildemente el corazón al confesor, a fin de eliminar todos esos abrojos y arrancar las espinas, que enmarañan el alma, ahogan el buen grano de las inspiraciones divinas e impiden al alma llevar los frutos que de ella espera el Viñador divino. Este es un medio tanto más eficaz cuanto que desagrada mucho al demonio del orgullo, y dispone más eficazmente al alma para dejarse mover por el Espíritu divino.

Por último, esta paz se afianzará más en nosotros cuanto más nos apliquemos a ser fieles ante las más pequeñas inspiraciones de la gracia, con la única preocupación de cumplir el deseo de Dios hasta en los más pequeños detalles. «*Pax multa diligentibus legem tuam* —canta el Salmista— Quienes aman tu ley disfrutaron de una gran paz»¹⁴¹. La paz es fruto de la santidad y del amor filial: «*Opus iustitiae pax!*»¹⁴². «*Timor Domini replens Pacem*»¹⁴³.

¹³⁹ *Sal* 33, 15.

¹⁴⁰ *Fil* 1, 2.

¹⁴¹ *Sal* 118.

¹⁴² *Is* 32, 4.

¹⁴³ *Ecles* 1, 22.

Dichosa el alma que es piadosa, «derramaré sobre ella como un río de *paz* —declinabo super eam, quasi fluvium pacis»¹⁴⁴.

Espíritu Santo, Dios de amor y de paz, te adoro presente en mi alma y te suplico que establezcas en mí tu paz; esa paz que Jesús deseaba con tanto amor a sus Apóstoles el día siguiente de la Resurrección; esa paz, condición de toda vida de intimidad con Cristo y con el Padre, condición y coronamiento al mismo tiempo, de tu acción santificadora en las almas.

Te lo suplicamos, Espíritu Santo, por intercesión del Corazón Inmaculado de María, tu santísima Esposa, Reina de la Paz, danos la humildad de corazón y la perfecta fidelidad a tus inspiraciones santas, a fin de que después de haber gustado ya en este mundo tu paz divina, podamos, por tí, gozar de ella plenamente en el cielo durante la eternidad.

¹⁴⁴ Is 66, 12

Capítulo XIV

LA PACIENCIA Y LA LONGANIMIDAD

Los frutos del Espíritu Santo de los que hemos venido hablando: el amor, la alegría y la paz, son efectos de bienes inefables que resultan en el alma por el ejercicio de los dones del Espíritu Santo.

Aquí abajo no podemos disfrutar, al menos durante largo tiempo y de manera estable, una felicidad perfecta. Esta vida es un tiempo de prueba y nuestra alma debe ser probada por el sufrimiento, como el oro por el fuego.

Incluso nuestro Señor, aun siendo la santidad misma, quiso que su vida fuera una cruz y un martirio continuos —*tota vita Christi fuit crux et martyrium*¹⁴⁵—, a fin de animarnos con su ejemplo a que aceptemos con amor las pruebas de esta vida. Y, por la misma razón, no quiso excluir de la cruz a su Madre santa.

Por eso, el Apóstol con razón incluye entre los frutos del Espíritu Santo la paciencia y la longanimidad, que disponen al alma para comportarse debidamente ante la adversidad.

La Paciencia

La paciencia es una virtud sobrenatural que nos permite soportar con ecuanimidad, por amor de Dios y en unión con nuestro Señor, los sufrimientos físicos y morales.

«Todos sufrimos lo bastante para ser santos, si sabemos aceptar y abrazar el sufrimiento como conviene». Por desgracia, «muchos no sufren más que quejándose, protestando, a veces incluso maldiciendo a la Providencia»¹⁴⁶, porque no comprenden bien los beneficios que se obtienen del sufrimiento, y entonces no saben sufrir con paciencia.

Por eso vemos a san Pablo exhortar constantemente a los primeros cristianos para que vivan esta virtud: «revestíos de paciencia», les dice¹⁴⁷, «Tenemos

¹⁴⁵ Imitación de Cristo

¹⁴⁶ Tanquerey.

¹⁴⁷ Col 3, 12.

necesidad de paciencia»¹⁴⁸ Antes que él, nuestro Señor la había recomendado con insistencia a los Apóstoles.

El objeto de esta virtud, hemos dicho que son los sufrimientos físicos y morales.

Sufrimientos físicos que provienen de la enfermedad, de los males corporales, de las inclemencias del tiempo, etc.

Sufrimientos morales, más penosos todavía y que, para un alma piadosa, proceden, entre otras causas, de la vista de sus defectos y de sus faltas, en las que recae continuamente, a pesar de todos sus buenos propósitos.

Nos referimos a faltas imperfectamente deliberadas, pues un alma piadosa, con la ayuda de la gracia, puede siempre evitar las faltas plenamente deliberadas y debe evitarlas de hecho. Esta gracia no le puede ser negada, si la implora con humildad, pues Dios desea y quiere tan ardientemente nuestra santidad. Pero, en lo que se refiere a las faltas de fragilidad, y de las que tanto nos gustaría vernos libres, a nuestro Padre celestial le parece bien a veces que experimentemos durante largos años, o incluso durante toda la vida, nuestra incapacidad para deshacernos de ellas con nuestras solas fuerzas. Por mucho que se rece, que se hagan propósitos, que se redoble la vigilancia, después de algunos éxitos efímeros nos encontramos tal como estábamos en el punto de partida. Y el alma piadosa sufre más todavía ante esta incapacidad de vencerse porque se da cuenta de que sus imperfecciones repercuten a su alrededor.

Entonces es cuando siente la tentación de quejarse, de protestar contra la Providencia, y de dejarse llevar por sus malas inclinaciones, bajo el pretexto de que la lucha es inútil y que el ideal que se había propuesto es imposible de alcanzar.

Entonces debe recordar la comparación que ponía santa Teresa del Niño Jesús de aquel pequeñín que, incapaz a penas de sostenerse sobre sus piernecitas, sigue haciendo esfuerzos para subir los escalones que le separan de su madre, aunque no puede ni subir el primer escalón...

El alma iluminada por los dones de Ciencia, de Entendimiento y de Consejo conoce su incapacidad absoluta para realizar el bien sin la ayuda del Espíritu divino. Por eso no se extraña lo más mínimo de la inutilidad de sus esfuerzos.

Pero por otra parte sabe que la voluntad de Jesús y de su Padre es que alcance, ya en esta tierra, la cima de la santidad, y que únicamente con la acción del Espíritu divino podrá verse elevada a esa altura; sabe que el Espíritu no dejará de llevar a cabo en ella su obra santificadora, en cuanto se disponga a dejarse trabajar por El;

¹⁴⁸ Heb 10, 36.

sólo viendo de una manera cada vez más clara su miseria y su incapacidad puede disponerse a esta acción divina.

Por eso no se extraña en absoluto de esta aparente inutilidad de sus esfuerzos. Persevera en la lucha, y perseverará todo el tiempo que a Dios le parezca bien, con la seguridad de que llegará la hora en que su Padre del cielo, en su divina misericordia, la librárá para siempre de su flaqueza espiritual.

Mientras tanto, pelea con generosidad, a pesar de las derrotas pasajeras, con la firme seguridad de una victoria final que bien sabe ella que es un don de la bondad divina.

En cuanto a los motivos que le permiten soportar con ecuanimidad el sufrimiento, es decir, sin amargura ni acritud contra Dios o contra quien sea, todos son sobrenaturales y dignos del Espíritu Santo que la anima.

No se somete sólo porque no hay más remedio que resignarse y porque no sería razonable sublevarse —motivo que no es malo, pero que es puramente natural—; tampoco con la sola finalidad de expiar sus faltas y merecer el cielo —motivo más sobrenatural, aunque todavía muy interesado—; si acepta su suerte, es ante todo, si no únicamente, por amor. Le agrada que nuestro Señor se digne servirse de ella como de una «humanidad sobreañadida», según la expresión de Sor Isabel de la Trinidad, y quiera continuar en ella, en su cuerpo, en su corazón y en su alma, la obra redentora, para la mayor gloria de su Padre y para la salvación de una multitud de almas.

Igual que san Pablo, se alegra de completar en ella «lo que falta a la Pasión de Cristo»¹⁴⁹. En efecto, Jesús sigue viviendo en la tierra en los miembros de su Cuerpo místico, que somos nosotros todos, y del mismo modo que sus méritos son nuestros méritos porque sus sufrimientos, su amor y su perfecta obediencia son nuestras, también nuestros sufrimientos son igualmente suyos, y por ellos El no cesa de glorificar a su Padre y de salvar a los hombres.

Es un gran consuelo para el alma piadosa pensar que Jesús es quien sufre en ella, quien se humilla en ella, quien es tentado y abofeteado en ella por el demonio, como lo fue en el desierto y en la Pasión. Así, todas las pruebas, sean las que sean, incluso las más humillantes, se hacen amables y deseables, no por ellas mismas, desde luego, sino por la ocasión que nos brindan de comulgar en la Pasión de nuestro Salvador. Santa Teresa del Niño Jesús escribía: «Los corazones puros están con frecuencia rodeados de espinas, pero los lirios entre las espinas son la predilección de Jesús. Dichoso quien ha sido considerado digno de sufrir la tenta-

¹⁴⁹ Col 1, 24.

ción». Pensemos en el valor incomparable del sufrimiento en todas sus formas, y en su fecundidad, y lejos de ponerle mala cara lo acogeremos con alegría espiritual y hasta con una sonrisa.

La Longanimidad

Lo que acabamos de decir sobre la paciencia vale en gran parte para la longanimidad.

La longanimidad, según el Doctor Angélico, es la virtud sobrenatural que nos hace esperar con ecuanimidad, es decir, sin quejas ni amargura, y todo el tiempo que a Dios le plazca, la realización en nosotros de los designios de misericordia y de santidad para nuestras almas.

El alma iluminada por el Espíritu Santo no duda en absoluto de esos designios de misericordia de Dios para ella. Sabe que Su voluntad es que sea «una santa, y una gran santa». Recuerda lo que dijo el Salvador a sus Apóstoles: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

También sabe que Dios no tiene mayor deseo que realizar plenamente en ella esos designios infinitamente misericordiosos; que esto es obra del Espíritu Santo, y no de ella; que el papel que a ella le corresponde es el de esperar contra toda esperanza y aplicarse con perseverancia a realizar esta perfección, a la cual está llamada, sin esperar nada directamente de sus esfuerzos; que debe aplicarse en ello únicamente para agradar a su Padre del cielo, manifestarle su buena voluntad y su vivo deseo de responder a Sus designios de amor, y disponerse así más y más a la operación del Espíritu divino.

Por eso no se turba lo más mínimo al verse cada vez más miserable a pesar de sus esfuerzos. Tiene la certidumbre, basada en la misma fidelidad de Dios, de que sus deseos de santidad serán un día plenamente colmados, que será así ya en la vida presente, y espera llena de paz la hora de Dios.

Nada le importan sus fracasos continuos. Tiene la seguridad de que la hora de la divina misericordia acabará sonando y que entonces el Espíritu Santo realizará en un instante lo que ella no ha podido conseguir en años de aplicación y de lucha.

La longanimidad se presenta así ante nuestros ojos como la flor, como el perfecto desarrollo de la virtud de la Esperanza en el alma entregada al Espíritu Santo. Es una seguridad indefectible de que se cumplirán en ella, por la misericordia divina y en la hora oportuna, todos los designios eternos de Dios sobre ella. Esta seguridad hace que el alma que la posee goce de una paz que nada es capaz de turbar.

Como vemos, hemos llegado otra vez a ese «pequeño camino» de santa Teresa del Niño Jesús. Es natural que sea así, pues este caminito le fue inspirado por el Espíritu Santo, que no puede contradecirse a sí mismo.

Sigamos, pues, este camino de confianza y de abandono perfecto. No dejemos que ningún fracaso, ninguna dificultad, nos desanime. Apoyados en las promesas divinas, peleemos como mejor podamos, teniendo la seguridad de que a la hora señalada por la Providencia divina la victoria será nuestra.

Espíritu Santo, danos esta paciencia y esta longanimidad, que nos son necesarias en las pruebas de esta vida; y, después de habernos hecho la gracia de comprender mejor nuestra pobreza y nuestra nulidad, dignate realizar en nuestras almas los designios de la divina misericordia sobre nosotros, para gloria de la Santísima Trinidad, por los siglos de los siglos.

Capítulo XV

LA BONDAD Y LA BENIGNIDAD

Después de haber enumerado los frutos del Espíritu Santo que perfeccionan al alma en sí misma, el Apóstol cita los que la disponen con relación al prójimo.

Nos dice que son la bondad, la benignidad, la mansedumbre y la fidelidad¹⁵⁰.

La Bondad

La bondad de la que habla san Pablo es una disposición sobrenatural de la voluntad que nos inclina a querer toda clase de bien a otros.

El alma que se entrega totalmente a la acción de los dones del Espíritu Santo, y particularmente a la acción de los dones de Entendimiento, de Sabiduría y de Piedad, se sabe infinitamente amada por Dios Padre, en Cristo su Hijo, de quien ella es miembro por la gracia del Espíritu Santo. Asimismo se sabe amada, en el mismo Cristo Jesús, por la Virgen María, y los Ángeles, y los santos del cielo, y también por todas las almas unidas a Cristo en la unidad del Espíritu Santo.

En correspondencia, bajo la acción de ese mismo Espíritu, también ella ama, en Jesús, al Padre, a Jesús mismo, a la Virgen Santa, y a los elegidos y a todas las almas unidas a Cristo por la gracia o que pueden llegar a estar unidas a El.

Así, esta alma está enteramente sumergida en el amor, y ella misma desborda de amor a Dios y al prójimo. Bajo el influjo del Amor subsistente, que es el Espíritu Santo, en cierto modo ella misma se ha convertido en amor y nada más que amor. Como el carbón o la barra de hierro, de negros y fríos que eran se vuelven brillantes y ardientes como el fuego, así también el alma inmersa en este brasero de Amor que es el Espíritu Santo, se hace en todo semejante a este Espíritu divino.

Dichosa el alma que así se transforma por el Amor divino. No sabe más que amar, amar con un amor profundo y absolutamente sobrenatural, que la inclina a desear el bien de sus hermanos, el bien espiritual de sus almas; y para esto, estaría dispuesta, como el mismo Jesús, a derramar toda su sangre, a dar mil vidas.

Se ve libre para siempre de esos sentimientos ruines, que nos hacen enrojecer de vergüenza y que se llaman envidia y celos.

¹⁵⁰ Gal 5, 22

Una tristeza amarga invade el alma del envidioso, y nota como si el corazón se le encogiera y una especie de angustia a la vista del bien de otro, a la vista de sus éxitos o de las ventajas con las que se ve favorecido. Y por el contrario, con alegría maligna ve que otros son privados de los bienes de los que él mismo carece.

El alma entregada por entero a la acción del Espíritu divino no tiene más deseo que el de la gloria de Dios y es incapaz de entristecerse por nada que no sea un obstáculo para la venida del Reino de Dios, que es el objetivo de todas sus aspiraciones. Se alegra con quienes se alegran y llora con quienes lloran.

Si la envidia es el pecado del pobre, de quien está privado de las ventajas de las que otros gozan, los celos es, en cierto modo, el pecado del rico, de quien posee, de quien quiere ser el único en poseer, y no soporta rival ni competidor. El celoso tiene siempre miedo de ser desplazado por otro.

Los celos se sienten sobre todo de la estimación y del afecto de los que otros disfrutan, porque los querría uno exclusivamente para sí mismo. Si se oye hablar bien de una persona hacia la que uno siente celos, se experimenta como la necesidad de llevar la contraria, de denigrarla, de menoscabar sus cualidades, de poner de relieve sus defectos, hasta de calumniarla atribuyéndole intenciones o defectos que no tiene.

Cuántas discordias y hasta crímenes han tenido y tienen su origen en la envidia y en los celos. Por envidia la serpiente causó la ruina del género humano, Caín mató a su hermano Abel, los hermanos de José concibieron su proyecto fratricida. Por envidia los fariseos y los escribas desearon la muerte de nuestro Señor.

Si bien el alma cristiana esclava de estos ruines defectos no llega a cometer tales excesos, de cuántas faltas, no obstante, se hace culpable contra la virtud particularmente querida por el Corazón de Jesús, la virtud de la caridad.

Ahí están las raíces vivas de esos abrojos y de esas espinas de las que habla nuestro Señor, que impiden que el buen grano crezca y dé frutos en las almas.

El alma que se entrega al Espíritu Santo, precisamente porque ya no es capaz de sentir más amor que el divino y porque sólo desea la gloria de Dios y la venida de su Reino en las almas, está al resguardo de todas esas ruines tendencias. Ama todo lo que Dios ama; igual que el Padre ama a todas las almas con el mismo amor con el que ama a su único Hijo, también ella siente ese mismo afecto y no tiene más deseo que el de ver que todas responden plenamente a su vocación santa y que realizan los designios eternos de Dios sobre ellas. «*Caritas non aemulatur* —la caridad no tiene envidia»¹⁵¹.

¹⁵¹ 1 Cor 13.

Esta alma se olvida de su propia gloria y de sus propias conveniencias, no quiere ni aspira más que a la gloria de Dios. Acepta que otras almas hayan recibido más que ella y estén llamadas a un grado más elevado de gloria. Las primeras peticiones del Padrenuestro son el resumen de todas las aspiraciones de su corazón.

Y es que para ella el *único centro*, hacia el cual todo debe converger, es Dios solo. Por eso disfruta de una paz profunda y su corazón desborda de verdadera caridad, la misma caridad que anima al Corazón de Jesús. Sin descanso repite por todas las almas sin distinción: «Padre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, en todas y en cada una de las almas, así en la tierra como en el cielo».

La Benignidad

No basta con querer el bien para otros. El amor verdadero es un amor eficaz, que se traduce en hechos.

La benignidad es precisamente esa disposición del corazón que nos inclina a hacer el bien a los demás.

Como el alma que está poseída por el Espíritu Santo no ama más que a Dios, vive solamente para Dios, y no tiene más que una preocupación: contribuir en toda la medida de sus posibilidades a la venida del Reino de Dios en el mundo y en cada alma.

Por eso está totalmente atenta a no hacer nada que pueda, ni en lo más mínimo, estorbar la acción de la gracia en las almas y desviarlas de su único fin. Y está alerta para no dejar que se pierda ninguna ocasión de elevar las almas y dirigirlas hacia Dios, que es el único Todo. Nunca experimenta mayor alegría que cuando encuentra un alma que es toda de Dios, o cuando puede contribuir a que una pobre oveja perdida retorne al redil del divino Pastor.

Muestra una delicadeza infinita, si se puede decir, en sus relaciones con el prójimo, sobre todo con las almas imperfectas, en quienes el don de Ciencia le hace descubrir un miembro herido del Cuerpo místico de Cristo. Entonces pone una atención mayor, ante el temor de agravar el mal de esa pobre alma. Reza y hace todo lo que está en su mano para sanarla y para atraerla a la piedad, por la mayor gloria de Dios.

Dado que está entregada a la acción del don de Piedad, vigila cuidadosamente sobre su espíritu, pues no quiere permitirse de ningún modo juzgar al prójimo, y cubre con el manto de su indulgencia todas las flaquezas que descubre en él. «*Caritas non cogitat malum* —la caridad no piensa mal».

Igualmente, lejos de dejarse llevar por una satisfacción maligna cuando ve que el prójimo comete una iniquidad, lo que hace es alegrarse cuando ve que la verdad triunfa; y se entristece a la vista del mal, dondequiera que lo descubre. «*Non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati* —no se goza en la iniquidad, sino que se alegra con la verdad»¹⁵².

Santa Teresa de Ávila escribe: «Quienes aman de verdad a Dios, aman todo lo que es bueno, desean todo lo que es bueno, alaban todo lo que es bueno, se unen siempre a los buenos para sostenerlos y defenderlos; sólo se aficionan a la verdad y a las cosas dignas de ser amadas»¹⁵³.

¹⁵² 1 Cor 13, 6.

¹⁵³ *Camino de perfección*, 42.

Si vigilan sus pensamientos y los sentimientos de su corazón, con mayor razón están atentas para evitar toda palabra que podría dañar al prójimo y toda acción que pudiera perjudicarlo.

¿Quién podría decir el daño que se hace en el mundo con palabras malvadas, con *insinuaciones pérfidas*? Es como una flecha envenenada, que se clava en el corazón de quien escucha. Aun cuando quien escucha se diga a sí mismo que todo eso no está fundado, que no es verdad, que seguramente es exagerado, etc..., no obstante, algo queda. La confianza se ha resquebrajado, la duda, como un gusano en una fruta, ha entrado y poco a poco irá haciendo su trabajo de destrucción.

En eso está el origen de tantísimas divisiones como se ven en los hogares, en la convivencia social, en las naciones, incluso en las naciones entre sí. Con esta arma terrible se han preparado y se han hecho inevitables tantas guerras crueles, pequeñas y grandes.

El Apóstol Santiago escribe: «Ved que un poco de fuego basta para quemar todo un gran bosque. También la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad. La lengua, que es uno de nuestros miembros, contamina todo el cuerpo, e inflamada por el infierno, inflama a su vez toda nuestra vida. Todo género de fieras... es domable y ha sido domado por el hombre. Pero a la lengua nadie es capaz de domarla; es un azote irrefrenable y está llena de veneno mortífero»¹⁵⁴.

Lo que el hombre no puede hacer abandonado a sus solas fuerzas naturales, el Espíritu Santo lo realiza en él con los dones de Consejo y de Fortaleza. Pero para eso hay que dejarlo actuar, no oponer resistencia a su acción santificadora. Y como el único obstáculo a la acción del Espíritu divino en nosotros es nuestra soberbia, el amor desordenado de nosotros mismos, cuanto más nos desprendamos de nosotros mismos, más idóneos nos haremos para las operaciones de Dios en nosotros.

Espíritu Santo, por quien nos vienen todas las gracias, dignate, te lo suplicamos, encender nuestros corazones con la caridad divina; concédenos que nos hagamos todo para todos, que nos alegremos con quienes se alegran, que lloremos con quienes lloran; a fin de que, después de haber sido fieles en este mundo al precepto de amor que nos dio el Maestro, merezcamos gozar con El, en la eternidad, del amor del Padre.

¹⁵⁴ Sant 3, 6-8.

Capítulo XVI

LA MANSEDUMBRE Y LA FIDELIDAD

Cuando san Pablo describe la caridad perfecta, la que supone en nosotros el pleno desenvolvimiento de la acción del Espíritu Santo, no se contenta con decir que es benigna. Ni siquiera es ésta la primera cualidad que señala en ella. Ante todo la quiere paciente, es decir, dispuesta a soportar con ecuanimidad y por amor de Dios todas las pruebas de la vida presente, tanto físicas como morales. Y por esta misma razón el Apóstol coloca también a la paciencia entre los frutos del Espíritu Santo, delante de la bondad y de la benignidad.

San Pablo considera a la paciencia, en su relación con el alma misma, como condición para su paz interior y para su perfecto desarrollo en el amor. La paciencia es indispensable para soportar cualquier prueba, de dondequiera que venga, de fuera o de dentro.

Esta paciencia va acompañada de modo natural por la mansedumbre y la dulzura hacia las personas y hacia las cosas de nuestro entorno. Esta es la razón por la que el Apóstol menciona la mansedumbre y la fidelidad entre los frutos del Espíritu Santo, a continuación de la bondad y de la benignidad.

La Mansedumbre

Todo el mundo sabe, como un hecho de psicología humana, que cuando un objeto o una persona nos contraría, manifestamos nuestro descontento por medio de gestos bruscos y violentos.

Ya desde la cuna, los niños pequeños, cuando se enrabietan, tiran al suelo todo lo que cae en sus manos. Y cuando crecen, si tropiezan con una piedra o con una silla y se hacen daño, instintivamente tienden a vengarse golpeando el objeto en cuestión.

Y a veces las madres, para que su niño no siga llorando, pegan ellas mismas a la piedra «malvada» o a la silla «malvada», cuando no al hermanito «malvado» o a la hermanita «malvada»; no se dan cuenta de que así contribuyen a que en el corazón de su niño se desarrolle una «malvada» tendencia, de la que posiblemente ellas mismas puedan llegar a ser las víctimas.

Más prudente es reprender suavemente al niño, haciéndole comprender que la piedra o la silla no son en absoluto la causa de su «pupa», sino

únicamente su propia torpeza. Así se podría acostumbrar al niño, ya desde pequeño, a reconocer sus equivocaciones, en vez de hacerlas recaer sobre otro. En cosas de éstas consiste la formación de los pequeños en la humildad, es decir, en la verdad.

Cuando el hombre llega a adulto sigue estando sujeto a esta tendencia, que le lleva a maltratar a las cosas y a las personas cuando se siente contrariado.

La mansedumbre de la que nos habla san Pablo y a la que incluye entre los frutos del Espíritu Santo, tiene precisamente por objeto disponer nuestra voluntad para que soporte las contrariedades con suavidad y sin irritarse, es decir, sin ninguna muestra de impaciencia o de cólera, sin exteriorizar ni la más mínima perturbación, «*Caritas non irritatur*»¹⁵⁵.

El alma entregada toda a la acción del Espíritu Santo practica de una manera totalmente natural esta hermosa virtud tan importante en la vida de relación social.

Si algo la contraría, lo siente vivamente, incluso más que si fuera menos perfecta, porque también tiene mayor delicadeza y es más sensible. Pero, en vez de dejarse llevar por la irritación y manifestarla externamente, se humilla ante Dios y, a la luz de los dones de Ciencia, de Consejo y de Piedad, reconoce que esta humillación que le llega o esta resistencia que ofrece vienen de Dios, su Padre infinitamente bueno e infinitamente amante, que también se sirve de las criaturas que la rodean para tallarla, pulirla y hacerla menos indigna de El. Por eso, lejos de rebelarse contra las personas y las cosas, permanece impassible y se alegra en su voluntad con las bondades que Dios tiene para ella.

Incluso parece que un alma así se va haciendo tanto más dulce y delicada hacia su entorno, cuanto más es contrariada y probada de todas las maneras. Siente la necesidad de pedir más por las personas que la hacen sufrir y de tener con ellas más atenciones, pues así es como las ama en Jesús, y tiene miedo de causarles la más mínima pena cediendo a los movimientos de la naturaleza.

Un alma así es enormemente agradable al Corazón de Jesús y contribuye grandemente a la extensión de su Reino. Más tarde o más temprano acabará por ganar los corazones: «Bienaventurados los mansos —dijo Jesús— pues ellos poseerán la tierra».

Que el Espíritu divino se digne penetrarnos de este espíritu de mansedumbre, con el que, siguiendo el ejemplo del Maestro, nos guardaremos bien de acabar de romper la caña que está cascada o de apagar la mecha que todavía está echando humo.

¹⁵⁵ 1 Cor 13.

La Fidelidad

A la mansedumbre, tan adecuada para mantener el buen entendimiento en la vida de relación, san Pablo une la fidelidad.

¿Qué entendemos por esta fidelidad? El Doctor Angélico ve en ella esa virtud que inclina a la voluntad del hombre a rendir al prójimo todo lo que le es debido, de cualquier manera que sea. En otros términos, es la justicia perfecta, la justicia en su perfección consumada.

¿Qué le es debido al prójimo? San Pablo nos responde que todos nuestros deberes hacia el prójimo se resumen en una palabra: AMARLE, «*Qui enim diligit proximum, legem implevit* —el que ama a su prójimo cumple plenamente la ley»¹⁵⁶. «*Alter alterius onera pòrtate, et sic adimplebitis legem Christi* —Ayudaos unos a otros a llevar vuestra carga y así cumpliréis la ley de Cristo»¹⁵⁷. En efecto, la caridad, el amor, es el nudo de la *perfección*, «*Caritas est vinculum perfectionis*»¹⁵⁸.

Amar, como Jesús nos ha amado y continúa amándonos, *con un amor misericordioso*, es decir, con un amor acogedor y totalmente gratuito, un amor al que no se le concede ningún mérito. ¿Qué mérito hay en amar a quienes nos aman o a quienes son amables? ¿Es que los malvados y los paganos no lo hacen también?

Amar con un amor afectivo, o sea, *con un amor benevolente*, que se alegra de todo bien natural y sobrenatural que ve en los demás, y también *con un amor compasivo*, que siente tristeza por todo el mal que ve en el prójimo, sobre todo por la desgracia de las almas, inconscientes de su miserable situación. «*Misereor super turbam* —me da pena esta muchedumbre», se lamentaba Jesús.

Amar también *con un amor efectivo*, con un amor que se traduzca en la práctica en mil atenciones y delicadezas hacia todos los que nos rodean, y por la prontitud en olvidar las indelicadezas y las ofensas que se nos hagan, buscando de mil maneras estrechar los lazos de la caridad fraterna, cuando por desgracia se hayan aflojado; y esto, cualquiera que sea la causa de ello, provenga de nosotros o de los demás. No esperemos a que los demás den el primer paso. Apresurémonos más bien en tomar la delantera por amor a Dios y sin contemplaciones con nuestro amor propio.

¹⁵⁶ Rom 13. 8.

¹⁵⁷ Gal 6, 2.

¹⁵⁸ Col 3, 14.

Con esta condición es el único modo de practicar la justicia hacia el prójimo de manera perfecta, porque estamos obligados, según nos lo mandó Jesús, a amarlo como El mismo nos amó: «*Sicut et Ego dilexi vos*».

La vida en la sociedad sería llevadera y fácil, si cada uno amase a los demás con este amor misericordioso, acogedor, gratuito, benevolente y compasivo; con esta caridad al mismo tiempo afectiva y efectiva, que nos debemos los unos a los otros por voluntad de Jesús.

Pues bien, el alma entregada toda a la acción de los dones del Espíritu Santo practica espontáneamente y de manera natural esta perfecta dilección. Y así también es una fuente de alegría para todas las almas que viven a su alrededor. Es *un alma de alegría*. Irradia la alegría de Cristo, como María, a quien la Iglesia nos invita a invocar con la bellísima advocación de *Causa de nuestra alegría* y de *Nuestra Señora de la Alegría*. Alegría pura y santa, alegría que no es disipación, sino fruto del recogimiento y del verdadero amor, fruto de un alma que está totalmente llena de la paz divina, porque no vive más que para Dios por Jesús y su Espíritu divino.

Espíritu Santo, que dispones todas las cosas con fortaleza y suavidad, dignate extender en nuestras almas tu espíritu de suavidad y de caridad, a fin de que, muriendo a nosotros mismos y a todo lo que es pasajero v preocupados solamente por la gloria de Dios V por la salvación de nuestros hermanos en Cristo, vivamos únicamente según tus inspiraciones divinas, siguiendo el ejemplo de Jesús v de María, para la mayor gloria del Padre.

Capítulo XVII

LA MODESTIA

Después de haber indicado los frutos del Espíritu Santo que afectan al alma en sí misma y en sus relaciones con su entorno, san Pablo enumera los frutos que la perfeccionan en sus relaciones con todo lo que es inferior a ella misma, es decir, en relación con sus pasiones. Son: la modestia, la continencia y la castidad.

Nos queda por hablar de estas últimas virtudes.

La modestia, igual que la mansedumbre, es una virtud muy "humilde", una virtud que el mundo desprecia, pero que es muy querida por el Corazón de Jesús. Sin ella, el alma sigue siendo imperfecta, por muy grandes que sean las cosas que haya podido emprender por la gloria de Dios.

La modestia que nos propone san Pablo, la modestia tal y como se encuentra realizada en el alma cristiana totalmente entregada a la acción de los dones del Espíritu Santo, y de manera particular a los dones de Ciencia y de Consejo, es una disposición sobrenatural del alma que la inclina a tener en todo la justa medida, y así la defiende de caer en los excesos contrarios.

Somos muy dados a los excesos. Esto es consecuencia, o mejor, es manifestación de ese desequilibrio interior que el pecado original produjo en nosotros.

¿Qué vemos en el mundo?... Violentos y débiles, avaros y pródigos, taciturnos y habladores, tímidos y presuntuosos, personas deprimidas por la tristeza y otras exuberantes hasta el exceso, agitados e indolentes, apasionados y apáticos, gentes que nos atropellan con su precipitación y otros que nos exasperan con su lentitud.

Así, vamos de un exceso al otro, y el que quiere corregirse de un defecto cae con frecuencia en el defecto opuesto; así de difícil es estar en el justo medio, que constituye a la virtud en su perfecto desarrollo.

Precisamente el papel de la modestia de la que aquí hablamos es enseñarnos a estar en el justo medio, en la justa medida de todo, como lo haría nuestro Señor mismo o la Santísima Virgen María, si estuvieran en nuestro lugar. Por eso es como la virtud de las demás virtudes, es su perfección, es lo que las hace perfectas en su orden. Y por eso mismo no se encuentra plenamente desarrollada más que en las almas perfectas.

Veamos cómo debe ejercer su influjo en todos los ámbitos de nuestra actividad interior y externa.

La modestia, fruto en nosotros de los dones del Espíritu Santo, nos inclinará muy en primer lugar a apreciar como conviene, es decir, sin minimizarlos y sin exagerarlos, los talentos, naturales y sobrenaturales, que Dios ha tenido a bien confiarnos en interés de su gloria y para el bien del Cuerpo místico entero; y a usar de ellos solamente con esa doble finalidad y en la medida en que la Providencia divina quiera servirse de nosotros. El Todopoderoso no tiene necesidad de nuestra colaboración y, cualquiera que sea la obra a la que se digne asociarnos y el papel que desee que cumplamos en el mundo, debemos recordar que solamente «somos servidores inútiles»¹⁵⁹.

La modestia moderará también nuestro deseo de conocer, de curiosidad. En efecto, hay una curiosidad buena, pero también hay una curiosidad inútil y una curiosidad indiscreta, peligrosa y hasta con frecuencia fatal para la vida del alma.

Hemos de saber prohibirnos toda lectura inútil, y con mayor motivo toda lectura que pueda dañar a nuestra alma. Incluso, en lo que se refiere a obras de doctrina espiritual, no tengamos afán por leerlas en cantidades grandes. Cuando encontremos un libro que parece responder a las necesidades de nuestra alma en ese momento, debemos leerlo reposadamente, sin precipitación, meditándolo, incluso releándolo, para empaparnos bien de lo que dice, asimilar su contenido y vivirlo. En el caso de santa Teresa del Niño Jesús, cuando todavía era muy joven y no había entrado en religión, «mantenía mi vida espiritual con la flor de harina contenida en la *Imitación*», nos dice ella misma. Era el único libro que le aprovechaba, y no lo abandonaba nunca.

Seamos modestos también en nuestros juicios. Desconfiemos de esa manía de juzgarlo todo, de criticarlo todo, que es causa de tantos disgustos en la vida de relación con los demás. Debemos guardarnos de erigirnos en jueces de nuestros hermanos. «No juzguéis y no seréis juzgados», nos dice Jesús. No juzguemos a nadie, ni para bien ni para mal, a menos que tengamos que hacerlo por obligación de nuestro cargo; y aun en ese caso debemos hacerlo con temor y temblor, desconfiando de nuestra manera de ver, que puede no ser la de Dios.

Y para no juzgar indebidamente, no consintamos que nuestro espíritu se ponga a razonar sin consideración sobre la conducta de nuestro prójimo, sobre todo de los superiores. Mucho más sencillo y mucho más sobrenatural es no ver en todos los que nos rodean sino instrumentos de la misericordia divina para con nosotros.

¹⁵⁹ Lc 17, 10.

Entonces, aunque esos instrumentos fueran deficientes ante Dios, seguirían siendo instrumentos de sus designios de misericordia.

Esta es la humildad de espíritu, la verdadera y profunda humildad que hace que la obediencia sea tan fácil, incluso ante los paganos; cuánto más, pues, ante quienes, a pesar de sus imperfecciones, en nada ponen tanta solicitud cordial como en que el Reino de Dios venga a nuestras almas.

Como consecuencia de la tendencia a la soberbia, que es efecto en nosotros del pecado original, todos sentimos la tentación, como les pasó a los Apóstoles antes de la Pasión del Salvador, de procurarnos los primeros sitios y lo que brilla más a los ojos de los hombres. En esto también el papel de la modestia es moderar en nosotros este deseo de grandezas según el mundo, o más bien hacer que las despreciemos como hizo Cristo, nuestro Jefe, para estar apegados sólo a lo que es del agrado del Padre.

¡Qué importa estar aquí o allí, cumplir tal función o tal otra! Ni siquiera ambicionemos un mejor puesto en el cielo. Que nuestro único deseo sea hacer en todo instante la voluntad de Dios y glorificarlo, ahora y en la eternidad, de la manera que *a El* le parezca bien.

Ciertamente debemos aplicarnos a amarle cada vez más, y a hacer de la mejor manera posible todo lo que hacemos, pero únicamente para responder a los deseos de su Corazón y de manifestarle así nuestro amor.

Lo que debemos querer es lo que Dios quiere, como El lo quiere y porque El lo quiere.

La modestia, fruto del Espíritu Santo en las almas, nos inclinará también a conformar en todo los afectos de nuestro corazón con los afectos del Corazón de Jesús, y a moderar con este fin nuestra sensibilidad y nuestra imaginación.

Las fuerzas de un corazón ávido de amar se desperdician enormemente en apegamientos desordenados y en amistades frívolas, cuando podría amar grande y santamente con ese amor puro y desinteresado que abraza al Corazón de Jesús.

Dichosa es el alma que, siguiendo el ejemplo del Hijo, no ama más que al Padre y a todos los demás, a todo, personas y cosas, únicamente en El, con El y por El solo, y que, aplicándose por su amor al deber del momento presente, guarda con cuidado su imaginación, para que no se vuelva inútilmente hacia su pasado y para que no se preocupe en absoluto de su porvenir.

De esta manera regula la modestia todos los movimientos de nuestra alma.

Pero su acción no queda en eso. Se extiende a toda actividad exterior, a los ojos, a la lengua, a los oídos, a la manera de andar y a los gestos, a la forma de tratar

a las personas y a las cosas, al alimento y al descanso, al vestido y al arreglo personal, al juego y a las diversiones; modera toda esa actividad exterior y previene al alma que la posee de todo exceso en uno y otro sentido, de manera que ésta se comporta en todas circunstancias no sólo como exige la recta razón, sino como se comportarían nuestro Señor o su Madre santa, si se encontrasen en esas mismas circunstancias, evitando toda negligencia y al mismo tiempo todo rebuscamiento, observando en todo la medida perfecta.

Es evidente que tal perfección, que admiramos en los santos, supera las fuerzas de la naturaleza humana abandonada a sí misma y requiere una asistencia continua del Espíritu Santo. Por eso, el único modo de conseguirla es abandonarse a la acción del Espíritu divino; y para eso hacerse cada vez más pequeño. Reconociendo humildemente la propia pequeñez y miseria es como se combate a la soberbia y nos disponemos a la acción del Espíritu Santo.

Espíritu Santo, Dios de Verdad y de Amor, que dispones todas las cosas con peso y medida, y las conduces todas con fortaleza y con suavidad hacia el fin que les es propio y hacia el fin general del universo, te suplicamos que nos concedas actuar en todas las circunstancias solamente según tus divinas inspiraciones, y evitar así todo atropellamiento y toda negligencia, a fin de que, después de haber glorificado al Padre en el Hijo durante esta vida, nos sea dado cantar, por ti, las alabanzas del Padre en la eternidad.

Capítulo XVIII

LA CONTINENCIA Y LA CASTIDAD

Entre los frutos que el Espíritu Santo produce en el alma que se entrega a su divina acción, san Pablo enumera en último lugar la continencia y la castidad.

Santo Tomás de Aquino nos dice que por castidad hay que entender la perfecta e inalterable castidad de las almas que Dios, en su misericordia, se digna preservar incluso de las tentaciones contra esa virtud. Esa fue, sin duda alguna, la castidad de Jesús, de María y de José.

Dios se place en preservar así a ciertas almas, desde la infancia, de todo movimiento desordenado de la concupiscencia; y esto es una gran gracia.

Dios otorga a estas personas, al mismo tiempo que este favor precioso, una gran prudencia y delicadeza, que hacen que, como por instinto, estén extremadamente vigilantes para evitar todo lo que podría empañar la pureza de sus almas. Y esto es también un efecto de los dones del Espíritu Santo.

Una perfecta castidad y vigilancia para evitar todo lo que podría manchar a la imaginación y a los sentidos no quiere decir ignorancia de las cosas de la vida. Como lo hacía notar Teresita a su hermana Paulina, Madre Inés, «lo malo no está en conocer las cosas... La Virgen Santísima lo conocía todo. El día de la Anunciación le dice al Ángel: ¿Cómo se hará esto, pues no conozco varón? Dios sólo ha hecho cosas muy bien hechas y muy nobles. El matrimonio es una hermosura para aquellos a quienes Dios llama a ese estado; el pecado es lo que lo desfigura y lo mancha».

Pero el alma perfectamente casta y que se ha consagrado a Dios vigila con el mayor cuidado para rechazar toda curiosidad inútil en esta materia, y para conservar el corazón libre de todo afecto que pudiera, por muy poco que sea, distraerla del único objeto de su amor.

Siendo todavía una niña, Teresita —seguramente bajo la acción del Espíritu Santo, pues ella misma dice que no comprendía el sentido profundo de lo que decía — oraba: «Jesús, dulzura inefable, cambiad para mí en amargura todas las consolaciones de la tierra».

«No quiero que las criaturas tengan un solo átomo de mi amor; quiero dárselo TODO a Jesús», escribe más tarde. Y también: «Jesús, que yo no busque ni encuentre jamás sino a ti. Que las criaturas no sean nada para mí, y yo no sea nada para ellas. Jesús solo. Nada más que El. A El solo, a El solo quiero tener contento».

Dichosa es el alma que ha conservado intacta esta flor deliciosa y tan delicada de la virginidad. Parece como si no se hablara bastante de la virginidad. Y es una lástima, porque esta virtud ejerce un atractivo muy vivo en las almas mientras conservan la pureza de la gracia bautismal.

Todos los muchachos, todas las muchachas cristianas, tendrían que llegar normalmente vírgenes al sacerdocio, a la profesión religiosa o al matrimonio.

Muchas imprudencias se evitarían en esta materia, si, como en la Iglesia primitiva, no se tuviese miedo de formar a las almas jóvenes en este aspecto, de manera positiva y oportunamente.

Algunas veces, Dios otorga también este don de la castidad perfecta a las almas que han combatido con generosidad, como recompensa a su perseverancia y fidelidad en su servicio.

Así es como el joven Tomás de Aquino, el Doctor Angélico, se vio libre de manera milagrosa de todo movimiento de la concupiscencia, después de haber luchado victoriosamente contra una cortesana que le enviaron sus hermanos con la intención de corromperlo y de hacerle renunciar a su vocación.

Estas almas tienen que recordar siempre que, por sí mismas, ellas no son más que debilidad y, por lo tanto, deben ser siempre muy prudentes, a fin de no perder nada de ese tesoro precioso que les ha sido confiado.

Pero sería un error creer que un alma que se abandona a la acción de los dones del Espíritu Santo queda necesariamente libre de toda tentación contra esta virtud. «Sucede con frecuencia —escribe san Gregorio Magno— que el alma es elevada por el Espíritu divino hasta las alturas y, no obstante, la carne sigue asaltándola duramente... Parece que el cielo y el infierno se hubieran confabulado, pues esa misma alma se encuentra al mismo tiempo iluminada con las luchas de la contemplación y entenebrecida con las tentaciones inoportunas».

Por esto es por lo que san Pablo, junto a la castidad *perfecta coloca, como otro fruto del* Espíritu Santo en el alma perfecta, la continencia, que es la *castidad laboriosa* de las almas en estado de matrimonio o sujetas a tentaciones impuras.

El Señor puede permitir que un alma entregada totalmente a su amor, como una santa Catalina de Siena o una santa Ángela de Foligno, tenga que sufrir cruelmente a este respecto, ya porque quiera con eso ahondar más en ella los fundamentos de la humildad, ya sea porque desee ofrecer así a esa alma la ocasión de reparar por la multitud de pecados que contra esta virtud se cometen en el mundo. San Francisco de Sales escribe: «San Pablo padeció durante mucho tiempo las tentaciones de la carne, y no

por eso se hizo desagradable a Dios, sino que por el contrario Dios fue glorificado en ello; la bienaventurada Ángela de Foligno experimentó tentaciones tan crueles, que da pena cuando las cuenta; grandes fueron también las tentaciones que tuvieron que soportar san Francisco y san Benito... y, no obstante, no perdieron por ello nada de la gracia de Dios, sino que la aumentaron mucho»¹⁶⁰.

Lo más penoso para el alma en estos casos es la turbación que esas tentaciones provocan en ellas; es tan grande, que le parece que ya no ama de verdad a Dios. «El amor a Dios —dice también san Francisco de Sales— no se ve por ningún sitio, si no es en el centro del corazón, en el más delicado centro del espíritu; y hasta parece que ni siquiera está ahí, porque cuesta mucho trabajo encontrarlo».

Santa Catalina de Siena exclamaba, después de una cruel tentación de esta clase: «¿Dónde estabais, Señor, dónde estabais cuando mi corazón se veía lleno de tanta ti- niebla y de tantas basuras?» —«Estaba en tu corazón, hija mía», le contestó Jesús. Y ella: «¿Y cómo habitabais en mi corazón, cuando tan lleno estaba de esos pensamientos horribles? ¿Es que habitáis en lugares inmundos?». Nuestro Señor le dijo entonces: «Dime, hija mía, esos pensamientos ruines de tu corazón ¿te daban contento o tristeza, amargura o delectación?». —«Una extrema amargura y tristeza», le respondió ella. «Pues bien, le repuso Jesús, ¿Quién era el que ponía esta gran amargura y tristeza en tu corazón, sino Yo, que permanecía escondido en lo más íntimo de tu alma? Esas penas eran un gran mérito y un gran aumento de tu virtud y de tu fortaleza»².

Efectivamente, «estos grandes asaltos y estas tentaciones tan fuertes —dice san Francisco de Sales— jamás son permitidas por Dios (cuando se trata de almas que quieren ser totalmente para El) si no es con vistas a elevarlas hasta su puro y excelso amor». Y concluye: «Así pues, cualesquiera que sean las tentaciones que padecemos y cualquiera que sea la delectación que de ellas se siga, no os turbéis en absoluto, mientras vuestra voluntad se niegue a consentir no sólo la tentación sino también la delectación, pues así no se ofende a Dios».

Estas palabras son muy reconfortantes para las almas que tienen que luchar para seguir siendo fieles a su ideal de pureza perfecta. Lejos de dejarse llevar por el desaliento, deben recordar lo que santa Teresita escribía a una persona atormentada por esta clase de tentaciones: «Dichoso quien ha sido considerado digno de sufrir la

¹⁶⁰ *Introducción a la vida devota*, cap. 3.

tentación». La tentación no es más que la ocasión para el alma de probar su amor y su indefectible fidelidad a Dios.

El alma entregada a la acción del Espíritu Santo acude espontánea e instintivamente a los medios que para estos casos recomiendan de manera unánime los maestros de vida espiritual, y particularmente abre de par en par el corazón. El Doctor Angélico advierte: «El demonio, que es orgulloso e impuro, enemigo de toda humildad y de toda pureza, no puede soportar la humildad de una buena confesión. Por eso, no hay nada mejor ni más fácil, para defenderse de estas tentaciones, que declararlas abiertamente al confesor, y esto siempre que se repitan»¹⁶¹.

Este es también el pensamiento de san Francisco de Sales, «pues la primera complicidad del demonio con el alma a la que quiere seducir es la del silencio... Por el contrario, Dios con sus inspiraciones nos pide que nos demos a conocer por nuestros superiores y por nuestros directores»¹⁶².

La experiencia confirma esta enseñanza, hasta tal punto, que habitualmente bastará con que el alma tome la decisión de abrirse con claridad a su director exponiendo sus tentaciones para que éstas desaparezcan inmediatamente.

Dichosa el alma a la que el Espíritu divino le concede el aprovechar estas tentaciones tan penosas, para humillarse y disponerse a recibir la gracia de manera más abundante.

Espíritu Santo, Dios de santidad y de pureza, Fuego divino, que abrasas los corazones de los bienaventurados, ven y consume todo lo que en nosotros desagrade a tu mirada divina, a fin de que, purificados de todo afecto desordenado y libres de toda atadura de pecado, podamos con Jesús y María glorificar al Padre por siempre, por ti, Espíritu divino, que vives y reinas con El y el Hijo en la felicidad eterna.

¹⁶¹ *Opúsculo*, 6

¹⁶² *Introducción a la vida devota*, cap. 7.

Cuarta Parte

PROBLEMAS DE TEOLOGIA RELACIONADOS CON EL ESPIRITU SANTO

Capítulo XIX

LA MISION DEL ESPIRITU SANTO

Es evidente que la Sagrada Escritura atribuye una misión especial a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. La cuestión está en saber si sólo se trata de una simple apropiación o de algo más¹⁶³.

Se llama *apropiación* la atribución a una Persona divina de una perfección que, de hecho, es común a las tres Personas divinas, pero que, según nuestra manera de concebir, corresponde más al modo de ser de esa Persona en comparación con las otras Personas en el seno de la Trinidad.

Conocemos mejor los atributos divinos que se nos manifiestan por medio de las criaturas, como el Poder, la Sabiduría y la Bondad, que lo que es estrictamente propio de cada una de las divinas Personas, lo cual sólo conocemos por medio de la Revelación. Esto es lo que nos lleva, para distinguir las mejor entre sí, a apropiarse a cada una de las Personas divinas ciertos atributos, que, por lo demás, sabemos que igualmente convienen a las tres. No hay en esto ningún peligro de error, como lo advierte santo Tomás de Aquino, puesto que sabemos que no se trata más que de una simple apropiación¹⁶⁴.

Así, san Agustín apropia el Poder al Padre, la Sabiduría al Hijo y la Bondad al Espíritu Santo. Con ello no hace más que seguir a la Sagrada Escritura, que llama a Cristo la Sabiduría de Dios¹⁶⁵.

Cuando el Ángel Gabriel le dice a María que el Espíritu Santo vendrá sobre Ella y que por Su operación será la madre del Hijo de Dios; cuando nuestro Señor anuncia a sus discípulos que recibirán el Espíritu Santo el día de Pentecostés y que este Espíritu divino permanecerá siempre con ellos, que les enseñará todo y que les sugerirá todo lo que deben decir y

¹⁶³ Estas páginas están destinadas a todas aquellas personas que tienen deseos de profundizar en su vida espiritual, por consiguiente, hemos tratado de evitar en lo posible el empleo de términos teológicos demasiado «técnicos».

¹⁶⁴ Suma Teológica, 1, q. 39

¹⁶⁵ I Cor 1, 25.

hacer; cuando el Apóstol Pablo nos enseña que es imposible pertenecer a Cristo sin poseer Su Espíritu, y que la perfección de los hijos de Dios consiste en dejarse conducir por el Espíritu Santo, ¿se trata en estos casos de una simple apropiación, o hay que admitir una intervención particular o una presencia propia de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, o al menos de *una cierta realidad* que tiene por término esta Persona divina, *con exclusión de las otras dos*?

Actualmente, un buen número de teólogos dudan o se niegan absolutamente a reconocer al Espíritu Santo una manera propia y especial de unirse a nosotros y de intervenir en la obra de nuestra santificación. Reducen prácticamente su Misión temporal a una simple apropiación¹⁶⁶.

Esta manera de ver es difícilmente conciliable, por no decir más, con la manera de hablar de la Sagrada Escritura y de la Tradición, que nos muestran al Espíritu Santo, nuevo Paráclito, continuando y perfeccionando en algún modo la Misión temporal del Hijo de Dios en la tierra. «Os conviene que yo me vaya —decía nuestro Señor a sus discípulos—, pues, si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros... Cuando venga el Espíritu de verdad, El os enseñará toda verdad»¹⁶⁷. Y antes, hablando del mismo Espíritu, les había dicho: «El os enseñará todo, y os recordará todo lo que yo os he dicho»¹⁶⁸. «El dará testimonio de mí, y vosotros también daréis testimonio de mí»¹⁶⁹.

La Misión temporal del Espíritu Santo se nos presenta así por nuestro Señor mismo como absolutamente análoga a la suya propia¹⁷⁰. Ahora bien, el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, es quien vino en persona a la tierra, quien nació de la Bienaventurada Virgen María, quien vivió y murió por nosotros en la Cruz. El Hijo de Dios, y no el Padre o el Espíritu Santo. Nadie se atrevería a decir, bajo el pretexto de que tienen una sola y misma naturaleza con el Hijo, que el Padre o el Espíritu Santo se encarnaron y murieron por nosotros.

Del mismo modo hay, pues, que reconocer al Espíritu Santo, a ese otro Paráclito que debe continuar la Misión del primero, una Misión personal en la

¹⁶⁶ Cfr. GALTIER. Le Saint-Esprit en nous d'après les Pères Grecs, *Introduction*, Roma, 1946.

¹⁶⁷ Jn 16, 7-13.

¹⁶⁸ Jn 14, 26.

¹⁶⁹ Jn 15, 27.

¹⁷⁰ El Concilio Vaticano II también pone en paralelo la Misión del Hijo y la del Espíritu Santo, y se sirve de los mismos términos para expresar la una y la otra (Cfr. Const. *Lumen gentium*, 3 y 4).

Iglesia, que no es posible atribuir de la misma manera ni al Padre ni al Hijo.

Este es también el pensamiento del Doctor Angélico, que trata simultáneamente de la Misión temporal del Hijo y de la del Espíritu Santo, de lo que tienen en común y de lo que las diferencia¹⁷¹.

¿Cómo entender esta Misión especial de las divinas Personas, y en particular la Misión del Espíritu Santo?

Santo Tomás de Aquino nos dice que, para una Persona divina, ser enviada por otra Persona divina es *comenzar a estar en un lugar de una manera nueva*, por voluntad de la Persona que envía¹⁷².

Así pues, cuando se dice que el Espíritu Santo descendió sobre la Virgen María el día de la Anunciación, hay que entender *un nuevo modo de presencia en ella* del Espíritu Santo, es decir, un modo de presencia distinto del que corresponde a la simple elevación al orden sobrenatural, del que la Virgen gozaba manifiestamente desde el instante de su Inmaculada Concepción. Igual hay que entender de la venida del Espíritu Santo sobre la Virgen y los Apóstoles el día de Pentecostés.

¿Cómo se realiza ese nuevo modo de presencia? ¿Por algún cambio, que se produciría en esa Persona divina, como podría ser una relación nueva con la criatura?

Evidentemente no, puesto que las Personas divinas son inmutables, como la misma esencia divina con las que ellas se identifican realmente. Esto no puede realizarse, pues, sino por un cambio en la criatura, como acertadamente dice santo Tomás de Aquino¹⁷³.

¹⁷¹ *Suma Teológica*, 1, q. 43: «El mismo Espíritu Santo es el dado y el enviado» (a. 3). «La misión del Hijo se distingue de la del Espíritu Santo en cuanto al origen... y en cuanto al efecto de la gracia...» (a. 5, ad 3).

¹⁷² *Suma Teológica*, 1, q. 43: «La misión incluye en su concepto que el enviado, o bien empiece a estar donde antes no estuvo, cual sucede a las criaturas, o que empiece a estar donde ya estaba, pero *de la manera nueva*, que es el modo como se atribuye la misión a las personas divinas» (a. 6). «Ser enviada la persona divina a alguien... significa el *nuevo modo de inhabitar* de aquella persona» (a. 5). «Ser enviada corresponde a la persona divina por cuanto *existe en alguien de un modo nuevo...*» (a. 3).

¹⁷³ *Suma Teológica*, 1, q. 43, a. 2, ad 2: «Que la divina persona esté de un *nuevo modo* en alguno... no quiere decir que haya mudanza en la persona divina, sino mudanza en la criatura».

Este cambio en la criatura no puede consistir, según el Doctor Angélico, más que en una gracia especial, que asimila a esa criatura de una manera particular a la Persona divina que es enviada y que se dice que viene sobre la criatura¹⁷⁴.

Así, por el misterio de la Encarnación, no es la Persona del Hijo de Dios la que sufrió un cambio, ni con respecto a su Madre la Virgen ni con respecto a la misma santa Humanidad asumida, sino que, por una operación común a las tres Personas divinas, la naturaleza humana asumida por el Verbo comenzó a subsistir realmente en y por la Persona del Hijo de Dios y, por consiguiente, a pertenecer como propia a esta Persona divina, y la Virgen María se hizo realmente la Madre del Hijo de Dios.

Todo el cambio se realizó por parte de la criatura. Pero este cambio que únicamente afecta a la criatura permite, no obstante, decir con toda verdad, como dice san Juan, que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»¹⁷⁵; igualmente autoriza a la Virgen a llamarlo *su hijo*¹⁷⁶, aunque, hablando con propiedad, en el Verbo no puede haber más filiación que la Filiación eterna, que Lo constituye¹⁷⁷.

Los nuevos modos de ser que, por el hecho de su Encarnación, atribuimos así a la Persona del Verbo, no constituyen una simple apropiación, puesto que no podrían ser afirmados de las otras dos Personas divinas sin caer en herejía¹⁶. Tienen como fundamento las relaciones reales y distintas de la Humanidad santa, por una parte, y de la Virgen, por otra parte, con la Persona del Verbo y sólo con ésta.

¹⁷⁴ Suma Teológica, 1, q. 43: «Ningún otro efecto que no sea la gracia santificante puede ser la razón de que la persona divina esté de un modo nuevo en la criatura racional» (a. 3). «Para que alguna persona divina sea enviada a alguien por la gracia, es necesario que se realice su asimilación a la persona que es enviada» (a. 5, ad 2).

¹⁷⁵ Jn 1, 14.

¹⁷⁶ Lc 11, 48.

¹⁷⁷ La relación de filiación de Jesús con respecto a María no es más que una relación de razón, la cual tiene por fundamento la maternidad divina, que es real en María. «Como el sujeto de la filiación no es la naturaleza o parte de la naturaleza, sino sólo ha hipótesis o la persona, y en Cristo no hay más hipótesis o persona que la eterna, no puede haber en Cristo otra filiación sino la que existe en la hipótesis eterna... Por tanto, la filiación que une a Cristo con su Madre no puede ser relación real, sino sólo mental o de razón» (Suma Teológica, 3, q. 35, a. 5). Por lo demás, otro tanto hay que decir de toda relación de Dios con la criatura, como relación del Creador con la cosa creada. Es una relación de razón que tiene por fundamento la relación real de la cosa creada con el Creador.

En la simple apropiación, las cualidades u operaciones atribuidas especialmente a una Persona, como el Poder, la Sabiduría, la Bondad o la creación, deben ser atribuidas *igualmente* a las otras dos.

De esto se sigue que de una operación común a las tres Personas divinas pueden resultar, en la criatura, relaciones especiales de esta criatura con una Persona divina, relaciones que no tiene, al menos de manera idéntica, con ninguna de las otras dos Personas divinas.

Pero si, por el hecho de la Encarnación, la Humanidad santa de nuestro Señor y la Virgen, su Madre, han adquirido manifiestamente una relación especial, aunque distinta la de uno y otra con la Persona del Verbo, hay que decir igualmente que, por el hecho de esa misma Encarnación, han adquirido al mismo tiempo, ambos, una relación particular con la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo; relación que a uno y otra los ha asimilado a ese Espíritu divino, de manera propia a uno y a otra, y que hace posible que el Ángel Gabriel atribuya de una manera especial al Espíritu Santo, *con exclusión de las otras dos Personas*, la concepción virginal del Verbo en las entrañas de la Virgen.

Otro tanto hay que decir de la Misión del Espíritu Santo en la Iglesia y en el alma de cada fiel; misión tan claramente y tan formalmente afirmada en la Sagrada Escritura y en la Tradición. En primer lugar por el bautismo, después por la confirmación y por el sacramento del orden, para quienes acceden a éste, el alma recibe una gracia propia, que la asimila de una manera nueva al Espíritu Santo, la cual la pone en *relación especial* con esta Persona divina; esto hace que también haya que atribuir a este Espíritu divino una presencia especial en esa alma y un modo de ser particular, que no puede ser atribuido de la misma manera ni al Padre ni al Hijo.

En esto encontramos el fundamento teológico de la devoción especial que hemos de tener al Espíritu Santo.

Queda por determinar en qué consiste esa asimilación particular al Espíritu Santo producida por la gracia del bautismo, de la confirmación y del orden, en el alma que recibe estos sacramentos, así como la asimilación especialísima que resulta en María por la gracia de la Anunciación.

No parece que hasta ahora estos problemas hayan atraído la atención de los teólogos. Sin embargo, santo Tomás de Aquino señala de manera general que es por el don de la caridad como el alma es asimilada al Espíritu Santo, porque —dice— el Espíritu Santo es esencialmente Amor: «*Quia Spiritus Sanctus est Amor*,

per donum caritatis anima Spiritui Sancto assimilatur»¹⁷⁸. Por eso, continúa diciendo, hay que considerar la Misión del Espíritu Santo según el don de la caridad.

Ahora bien, el Espíritu Santo es al mismo tiempo el Espíritu del Padre y el Espíritu del Hijo, el Amor del Padre y el Amor del Hijo: el amor del Padre por el Hijo y el amor del Hijo por el Padre, así como el amor del uno y del otro por cada uno de nosotros¹⁷⁹. Pues el Padre nos ama en su Hijo con el amor con que ama eternamente a su Hijo, y el Hijo nos ama con el amor con que ama a su Humanidad santa y con que se ama a sí mismo desde toda la eternidad, en el Padre.

Parece, entonces, que es al Espíritu Santo, considerado bajo estos diversos aspectos, a quien nos asimila la gracia especial de los sacramentos, que nos constituyen miembros del Cuerpo místico de Cristo, testigos de su divinidad o ministros de su sacerdocio.

Por el bautismo nos convertimos en una misma cosa con Cristo y entre nosotros en Cristo, como los miembros de un mismo cuerpo y los sarmientos de una misma vid. «Yo soy la verdadera vid —dice Jesús— y vosotros sois los sarmientos»¹⁸⁰, los sarmientos de esa vid mística. Y el Apóstol dice: «Todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu, a fin de formar un solo cuerpo... Igual que todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, constituyen un solo cuerpo, así sucede con Cristo»¹⁸¹. Y en la *Caria a los Romanos* escribe: «Aunque muchos, somos un solo cuerpo en Cristo»¹⁸². Es más: «Vosotros sois el Cuerpo de Cristo —se atreve a decir san Pablo —... y carne de sus huesos»¹⁸³. Porque nos hemos hecho una misma cosa con Cristo, el Hijo del Padre, es por lo que también somos hijos de Dios. Y por eso nos dice el Apóstol que Dios Padre ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que exclama en nosotros: *Abba!*, Padre¹⁸⁴. Así la gracia del bautismo nos asimila al Espíritu Santo en tanto que es el Espíritu del Hijo, haciendo de nosotros verdaderos hijos del

¹⁷⁸ *Suma Teológica*, 1, q. 43, a. 5, ad 2.

¹⁷⁹ *Suma Teológica*, 1, q. 37, a. 2, ad 3: «El Padre no solamente ama al Hijo por el Espíritu Santo, sino también a sí mismo v a nosotros... Decimos del Padre y del Hijo que se aman a sí mismos v a nosotros por el Espíritu Santo».

¹⁸⁰ Jn 15.

¹⁸¹ 1 Cor 12, 12-13.

¹⁸² Rom 12, 5.

¹⁸³ 1 Cor 12, 27; Ef 5, 30.

¹⁸⁴ Gál 4,6.

Padre en Jesús, con todas las prerrogativas del Hijo¹⁸⁵. «Si somos hijos de Dios, somos también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo»¹⁸⁶.

El sacramento de la confirmación es como el complemento del bautismo. Del cristiano ya animado por el Espíritu del Hijo hace un militante, un testigo de Cristo, un apóstol como los discípulos de Jesús después de Pentecostés. Asimila, pues, a quien lo recibe al Espíritu Santo, en cuanto este Espíritu divino es El también el Testigo por excelencia de Cristo, según la enseñanza del Salvador, cuando decía a sus discípulos: «Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, El dará testimonio de mí». Y para mostrar el lazo que existe entre este testimonio y el que los apóstoles darán, Jesús añade: «Y vosotros también daréis testimonio de mí, porque estáis conmigo desde los comienzos»¹⁸⁷.

El sacramento del orden hace de quienes lo reciben ministros del Sacerdote por excelencia, del Único Sacerdote, el Verbo Encarnado, que, como nos dice san Pablo, se ha ofrecido a sí mismo a Dios como hostia inmaculada, por el Espíritu Santo¹⁸⁸.

La gracia del sacramento del orden asimila a quienes *lo* reciben a ese Espíritu de amor y de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas que animaba al Soberano Pontífice en el momento de ofrecer el único Sacrificio, del cual obtienen su valor todos los demás sacrificios, incluida la Misa.

Precisamente porque el mismo sacramento da a los sacerdotes poder sobre el Cuerpo físico del Salvador, al mismo tiempo que sobre los miembros de su Cuerpo místico, es legítimo pensar que la gracia que les confiere los hace participar también en el Espíritu Santo, en tanto que es Espíritu del Padre, a quien el Verbo encarnado ha estado siempre y sigue estando plenamente sometido junto con los miembros fieles de su Cuerpo místico.

Parece también que al Espíritu Santo, en cuanto que es el Espíritu del Padre y el Amor infinito del Padre por el Hijo, ha sido asimilada el alma de la Virgen María por la gracia de la Anunciación, que ha hecho de ella, de manera milagrosa, la

¹⁸⁵ «El Espíritu de Cristo es el que nos ha hecho hijos adoptivos de Dios»: Pío XII, Enc. *Mystici corporis*.

¹⁸⁶ *Rom* 8, 17.

¹⁸⁷ *Jn* 15, 26-27.

¹⁸⁸ «El cual, por el Espíritu Santo, se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios»: *Heb* 9,

Madre de Aquel que solamente puede tener por Padre a la Primera Persona de la Santísima Trinidad, Jesús nuestro Salvador.

En efecto, María sola comparte con el Padre el privilegio inaudito de poder dar, con todo derecho, el nombre de hijo al Verbo Eterno, a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Ella es verdaderamente su madre según la naturaleza humana, tanto y más que cualquier otra mujer es madre de su propio hijo: Madre del Hijo de Dios y, por ese título, con toda verdad, Madre de Dios¹⁸⁹.

La gracia de la Anunciación, que la hace participar así de una manera única en la Paternidad divina, ¿no exige que su Corazón esté totalmente lleno y desbordante del amor infinito con el que ese Padre incomparable ama desde toda la eternidad a su Unido Hijo, que ahora es el Hijo de ambos?

Todas estas cosas son simples sugerencias que nos permitimos proponer a la reflexión de los teólogos. Sin duda que investigaciones en este sentido contribuirían grandemente a intensificar la vida sobrenatural en las almas piadosas. Que el Espíritu divino se digne bendecirlas para la mayor gloria de la Santísima Trinidad.

¹⁸⁹ Porque el término de la relación de maternidad es necesariamente el supuesto o la persona (Cfr. *Simia Teológica*. 3, q. 35, a. 5), y porque la Persona del Verbo es Dios formando un solo Dios con el Padre y el Espíritu Santo, es por lo que la Santísima Virgen puede y debe ser llamada Madre de Dios (*Theotokos*). Pero sería herejía decir —bajo el pretexto de que el Padre y el Espíritu Santo son un solo y mismo Dios con el Verbo— que la Virgen es madre del Padre o del Espíritu Santo. Esto muestra que están en el error quienes pretenden que «las Tres se unen a nosotros tal y como son en sí mismas, *sin que la distinción personal entre ellas se note en absoluto en la relación que resulta entre nosotros y ellas*» (El subrayado es nuestro).

Verbo— que la Virgen es madre del Padre o del Espíritu Santo. Esto muestra que están en el error quienes pretenden que «las Tres se unen a nosotros tal y como son en sí mismas, *sin que la distinción personal entre ellas se note en absoluto en la relación que resulta entre nosotros y ellas*» (El subrayado es nuestro).

Capítulo XX

CARACTER RELATIVO DE LAS PERSONAS DIVINAS

Hay un escollo con el que importa mucho no tropezar cuando se trata del Espíritu Santo en sus relaciones con la criatura: hablar de El como si fuese una Persona absoluta, es decir, haciendo totalmente abstracción de las otras dos Personas divinas¹⁹⁰.

Cuando se habla del Espíritu Santo no es posible hacer totalmente abstracción de las otras dos Personas divinas, porque el Espíritu Santo es una Persona esencialmente relativa, es decir, ordenada por todo su ser al Padre y al Hijo.

Por lo demás, igual ocurre con el Padre y el Hijo en sus relaciones mutuas y en su relación con el Espíritu Santo. Quien dice «Padre» en el sentido propio de la palabra, dice al mismo tiempo «Hijo», y recíprocamente. En efecto, Dios Padre no es que sólo tenga la paternidad, sino que El es la Paternidad subsistente, y por este hecho se halla ordenado al Hijo con todo su ser. Del mismo modo, Dios Hijo no es que sólo tenga la filiación, sino que es la Filiación subsistente, ordenado igualmente por todo su ser al Padre.

Y otro tanto hay que decir del Padre y del Hijo, en tanto que son el principio común del Espíritu Santo, en relación con este Espíritu divino. En efecto, el Hijo — como señala santo Tomás— no es el Verbo considerado de una manera cualquiera, sino que es el Verbo ardiendo de amor por su Padre: *Filius autem est Verbum, non quaecumque, sed spirans amorem*¹⁹¹. Esto mismo vale también para el Padre con respecto al Hijo. Ahora bien, ese Amor que procede necesariamente del uno y del otro es el Espíritu Santo, que también está ordenado por todo su ser al Padre y al Hijo.

¹⁹⁰ Por ejemplo, en un libro dedicado al Espíritu Santo leemos: «Nacía puedo esperar fuera de El (del Espíritu Santo) aquí en la tierra; nada puedo esperar fuera de El en el cielo. Pero en El encontraré ya aquí abajo todo el amor, toda la alegría, toda la paz que mi corazón busca. ¿Cómo podría yo buscar mi consuelo en otro que no sea El...?». El autor de estas líneas se refiere sin duda al Espíritu Santo en cuanto que es uno con el Padre y el Hijo, es decir, Dios considerado en su naturaleza; pero, en este caso, ya no es, propiamente hablando, la tercera Persona de la Santísima Trinidad. Tomadas al pie de la letra, las palabras que acabamos de citar harían suponer que el Espíritu Santo *solo* es Dios y que ninguno es Dios junto con El. Ahora bien, el Padre y el Hijo son diferentes al Espíritu Santo, y el Espíritu Santo es diferente del Padre y del Hijo: no es otra cosa (*aliud*), como advierte santo Tomás, sino otra persona (*alius*).

¹⁹¹ *Suma Teológica*, 1, q. 43, a. 5, ad 2.

Así pues, toda relación real de la criatura con una Persona divina lleva consigo necesariamente en esa misma criatura una relación real, aunque quizá diferente, con las otras dos Personas divinas.

Así, por el misterio de la Encarnación, la Santísima Virgen, al mismo tiempo que era hecha con toda verdad Madre del Hijo de Dios, adquiriría una relación especial tanto con respecto al Espíritu Santo, a quien por esta razón se le debe atribuir de una manera particular la fecundidad de María, como con respecto al Padre, con quien la Virgen comparte el privilegio de tener al Verbo por Hijo.

De igual modo, el alma regenerada por el bautismo, al hacerse —en verdad, aunque de manera misteriosa— una misma cosa con Cristo y con todos los que ya le están unidos por el Espíritu Santo y por la gracia santificante, se halla por ese mismo hecho en relación con el Espíritu Santo, el Espíritu del Hijo, por quien esa alma se ha convertido en miembro del Cuerpo místico, y también con el Padre, de quien se ha convertido en hija en Cristo, con todos los privilegios que lleva consigo esa filiación divina.

Por esta razón, el Espíritu Santo, cuando es comunicado a una criatura, precisamente porque está ordenado por todo su ser al Padre y al Hijo, no puede por menos que conducir esta criatura al Padre y al Hijo, al Padre por el Hijo, igual que el mismo Espíritu Santo procede del uno y del otro. El Espíritu divino es el camino que conduce al Hijo, igual que el Hijo mismo es el camino que conduce al Padre en el seno de la Santísima Trinidad¹⁹².

El Hijo es el camino que conduce al Padre no sólo en tanto que es hombre¹⁹³, lo es también en cuanto que es Hijo. Solamente por la participación en la Filiación divina —que pertenece en propiedad al Hijo y lo constituye, como ya hemos dicho— es como nosotros mismos podemos convertirnos en hijos del Padre. Santo Tomás dice: «Del mismo modo que nada podría ser llamado caliente sino por participación en el fuego, así nadie podría ser llamado Hijo de Dios, en el sentido propio del término, si no es por participación en la Filiación divina que pertenece esencialmente al Verbo»¹⁹⁴.

¹⁹² *Per Te sciamus da Patrem, noscamus alque Filium* —cantamos en el himno *Veni Creator*— Que por medio de Ti conozcamos al Padre, danos también a conocer al Hijo».

¹⁹³ *Ego sum via... Nemo venit ad Patrem nisi per me* —Yo soy el camino... Nadie va al Padre sino por mí» (*Jn 11,6; 14, 6*).

¹⁹⁴ «*Quod fit ignitum, per ignem hoc oportet fieri, quia nihil consequitur participationem alicuius, nisi per id quod est per naturam tale; ideo adoptionem filiorum oportet fieri per Filium naturalem*» (*Comm. in Ep. ad Eph., 1, 1*).

Pero esta participación en la Filiación del Verbo no se realiza sino por el Espíritu Santo, al cual san Pablo llama por eso «el Espíritu de los hijos de adopción», o simplemente «el Espíritu del Hijo»¹⁹⁵. Así, el Espíritu Santo, porque es esencialmente el Espíritu del Padre y del Hijo¹⁹⁶, si nos es comunicado, no puede no llevarnos al Padre haciéndonos una misma cosa con Cristo. Y en esto consiste el orden sobrenatural.

Ciertamente, como nos recomienda el papa Pío XII en la encíclica sobre el Cuerpo místico, debemos guardarnos de reducir el Hijo —y también el Espíritu Santo— al papel de mero mediador. Uno y otro son un solo y mismo Dios con el Padre, y hemos de honrar igualmente a los tres. Pero no olvidemos que los tres son inseparables y evitemos expresarnos como si se tratara de tres absolutos. Sólo hay un absoluto en Dios: la esencia divina; las Personas divinas son esencialmente relativas¹⁹⁷.

San Agustín dice también: «In Filio quippe tios Pater diligit, quia in Ipso nos elegit ante mundi constitutionem —El Padre nos ama en el Hijo, porque nos ha elegido en El antes de la creación del mundo. Se trata del amor que nos eleva al orden sobrenatural, y el motivo de ese amor es que pertenecemos al Hijo como miembros de su Cuerpo místico: «Nos ama —escribe el santo Doctor— porque somos miembros de Aquel a quien El ama; quien ama al Hijo Unico de Dios ama también necesariamente a sus miembros —*Nos autem diligit quia sumus Eius membra, quem diligit... Qui enim diligit Unigenitum, profecto diligit et membra Eius*» (Tract. 110).

¹⁹⁵ Rom 8. 11: Gal 4, 6.

¹⁹⁶ «*Teque utriusque Spiritum* —En ti, Espíritu, de uno y otro...» (*Veni Creator*).

¹⁹⁷ En el léxico propio de la teología se distingue en Dios un ser absoluto o *esse in* y tres seres relativos o *esse ad*. Estos tres últimos son relaciones subsistentes perfectamente distintas, que constituyen a las tres Personas divinas.

Capítulo XXI

EL MISTERIO DE CRISTO Y NUESTRA ELEVACION AL ORDEN SOBRENATURAL

«A mí, el menor de todos los santos, me fue otorgada esta gracia de anunciar a los gentiles la incalculable riqueza de Cristo, y darles luz acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas»¹⁹⁸.

En estos términos vibrantes de emoción san Pablo anuncia a los primeros cristianos lo que él llama el «Misterio de Cristo»¹⁹⁹.

El Misterio de Cristo es el misterio de nuestra elevación al orden sobrenatural en Cristo Jesús. En estas notas, nuestra intención no es emprender el estudio completo de este misterio de nuestra elevación al orden sobrenatural. Nos limitaremos a indicar en qué relaciones nos sitúa con respecto a las tres Personas de la Santísima Trinidad.

«Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo —exclama el Apóstol que nos bendijo... desde toda la eternidad —*ante mundi constitutionem*— y nos eligió en Cristo Jesús para que seamos santos e inmaculados ante su presencia, en la caridad —*ut essemus sancti et immaculati in conspectu eius in caritate*»²⁰⁰.

«*In Christo Iesu* —en Cristo Jesús»: esta fórmula que se repite sin cesar en la pluma de san Pablo resume todo el misterio de Cristo.

En El, en Cristo Jesús, hemos sido predestinados desde toda la eternidad a ser hijos del Padre, según la libre disposición de su voluntad; en El tenemos la redención y la remisión de todos nuestros pecados. Estábamos muertos por nuestros pecados; en El el Padre nos ha revivificado, a causa del excesivo amor con que nos ha amado²⁰¹.

Por el bautismo hemos sido hechos *una misma cosa* con Cristo y entre nosotros en Cristo. «Hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para constituir un solo Cuerpo»²⁰²; «el Cuerpo de Cristo»²⁰³, «de su carne y de sus huesos - *de carne eius et de ossibus eius*»²⁰⁴.

¹⁹⁸ Ef 3,8-9.

¹⁹⁹ Ef 3, 4.

²⁰⁰ Ef 1, 3-4.

²⁰¹ Ef 1.

²⁰² 1 Cor 12, 12-13.

²⁰³ 1 Cor 5, 27.

²⁰⁴ Ef 5,30.

En El tenemos acceso al Padre en un solo y mismo Espíritu y, por ese mismo Espíritu, formamos con El como un Templo espiritual, que tiene por fundamento a los Apóstoles y los Profetas, y cuya piedra angular es el mismo Cristo²⁰⁵.

«Cuerpo de Cristo, Templo espiritual», son imágenes que expresan esa unión estrecha, aunque misteriosa, la cual hace que, por el Espíritu Santo, nos hayamos convertido en una sola cosa con Cristo y entre nosotros en Cristo; más todavía, nos hemos convertido en *Cristo mismo*, como no teme afirmar san Pablo²⁰⁶.

En la tarde del Jueves Santo, nuestro Señor se sirvió de otra imagen para expresar la misma realidad: «Yo soy la vid. Vosotros los sarmientos. Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo si no permanece en la vid, tampoco vosotros si no permanecéis en mí. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto»²⁰⁷.

Para ser real, esta unión supone evidentemente un lazo real que nos una a Cristo y entre nosotros en Cristo. Este lazo es el Espíritu Santo, el «Espíritu de Cristo», el «Espíritu del Hijo», al que san Pablo llama también el «Espíritu de los Hijos de adopción».

San Agustín veía en El como el Alma del Cuerpo místico: «Lo que el alma es al cuerpo del hombre, eso es el Espíritu Santo al Cuerpo de Jesucristo. El Espíritu Santo hace en la Iglesia lo que el alma hace en los miembros del cuerpo». Doctrina que recogieron los papas León XIII y Pío XII.

En efecto, el Espíritu Santo es el principio de unidad y de cohesión en la Iglesia. Pues, como dice Pío XII: «a este Espíritu de Cristo hay que atribuir, como a un principio invisible, el que todas las partes del Cuerpo estén ligadas, tanto entre sí como con su noble Cabeza, puesto que El reside entero en la Cabeza, entero en el Cuerpo, entero en cada uno de los miembros»²⁰⁸.

El es también quien preside la formación, el crecimiento y la organización del Cuerpo místico, asignando a cada cual su lugar y su función, en beneficio del conjunto. «A cada uno le es dada por el Espíritu la palabra de Sabiduría; a otro, la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, fe en el mismo Espíritu; a otro, el don de curaciones por ese único Espíritu; a otro, el poder de hacer milagros; a

²⁰⁵ *Ef* 2, 18-20.

²⁰⁶ *1 Cor* 12, 12.

²⁰⁷ *Jn* 15.

²⁰⁸ *Enc. Mystici Corporis*.

otro, profecía; a otro, discreción de espíritus... Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que las distribuye a cada uno según El quiere»²⁰⁹.

Y también es al Espíritu Santo a quien hay que atribuir igualmente todas las operaciones sobrenaturales que se ejercen en el Cuerpo místico de Cristo. Sin El no podríamos ni rezar ni siquiera tener un buen pensamiento²¹⁰. La perfección cristiana consiste en obrar sólo bajo su impulso divino²¹¹.

La presencia en nosotros de este Espíritu de hijos de adopción, que no es otro que el Espíritu del Hijo, hace que seamos con toda verdad hijos del Padre. La adopción divina no es en absoluto meramente externa, como sucede con la adopción entre los hombres. Es una participación real en la Filiación divina, como nos enseña el Doctor Angélico, y por lo tanto también es una participación en la naturaleza divina²¹², puesto que todo lo que es en Dios se identifica realmente con la naturaleza divina común a las tres Personas; no con la naturaleza divina considerada en sí misma, haciendo abstracción de las Personas, sino con la naturaleza divina en tanto que se identifica con la Filiación divina que constituye al Verbo²¹³.

Esta filiación divina hace que participemos de todos los privilegios del Verbo, que es el Hijo de Dios por naturaleza. San Pablo escribe: «El Espíritu Santo mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios»; y añade: «Si somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios, coherederos con Cristo»²¹⁴.

²⁰⁹ 1 Cor 12, 8-11.

²¹⁰ 1 Cor 12, 3.

²¹¹ Rom 8, 14.

²¹² 2 Pdr 1, 4.

²¹³ Esta participación real en la Filiación divina es la *gracia santificante*, la cual es comúnmente definida con referencia al texto de san Pedro (2 Pdr 1, 4: *ut... efficiamini divinae consortes naturae*) una participación en la naturaleza divina. Esta definición, perfectamente legítima en sí, puede dar lugar a una falsa interpretación, dejando suponer que nuestra elevación al orden sobrenatural hace abstracción de la Trinidad de Personas en Dios. Como ya hemos dicho, la gracia santificante es esencialmente la participación creada en la Filiación del Verbo. Por eso hace de nosotros con toda verdad hijos del Padre y coherederos con el Hijo. Si, por un imposible —pues Dios es necesariamente Uno en tres Personas—, no hubiera Filiación en Dios, no se ve cómo la criatura podría hacerse *en sentido propio* hija de Dios. No toda participación en la naturaleza divina es filiación. La naturaleza divina es comunicada por el Padre y el Hijo a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad; el Espíritu Santo no por eso podría ser llamado Hijo de las dos primeras Personas.

²¹⁴ Rom 8, 12.

Por el bautismo, el alma regenerada, al hacerse por el Espíritu Santo *una misma cosa* con Cristo, el Hijo de Dios, entra a formar parte verdaderamente de la Familia de Dios²¹⁵, es decir, de la sociedad de las tres Personas divinas.

Miembro de Cristo, animada por su Espíritu divino, es amada por el Padre con todo el amor con que el Padre ama eternamente al Hijo, y en correspondencia ella ama al Padre en el Hijo y por el Espíritu divino, que le ha sido dado para este fin, con todo el amor con que el Hijo ama eternamente al Padre.

Este es el «Misterio de Cristo», el misterio de nuestra elevación al orden sobrenatural.

De esta breve exposición se deduce claramente que nuestra elevación al orden sobrenatural, obra común de las tres Personas divinas, pone a cada uno de nosotros en relación directa con las tres divinas Personas y en relación diferente con cada una de ellas. Somos miembros de Cristo, templos del Espíritu Santo e hijos del Padre; y vamos al Padre, en el Hijo, por el Espíritu Santo.

Así, ya desde esta vida presente nos introducimos en ese movimiento de amor que eternamente lleva al Hijo hacia el Padre y, recíprocamente, al Padre hacia el Hijo en la unidad del Espíritu Santo. En eso consiste nuestra participación en la vida íntima de Dios, que encontrará en el cielo su consumación y su acabamiento.

En estas conclusiones debe inspirarse nuestra devoción a la Santísima Trinidad. No basta con honrar al Dios Único, que sabemos que es Trinidad. En este caso, nuestro culto no se diferenciaría del de los judíos y el de los paganos más que por un conocimiento más perfecto de la naturaleza de Aquel a quien veneramos. Debemos honrar al *Padre*, y al *Hijo*, y al *Espíritu Santo*, que son un solo y mismo Dios. Lo cual quiere decir que nuestro homenaje debe dirigirse a cada una de las tres Personas divinas²¹⁶.

Entreguémonos, pues, sin reservas a la acción santificadora del Espíritu divino, siguiendo el ejemplo de Jesús y de María; aspiremos con toda nuestra alma a ser asimilados más y más a Cristo, a fin de vivir en El y por El nada más que para la mayor gloria de nuestro Padre del cielo, para quien sean toda alabanza y todo amor por los siglos de los siglos.

²¹⁵ Ef 3, 19.

²¹⁶ La liturgia nos da ejemplo: la mayor parte de las oraciones de la Misa se dirigen al Padre, por nuestro Señor Jesucristo.

Capítulo XXII

VIRTUDES Y DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Cuando se habla de los dones del Espíritu Santo, la imagen de la barca que navega a velas desplegadas bajo el impulso del viento surge espontáneamente. Esta imagen, que nos es familiar, parece que se le ocurrió al P. Lallemand: «A quienes son conducidos por los dones del Espíritu Santo se les compara con una barca que navega a velas desplegadas, viento en popa; y a quienes son conducidos por las virtudes y no todavía por los dones se les compara con una barca que debe navegar a fuerza de remos, con mucho más trabajo y ruido, y más lentamente»²¹⁷.

Así, las virtudes y los dones constituirían como dos caminos susceptibles tanto el uno como el otro de conducir al hombre a la salvación eterna. El primero sería el camino común, al alcance de todos; el segundo estaría reservado a las almas particularmente fervorosas o rodeadas de circunstancias extraordinarias, que exigirían actos heroicos.

Los autores espirituales se han adherido generalmente a esta manera de ver. Pero no es éste el pensamiento del Doctor Angélico, a pesar de que se haga referencia a su autoridad. Para santo Tomás de Aquino, los dones del Espíritu Santo son indispensables no sólo para permitir al hombre que llegue a su fin sobrenatural, sino también para llevar a cabo no importa qué acto meritorio para el cielo.

«En materias sujetas a la razón humana, es decir, en las que dicen relación al fin connatural al hombre, éste puede obrar por el juicio de la razón... Mas, en orden al fin último sobrenatural..., no basta la sola moción de la razón si no interviene también el instinto o moción superior del Espíritu Santo, según la palabra del Apóstol: "Los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios, y si hijos, también herederos" (*Rom* 8, 14). Porque nadie puede recibir la herencia de aquella tierra de los bienaventurados, si no es movido y elevado por el Espíritu Santo. Por eso, para la consecución de ese fin (sobrenatural), es necesario que el hombre posea el don del Espíritu Santo»²¹⁸.

Y como ha sido dicho que las virtudes deberían bastar para ello, santo Tomás responde: «Por las virtudes teologales y morales no se perfecciona el hombre en orden al último fin hasta el punto de no tener continuamente necesidad de ser movido por la inspiración superior del Espíritu Santo»²¹⁹.

²¹⁷ *Doctrina Espiritual*, 4, 3, 2.

²¹⁸ *Suma Teológica*, 1-2, q. 68, a. 2.

²¹⁹ *Suma Teológica*, 1-2, q. 68, a. 2, ad 2.

Por lo demás, la experiencia y el testimonio de la Sagrada Escritura muestran claramente que las virtudes, que son el «fruto del Espíritu Santo»²²⁰, se desarrollan en el hombre en la medida en que se desarrollan en él los dones. No se puede, pues, admitir que haya dos caminos diferentes para llegar a la vida eterna.

Entonces, ¿en qué se diferencian las virtudes y los dones? Esto es lo que ahora vamos a explicar.

Por medio de la gracia santificante, es el mismo fondo de nuestro ser el que se encuentra elevado al plano sobrenatural y en cierto modo divinizado. Pero, si bien el alma es una, las potencias o facultades por las cuales actúa son múltiples. También éstas deben ser elevadas a ese mismo plano sobrenatural, para que el alma pueda actuar por medio de ellas sobrenaturalmente. Son, en efecto, elevadas por las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo.

Las virtudes infusas —virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad, y las virtudes morales de la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza— dan a las potencias del alma, y más particularmente a las facultades espirituales, inteligencia y voluntad, *el poder de actuar sobrenaturalmente*. Aumentan, pues, la capacidad de estas potencias, permitiéndoles llevar a cabo actos meritorios para el cielo.

Es algo así como un motor eléctrico cuya potencia se quisiera aumentar; habría que transformarlo. Esta transformación, cuyo objeto es aumentar la capacidad de acción, corresponde a las virtudes sobrenaturales, que dan al hombre el poder de actuar sobre- naturalmente.

Por su parte, los dones del Espíritu Santo disponen también a las potencias o facultades del alma haciéndolas aptas *no para actuar directamente* de una manera sobrenatural, sino más bien *para recibir* los impulsos del Espíritu Santo, o gracias actuales, sin las cuales esas potencias, aun cuando estén fortalecidas por las virtudes, serían incapaces de actuar de hecho.

Los podríamos comparar a la transformación que necesitaría el motor eléctrico, del que hablábamos antes, para permitirle no ya aumentar su potencia, sino *para recibir* una corriente de un voltaje superior al que estaba preparado para recibir. Esta corriente superior serían los impulsos sobrenaturales del Espíritu Santo, indispensables para que el hombre actúe de manera sobre- natural. Es preciso que las facultades sean fortalecidas también a este

²²⁰ Gal 5, 22.

respecto, a fin de poder recibir esos divinos impulsos. Nos dice santo Tomás, precisamente a propósito de los dones, que está claro que el móvil debe ser proporcional al motor que lo mueve; el motor es en este caso el Espíritu Santo y el móvil la potencia del alma²²¹.

Así pues, tanto las virtudes infusas como los dones del Espíritu Santo son absolutamente indispensables al hombre para que pueda actuar de manera sobrenatural. Las primeras lo disponen para actuar, le dan la capacidad de actuar, pero sin los segundos, privado de la ayuda divina sobrenatural, no podría, de hecho, pasar al acto.

No hay inconveniente en mantener la comparación de la barca de vela y de la de remos, pero interpretándola de manera diferente a como se hace de ordinario.

El barco de vela es la imagen del alma elevada al plano sobrenatural por la gracia santificante, las virtudes y los dones del Espíritu Santo. Estos últimos son las velas, que permiten al barco recibir los impulsos divinos del Espíritu Santo y adelantarse mar adentro. Pero también es necesario que esas velas estén debidamente desplegadas, porque sin esto el barco seguirá parado o avanzará con dificultad.

El alma tibia descuida desplegar las velas de las que dispone, o se conforma con desplegarlas sólo lo suficiente para no estar parada. El alma entregada por completo al Espíritu Santo despliega las velas al máximo. Entonces, y solamente entonces, los dones se manifiestan en el alma como instintos divinos.

En cuanto a la barca que avanza a fuerza de remos, es la imagen del alma privada de la gracia santificante y, por lo tanto, también de los dones del Espíritu Santo. Esta alma puede llevar a cabo algunas buenas acciones, pero estas buenas acciones no pasan de ser puramente naturales y no tienen valor para el cielo.

²²¹ Es evidente que todo lo que se mueve debe ser proporcionado al principio de su movimiento; y la perfección de lo que se mueve, en cuanto tal, consiste en una disposición por la cual se deja mover bien por su motor... Es necesario que también haya en el hombre perfecciones más elevadas que le dispongan a ser movido de modo divino. *Estas perfecciones se llaman dones...*: *Suma Teológica*, 1-2, q. 68, a. 1.